

JOSÉ MARÍA GUTIÉRREZ DE ALBA

IMPRESIONES DE UN VIAJE A AMÉRICA

TOMO VIII

DESDE EL 19 DE NOVIEMBRE DE 1872 HASTA EL 17 DE ENERO DE 1873

EXPEDICIÓN AL SUR

RESUMEN

Otra vez el Tolima - El alto Magdalena - La Piedra labrada de Aipe - Jeroglíficos - Neiva
- Un terremoto - Los sombreros de Jipijapa - Excursión al valle de San Agustín -
Monumentos prehistóricos - Preparativos para un viaje al Caquetá, territorio poblado
por tribus salvajes - Peligros que ofrece - Dificultad de encontrar peones y un guía - El
Padre Manuel María Albis

EXPEDICION AL SUR

MARTES 19 DE NOVIEMBRE DE 1872

Desde que en la Geografía de Colombia leí las noticias referentes a unas estatuas particulares, encontradas en el valle de San Agustín, que ocupa la extremidad Sur del Estado del Tolima, me propuse hacer, tan pronto como pudiera, una visita a aquellos singulares monumentos, por si al inspeccionarlos podía encontrar alguna luz que indicase su procedencia, oculta hasta hoy entre las nebulosidades de meras hipótesis más o menos probables. Dificultades no escasas había que vencer, para realizar esta expedición, de cerca de cien leguas de camino, por las abrasadas llanuras del Estado Tolimense, encerradas en la cuenca del alto Magdalena, que corre de sur a norte, entre las cordilleras Oriental y Central de los Andes.

Cien leguas de camino por regiones poco habitadas, donde los recursos son escasísimos, cuando no faltan de una manera absoluta, arredran al que no tiene, como yo, una voluntad decidida, y un deseo ardiente de ver y admirar cuanto hay de notable en un país, sin tener en cuenta las dificultades y trabajos que haya que vencer para conseguirlo.

Contribuyó mucho para animarme en esta empresa, la circunstancia de dirigirse hacia aquel punto un compatriota, establecido hacía ya algunos años, en el pueblo de Suaza o Santa Librada, no muy distante de San Agustín; y este compañero de viaje podía serme en extremo útil para evitarme muchas molestias.

Puestos de acuerdo en el día de la salida, que debía ser uno de los primeros del mes de Diciembre, y no teniendo ya sino dos mulas para emprender una expedición tan penosa como dilatada, determiné salir en este día para La Mesa, lugar de mucho tráfico, donde podía encontrar fácilmente otras tres, que por lo menos necesitaba, para ponerme en camino, y llevar con alguna comodidad mi escribiente y mi equipaje.

Llegado a La Mesa, y puesto de acuerdo con mi amigo el Sr. Beltrán, encargóse éste de la compra de las acémilas, asunto tan fácil para él, como difícil para mí, y en cuyo desempeño se manejó con tanta actividad e interés, que me dejó de nuevo obligado y agradecido.

DOMINGO 24 DE NOVIEMBRE

Dejo las mulas recién compradas con poder del Sr. Beltrán, y vuelvo a Santa fe, a preparar lo necesario para el viaje.

DEL LUNES 25 DE NOVIEMBRE AL LUNES 2 DE DICIEMBRE DE 1872

Preparativos de marcha. Hago traer dos de mis caballos para llevarlos además de las mulas, por si hubiere algún contratiempo.

MARTES 3 DE DICIEMBRE

Salimos de Bogotá a eso de las once de la mañana mi compatriota D. Manuel Guardado, mi escribiente y yo, acompañados de varios amigos que se despidieron de nosotros en Cuatro-esquinas, hasta donde pudieron llegar los carruajes que nos llevaban. Allí montamos a caballo, y seguimos hasta un punto llamado La Regadera, próximo a la Boca del monte, donde determinamos pernoctar, por haber buen pastaje para nuestras caballerías.

MIÉRCOLES 4 DE DICIEMBRE

Mi amigo Guardado y yo salimos temprano para La Mesa, a donde llegamos poco después del mediodía, verificándolo mucho más tarde mi escribiente y los peones, por tener que ir al paso de las bestias de carga.

Por la noche hubo en la plaza del pueblo fuegos artificiales, para celebrar las vísperas de la fiesta de Santa Bárbara, patrona del lugar, según la antigua costumbre establecida por los españoles.

Después de las fiestas tuve que acudir, por haber sido particularmente invitado, al certamen de un establecimiento de educación de niños, cuyo director, Sr. Bueno Ramírez, y los demás profesores, me obligaron a aceptar la presidencia, y hacer algunas preguntas a los jóvenes examinados. La concurrencia de señoras y caballeros era escogida y numerosa; algunos de los alumnos manifestaron sobresalientes dotes de aplicación e inteligencia, que me dejaron muy complacido, lo que hice presente en un breve discurso, en tales circunstancias obligado, y en una carta de felicitación que dieron a la prensa.

JUEVES 5 Y VIERNES 6 DE DICIEMBRE

Completamos nuestros preparativos, especialmente de municiones de boca para todo el viaje.

El Sr. Guardado compra algunas mulas que le faltan.

Contrato otros dos peones para que me acompañen en la expedición, uno de ellos práctico en disecar aves y en cazar con bodoquera o cerbatana.

SÁBADO 7 DE DICIEMBRE

Salimos de La Mesa a las nueve de la mañana, llevando yo tres cargas de equipaje y víveres, y dos el Sr. Guardado; tren sumamente embarazoso, pero de todo punto indispensable, para viajar por estos países, donde es necesario llevarlo todo, si se quiere disfrutar de algunas comodidades, o por lo menos no carecer de aquellas cosas más necesarias para la vida.

A las tres de la tarde pasamos por las Juntas de Apulo, y cerca del anochecer nos detuvimos en Portillo hasta el día siguiente.

DOMINGO 8 DE DICIEMBRE

De Portillo salimos a las ocho de la mañana, y estuvimos en Tocaima a las nueve. La concurrencia a la plaza era numerosa, tanto por ser día de mercado, cuanto por celebrarse la fiesta de la Virgen. Junto a la puerta del templo había algunos hombres haciendo continuas salvas con escopeta. Por todas partes se veían ondear banderas blancas y azules, con inscripciones alegóricas, y el júbilo general de la población manifestaba que el sentimiento religioso, aunque degenerado por ciertos abusos, está muy arraigado en todas las clases, a pesar de los esfuerzos del ateísmo oficial, que trata inútilmente de destruir las creencias.

Los hombres pensadores de este país se alarman, y con mucha razón, por las tendencias del gobierno a favorecer la incredulidad, sin tener en cuenta que un pueblo todavía en la infancia, sumido en las tinieblas, y sin freno alguno que contenga sus pasiones, ha de precipitarse necesariamente en el abismo del crimen, del cual serán fatalmente las primeras víctimas los destructores de la moral cristiana, si ésta desaparece.

A eso de las diez, llegamos a las orillas del Bogotá, donde ya no existía el rústico y deleznable puente, que un año antes habíamos pasado. En su lugar encontramos algunas canoas, que nos condujeron a la margen opuesta con nuestro equipaje, atravesando el río a nado las caballerías.

Mientras se preparaba nuestro almuerzo, nos entretuvimos en ver pasar nadando grandes piaras de cerdos, que individualmente eran arrojados a la corriente y empujados hacia la otra orilla, por nadadores experimentados. El bullicio de la gente agrupada en una y otra margen, el gruñir de los cerdos, y los gritos de sus

conductores, producían una algazara infernal, que nos obligó a dejar cuanto antes aquel sitio, a pesar del calor sofocante que nos amenazaba.

A la una de la tarde pasamos por Agua de Dios, lazareto de los infelices leprosos, cuyas tumbas recientes se habían aumentado en gran número a orillas del camino, mientras las antiguas iban desapareciendo entre los matorrales. La reverberación del sol era tan violenta en los arenales que atraviesa el camino, que teníamos que llevar los ojos cerrados; y al abrirlos por un instante, sólo veíamos una nube entre rojiza y negra, que nos ofuscaba la vista, y nos obligaba a cerrarlos de nuevo.

A las cuatro de la tarde llegamos a un punto llamado El Oval, donde, agobiados por la fatiga, tuvimos que detenernos, sin fuerzas para seguir adelante. Pasamos la noche en un caney abierto, o choza sin paredes, destinada a secar la cosecha del tabaco, prefiriendo este albergue a las habitaciones de la posada, donde el calor y los insectos parásitos son insufribles.

LUNES 9 DE DICIEMBRE

Aunque nos habíamos propuesto emprender nuestra jornada a los primeros albores del día, era tal nuestro cansancio, que nadie se despertó incluso los peones, hasta que los rayos del sol, levantándose sobre las cumbres de la cordillera, vinieron a iluminar nuestro caney. Entonces tomamos un ligero desayuno, mandamos ensillar, y partimos, dejando a los peones el encargo de seguirnos cuanto antes les fuese posible. Como a distancia de siete u ocho kilómetros del Oval, el camino que llevábamos se bifurca, tomando el de la derecha hacia Peñalisa, en dirección al Magdalena, y siguiendo el de la izquierda hacia el paso del río Fusagasugá, en línea paralela al ramal de montañas, que ciñe por el Oriente la gran llanura. El terreno conserva a veces la capa lacustre, general en todo el llano, y a veces deja al descubierto capas de cascajo, guijos y piedras rodadas, más o menos gruesas, que constituyen las capas del subsuelo.

Desde las pequeñas elevaciones de las colinas, que, en ligero declive, descienden de los cerros para morir en el llano, divisábase a veces, sobre el follaje de la vegetación no muy crecida de las cañadas, la extensa llanura, que por una parte se extiende hasta la falda del nevado Tolima, y por otra se pierde en dirección a Neiva, por donde el caudaloso Magdalena desciende rápido de las montañas, donde tiene su origen, y se introduce con sosegado curso en el llano, donde por largo tiempo conserva su mansedumbre, apenas alterada por alguna corta chorrera, donde el cauce es estrecho y pedregoso.

A las diez y media llegamos a un lugar donde el terreno comienza a accidentarse; y del ramal que sigue casi invariablemente la dirección norte-sur, se desprende una especie de brazo en dirección suroeste, como de un kilómetro de extensión, que pronto se pierde en el llano; forma con el ramal principal una especie de Y griega, y se halla separado de él por una escotadura profunda, que da paso al río Fusagasugá como a dos kilómetros antes de su confluencia con el Magdalena. En esta escotadura se halla el vado, que atravesamos sin dificultad, tanto porque las aguas del río no eran a la sazón muy abundantes, cuanto porque el cauce tiene por allí una anchura de más de doscientos metros.

Desmontámonos en la orilla opuesta para pasar las horas más calurosas del día, en un grupo de cabañas que allí se encuentra, esperando a la vez la llegada de los peones con nuestras cargas, para disponer nuestra comida, y entregarnos al reposo, hasta que los rayos del sol descendiesen lo suficiente, para no abrasarnos como en el día anterior había sucedido.

Allí descansamos hasta las tres de la tarde, hora en que volvimos a continuar nuestra jornada interrumpida.

Desde las orillas del Fusagasugá, el camino sigue sin variación, entre la margen derecha u oriental del río Magdalena, aguas arriba, faldeando siempre el ramal de la Cordillera Oriental, que por aquella parte limita, como ya dijimos, el extenso llano.

Este ramal lleva la dirección suroeste por largo trecho, y las colinas que le sirven de estribo, por entre las cuales se abre la trocha que atravesábamos, son muy onduladas y pedregosas, lo cual aumenta considerablemente las naturales dificultades del camino.

Entre las capas de aluvión se ven con frecuencia trozos más o menos grandes de troncos petrificados, principalmente en los cauces de los arroyos que bajan de la serranía a unirse con el Magdalena. La petrificación de estas maderas es enteramente silícea; pues habiendo arrancado varios fragmentos, así de la albura como del corazón de algunos troncos, todos ellos producían chispas a la percusión del acero. Tal es por allí la abundancia de estas petrificaciones, que en una casa de campo situada a orillas del Magdalena, todas las basas de las columnas que forman el claustro o corredor de un extenso patio, han sido labradas de grandes trozos de esta materia, en su mayor parte de guayacán, según sus vetas lo indican.

Ya a punto de anochecer, atravesamos unos callejones profundísimos, muy estrechos, abiertos entre arenisca sumamente deleznable y con pendientes tan rápidas, que las mulas bajaban resbalando hasta el fondo, formado regularmente por quebradas o arroyos, secos a la sazón, por ser la temporada que aquí se llama de verano.

A eso de las siete llegamos por fin a un ranchito llamado La Salada, sin duda por la cualidad del agua que corre en un arroyuelo próximo. Allí determinamos pasar la noche, y esperamos a nuestros criados que llegaron dos horas después con las cargas y las provisiones indispensables para no dormir en ayunas.

Llegados que fueron, se dispuso una ligera cena, a que hicimos los honores de nuestro apetito, y nos acostamos con el firme propósito de salir a la mañana siguiente con los primeros resplandores del alba.

MARTES 10 DE DICIEMBRE

Por temprano que quisimos salir del rancho, eran ya las siete cuando nos pusimos en camino. Este continúa por la misma falda del ramal de la cordillera, mencionada antes, llevando siempre más o menos próxima la corriente del Magdalena, que a veces se domina desde los puntos más elevados, y ofrece una bella perspectiva. Las colinas presentan el mismo aspecto que las que habíamos cruzado antes, y la composición geológica del terreno es esencialmente la misma: esto es, grandes bancos de arena o cascajo más o menos compacto, apareciendo a veces a la superficie grandes o pequeños trozos de arenisca derrumbados de la cordillera, y cubiertos por una capa de tierra vegetal, de corto espesor generalmente.

En la vegetación natural, predominan las palmeras llamadas de cuesco, palmas reales o de ramo, con su vistosa copa mecida graciosamente a impulsos del viento. También abundan mucho los guayabos silvestres, y extensos pajonales de una gramínea, que eleva sus tallos a más de un metro de altura, pero que, como en los Llanos, rara vez comen los animales, cuando la planta llega a cierto estado de desarrollo, porque entonces adquiere mucha aspereza, y se hace dura y amarga, razón por la cual los habitantes de estas comarcas la sustituyen cuando pueden por la yerba guinea, pará, u otras a propósito para prados artificiales.

El cultivo consiste principalmente en índigo, maíz, arroz de secano y yuca, plátanos y mangos, de que la población se alimenta. Este género de alimentación, unido quizás a la mala calidad de las aguas, y al calor sofocante y uniforme del clima, hacen sin duda que los habitantes de esta región se hallen casi todos enfermos de anemia o clorosis, viéndose por todas partes rostros macilentos y demacrados, y organizaciones raquíticas, a lo que se debe el escaso desarrollo intelectual de sus moradores, y la apatía e indolencia que constituyen el fondo de su carácter.

Las enfermedades llamadas carate y coto empiezan a aparecer desde que se baja a estos calurosos climas, y tanto la una como la otra afean horriblemente el rostro de las personas que las padecen.

Los habitantes del Tolima, principalmente los campesinos, viven casi desnudos, habitan en ranchos cuyas paredes y techos son generalmente de ramas y paja, y rara vez, fuera de las poblaciones, se ven chozas formadas de tabiques entramados. Todas ellas suelen estar plagadas de infinitos insectos, en su mayor parte desconocidos en Europa, como son los pitos y chiribicos, que con las chinches, zancudos, jejenes y alacranes, forman una inmensa cohorte que por sí sola, y sin necesidad de las demás molestias que allí ofrece la vida, bastaría para hacer la desgracia del género humano.

A las diez de la mañana llegamos a Santa Rosa, pequeña aldea fundada en 1777, que hoy contiene unos 3.000 habitantes, y se halla a 643 metros sobre el nivel del mar, con una temperatura media de 23°. La población está formada de casas pajizas, alrededor de un humildísimo templo, pajizo también, y en el cual por fortuna hay pocas imágenes; pero la mayor parte de ellas, más a propósito para quitar la devoción que para inspirarla.

Mientras consignábamos los apuntes de la mañana, presenciamos la conducción al templo del cadáver de un hombre, que se había suicidado, involuntariamente, con una arma de fuego, el cual era llevado en andas o parihuelas de ramaje, según hemos ya descrito otras veces, y a quien durante nuestra permanencia en el lugar cantaron, en una algarabía ininteligible, varios vecinos de la población una cosa a que llamaban el oficio de difuntos.

A las once continuamos nuestro camino, y a la una y media de la tarde llegamos a unas chozas llamadas el Tambo de Batatas, donde resolvimos detenernos el resto del día y la siguiente noche, con el fin de dar descanso a nuestros fatigados animales, y tomarlo nosotros mismos.

El calor era tan intenso, que hice suspender mi hamaca entre unos árboles, y allí me sorprendieron los primeros rayos de la aurora, con las manos y el rostro acribillados de las picaduras de los mosquitos.

MIÉRCOLES 11 DE DICIEMBRE

Salimos del tambo a las siete de la mañana, siguiendo la misma dirección suroeste, por la falda de la cordillera, y cruzando colinas cuyo suelo y vegetación presentaban caracteres iguales a los que en las anteriores páginas hemos venido describiendo.

Como a las dos horas de jornada, encontramos unos cerros areniscos arcillosos de formas tan originales, que no pude menos de copiar uno de ellos. Este cerro es conocido en la localidad con el nombre de Torreón, que le cuadra muy bien por su forma cilíndrica. Su altura, a lo que pudimos calcular, será de doce a quince metros, y el corte horizontal de su parte superior está cubierto de algunas gramíneas y pequeños arbustos. El lugar en que se hallan estos cerros señalando el antiguo nivel de la llanura, se denomina Agua-blanca, por una quebrada o arroyo de este nombre, que hay en las cercanías, y va a tributar sus aguas al Magdalena, por su margen derecha.

Desde allí en adelante se entra más de lleno en la planicie; la capa de tierra vegetal es más abundante, y mayor su feracidad por consecuencia; viéndose ya praderas esmaltadas de verde y espesa grama, grupos bellísimos de árboles corpulentos, protegiendo con su sombra los plantíos de cacaoteros, entre los cuales descollaban los caracolíes con sus grandes hojas digitadas, los guarumos de tallo recto y enormes hojas, los balsos de corteza lisa y lustrosa, y otros muchos árboles y arbustos de distintas especies, entre ellos el clavellino, de preciosas flores, que pertenece a la familia de las leguminosas.

Como en los días anteriores, atravesamos muchas quebradas cristalinas y de más o menos caudal, procedentes todas de las montañas, que a la izquierda íbamos dejando,

y que van a aumentar con su humilde tributo las aguas del gran río que corre por la llanura, limitada al norte y al noreste por los primeros estribos de la Cordillera Central, donde se elevan las nevadas cumbres del páramo de Ruiz y del gigantesco Tolima, en cuya eterna corona reverberaban los rayos del sol naciente sus bellas tintas de color de púrpura.

A la caída de la tarde llegamos a un lugar llamado el Tambo de la Villa, agrupación de cabañas sobre una explanadita al pie de la sierra, desde las cuales se divisaba hacia el lado occidental la torre y algunas casas de la Villa de Purificación, que, como mis lectores saben, ocupa la parte superior de una extensa colina, situada a la orilla izquierda del Magdalena.

Allí pasamos la noche a una temperatura más agradable que la anterior, cayendo al amanecer un copioso aguacero, que detuvo por algunas horas nuestra salida.

JUEVES 12 DE DICIEMBRE

A las ocho en punto nos pusimos en marcha, encontrando el camino muy resbaladizo y cenagoso, a causa de la abundante lluvia que había caído poco antes, inundando aquellos parajes, que, por ser más profundos, o menos permeable el terreno, no habían podido absorber el agua.

Como a una hora de nuestra salida encontramos una aldehuela llamada La Mata, que no es otra cosa que unos cuantos ranchos diseminados en completo desorden por el llano, muchos de ellos ocultos entre las plataneras y protegidos por ceibas magníficas de ancha y elegante copa, y verde y tupido follaje. Cerca de algunos de estos ranchos, veíanse también cocoteros cargados de fruto, y altísimas guaduas, cuyos extremos inclinados suavemente como rizadas plumas, acariciaban en sus graciosas ondulaciones las copas de los árboles.

A poca distancia de La Mata, nos encontramos con una caravana de calentanos, hombres y mujeres, que, a pie unos y otros a caballo, iban en romería al santuario de Chiquinquirá, distante por lo menos quince o veinte jornadas de sus hogares, con el objeto exclusivo de cumplir las promesas hechas a la imagen de la Virgen que se venera en aquel templo.

Más adelante encontramos un lugar muy pantanoso, donde nuestras mulas no pudieron pasar sin gran trabajo varios profundísimos atolladeros, que existen en la mitad del mal llamado camino.

A las diez y media llegamos por fin a las orillas del río de Prado, que vadeamos sin dificultad, por hallarse poco crecida su corriente; y en el lugar por donde lo atravesamos no tendrá el cauce menos de cien metros de anchura, siendo el lecho de menudas piedras rodadas.

A las once y cuarto llegamos a Prado, pueblecito que ya hemos descrito en otra ocasión, y nos detuvimos a sestear en la misma casa donde dos años antes habíamos pasado la noche, en compañía de nuestro inolvidable amigo el Dr. Romualdo Cuervo.

Allí permanecemos hasta las tres de la tarde, hora en que, a pesar de lo intenso del calor, continuamos nuestra jornada.

Hacia la parte oriental del Prado, se abre en la cordillera una profunda escotadura por donde sale al llano el río del mismo nombre.

Desde la escotadura o un poco antes, la cordillera, que ha seguido invariablemente la dirección suroeste, se abre un poco hacia el sur, para volver a cerrarse a algunos kilómetros de distancia, formando un ancho seno o semicírculo, donde la llanura toma un nuevo desarrollo; y desde este lugar, tirando una línea hacia el noroeste, o sea en dirección de la meseta del Chaparral, puede decirse que comprendería la mayor anchura de la extensa sabana del Tolima.

Siguiendo adelante, como unos ocho o diez kilómetros, el terreno comienza a accidentarse, hasta que por fin se pierde la uniformidad de la planicie, en el punto en que avanza más una de las puntas de la cordillera, convirtiéndose el llano en una serie de colinas más elevadas cuanto más se acercan a las orillas del Magdalena, y que contienen valles poco profundos, pero de una gran fertilidad, regados por numerosos y claros arroyuelos.

En la cumbre de una de estas colinas, formada, como todas las demás, de terreno de aluvión y socavada por el sureste en su base, llamó nuestra atención un grupo de tres sepulturas, toscamente fabricadas, con una cruz de madera sobre la del centro, sin duda de otros tantos habitantes de los caseríos inmediatos, que eligieron por panteón aquel solitario sitio, acaso por la dificultad de conducir los cadáveres a poblado, por la gran distancia que hay entre el lugar y las poblaciones más próximas.

La curiosidad, o más bien el interés que inspira un monumento de este género, en el lugar en que apareció a nuestros ojos, nos movió a acercarnos, con el fin de investigar si había en alguna de aquellas tumbas alguna inscripción que nos diese a conocer las personas cuyos restos mortales encerraban; pero fue inútil nuestro trabajo, pues aunque se veían algunas letras grabadas con imperfección sobre las piedras toscas de su frente, las mayor parte de ellas estaban borradas, y no pudimos leer nombre ni fecha.

Un poco más lejos, las colinas que se destacan de la cordillera de la izquierda, avanzan en dirección a la falda opuesta del círculo de montañas; toman el aspecto y dimensiones de cerros más que medianos; se desarrollan en línea perpendicular a la de nuestro camino, y se prolongan en una serie no interrumpida de promontorios, algunos de ellos de forma cónica perfecta, hacia otra serie de cerros que se adelanta por el opuesto lado, yendo unos y otros a decrecer y morir hacia el centro de la llanura.

Pasada esta línea de cerros, que como otros tantos centinelas dominan el llano, cruzamos un abundante riachuelo que corre de sur a norte entre elevados grupos de árboles, cuya especie no pudimos distinguir, por ser ya entrada la noche; y como a dos kilómetros más adelante nos acercamos a pedir hospitalidad a un modesto ranchito, donde la encontramos tan benévola como se suele hallar en estos países.

VIERNES 13 DE DICIEMBRE

No habiendo encontrado potrero ni cercado alguno donde encerrar nuestras mulas durante la noche, vimos, al levantarnos, que se había extraviado una de ellas, lo cual nos hizo demorar nuestra salida hasta las nueve de la mañana, hora en que al fin lograron encontrarla nuestros peones en el fondo de un bosquecillo próximo a un arroyo.

A poco de nuestra salida, observamos otras nuevas líneas de colinas, que destacándose de una y otra cordillera, se extendían hasta el centro del llano, en línea semicircular, guardando cierto paralelismo con la forma general de las montañas de un lado y otro, que desviándose y aproximándose alternativamente al cauce del Magdalena, forman círculos de más o menos extensión y hasta cierto punto simétricos. Algunas de estas colinas, compuestas en lo general de arena y greda más o menos compacta, tenían en su superficie una capa de piedras rodadas de diversos tamaños, arrastradas sin duda por las corrientes, antes de que las aguas abandonasen esta parte del planeta, y depositadas al fin en distintos parajes, ya en capas de varia densidad, ya agrupadas en montecillos de poca elevación, y generalmente unidas por una ligera argamasa.

Desde aquí las dos cordilleras empiezan a cerrar sensiblemente uno de los más grandes círculos que describen, y sin salir del camino, podían ya apreciarse los accidentes de la central, que era la que teníamos a mayor distancia.

No proseguiremos sin consignar un detalle de la formación geológica que hasta aquí vinimos observando; y es que desde las orillas del río Fusagasugá hasta las inmediaciones del de Prado, la cordillera que dejábamos a la izquierda, sigue casi la línea recta, formando un prolongadísimo escarpe o inmenso murallón sobre el llano, hacia el cual se destacan colinas intermedias, formadas por la fragmentación de los derrumbes, extendiéndose en planos generalmente inclinadísimos surcados por pequeñas corrientes pluviales, mientras que de Prado en adelante los cerros toman distinta forma; presenta la cordillera escotaduras más profundas, por donde bajan a la planicie arroyos y riachuelos de perenne curso, entre los cuales hay algunos que merecen el nombre de ríos, aunque llevan el de arroyos o quebradas. Obsérvase también que los ramales más avanzados de la cordillera, lejos de conservar el paralelismo que solían ofrecer con el cauce del gran río, cambian y confunden su dirección y constituyen una especie de laberinto, con radios numerosos de arista muy aguda, estriados profundamente por un lado y otro a causa de las lluvias, y que vienen a morir y perderse completamente en el llano o entre las colinas que los rodean.

Las partes laterales de estas agudas lomas, desde lo que constituye el filo o la cuchilla, casi hasta su base, se hallan cubiertas de gramíneas, que ninguna clase de ganado puede paecer, por hallarse sus planos casi verticales.

En las cañadas se ven algunos bosquecillos, de árboles a veces muy corpulentos, que se extienden y ensanchan hacia la parte inferior de la serranía, uniéndose con los bosques del llano.

A eso de las diez divisamos a nuestra derecha, y como a ocho o nueve kilómetros de distancia, el pueblo de Natagaima, situado en la margen izquierda del Magdalena, y fundado en 1768, según Pérez, con indios bárbaros de la nación o tribu que llevaba su nombre. Estos indios eran enemigos constantes de los pijaos, con quienes estaban en continua guerra; eran fuertes y belicosos, y por lo general de aspecto horrible. Tanto ellos como los coyaimas fueron reducidos a la vida de la civilización a principios del siglo XVII por el Presidente D. Francisco de Borja. Hoy tendrá la población apenas

unos 5.000 habitantes; su elevación sobre el nivel del mar es de 580 metros, y su temperatura media de 27°.

A las once y cuarto llegamos a un riachuelo de clarísimas aguas y abundosa corriente, que se denomina quebrada de los Ángeles, y es una de las más caudalosas que por la orilla derecha aumentan la corriente de la arteria principal, fuera de los tributarios de mayor importancia enumerados hasta aquí, y los que enumeramos hasta el punto en que abandonamos su cuenca.

A eso de medio día nos encontramos frente al cerro llamado Pacandé, enorme masa, que en forma de cono imperfecto, se destaca de la Cordillera Central, y que visto desde el punto en que lo observamos en otra ocasión, durante nuestro viaje a la cueva de Tulumí, produce por la disposición especial de las montañas, la ilusión óptica de ocupar un punto medio y equidistante de ambas cordilleras, como si tratase de unir las, extendiendo hacia la una y la otra su dilatada base. Ahora, al observarlo más de cerca, hemos visto que la distancia que media entre él y la Cordillera Oriental, es por lo menos de cinco a seis kilómetros, en su mayor parte de llanura.

A la una y media de la tarde llegamos a un lugar llamado Capotico; y en la certeza de no encontrar potrero más adelante, si prolongábamos nuestra jornada, determinamos pasar allí la noche, aunque no teníamos por todo albergue sino un rancho estrecho e incómodo.

SÁBADO 14 DE DICIEMBRE

Salimos a las siete de la mañana. A corta distancia el camino se dirige por la falda misma de la cordillera, donde las colinas se convierten ya en cerros pedregosos, formados de arena, algo de caliza y muchas piedras rodadas. A las nueve llegamos a un paraje llamado Barandillas, donde hay que caminar por espacio de unos dos kilómetros por la estrechura que queda entre las elevadísimas lomas que descienden de la serranía, y el profundo cauce del Magdalena, que va carcomiendo su base. El río

no tendrá por allí menos de ciento cincuenta metros de anchura, y sus aguas corren tranquilas y sosegadas, convidando a la industria y al comercio a lanzar el vapor sobre su corriente, empresa que a nuestro juicio sería infinitamente más fructífera y realizable, que el proyectado ferrocarril por los Estados del Norte, que además de las inmensas dificultades de ejecución, luchará con el inconveniente más grave de todos, que es la falta de caminos y de productos para alimentarlo, y que a la larga puede aumentar la deuda del país hasta una cifra fabulosa, sin haber producido otro resultado que el de encarecer indefinidamente todos los artículos de primera necesidad, por la elevación de precio de los jornales, y satisfacer la vanidad pueril del círculo oficial, que, con mentidas promesas, trata de sostener su prestigio ante la opinión pública alucinada.

Continuando nuestro camino, llegamos acosados por la sed a pedir un poco de agua a una cabaña de pescadores, donde encontramos un objeto sumamente curioso: era una hamaca formada de la piel de un caimán, abierta por el lomo del anfibio, cuyas grandes escamas o conchas ventrales ocupaban la parte central de aquel lecho aéreo, al parecer de uso muy frecuente, según el lustre y pulimento que habían adquirido. Intentamos comprar a cualquier precio aquel extraño mueble, que no tendría menos de dos metros de longitud, comprendida solamente una cuarta parte de la cola, y un metro de anchura, sin contar la coraza rugosa y dura que cubre el dorso del animal y de la que había sido despojado el cuero. En vano rogamos a dos mujeres que habitaban la choza, que nos vendiesen aquel objeto, que tan fácilmente podía su dueño sustituir con otro. La ausencia de éste fue para ellas la imposibilidad absoluta, y tuvimos que renunciar, aunque con disgusto, a la posesión de un objeto, que, por lo raro, podíamos añadir a nuestra colección de curiosidades.

Antes de llegar al río Cabrera, en cuyas márgenes nos proponíamos sestar y tomar un baño, observamos una particularidad digna de atención en la configuración especial del terreno: de la Cordillera Oriental se destaca un ramal de cerros, que se prolonga por espacio de algunos kilómetros a lo largo del llano, formando como una especie de rama central, que divide en dos partes la llanura. De la base de este ramal, se

desprende otro de cerros menos elevados, que describen una curva de más de un kilómetro de radio, y uniéndose a otro, que, en disposición inversa, se halla más adelante, forman un círculo relativamente perfecto, cuya línea occidental toca en las orillas del Magdalena, mientras que la del sur se levanta a la margen derecha del Cabrera, donde la corriente de estos dos ríos forma casi un ángulo recto.

A las doce y media llegamos por fin a las orillas del río Cabrera, que ya habíamos pasado en otra ocasión, al atravesar la Cordillera Oriental, durante nuestra expedición a los Llanos. A pesar de cruzarlo ahora bastante más cerca de su desembocadura, su caudal era mucho menos considerable, y lo pasamos por un vado fácil y seguro. Allí nos detuvimos a tomar algún alimento, y a reposar durante las horas más calurosas del día; y a las cinco de la tarde continuamos nuestra marcha, habiendo examinado durante nuestro descanso las piedras rodadas de que está formado el lecho del río, entre las cuales hay cuarzos, granitos, mármoles y pórfidos sumamente bellos, que indican que en la cuenca del Cabrera, o de alguno de sus afluentes, existen estos materiales preciosos que, andando el tiempo, y cuando las artes y la industria alcancen en este país mayor grado de desarrollo, serán de una utilidad y de un valor incuestionables.

Desde las márgenes del Cabrera, la Cordillera Oriental comienza de nuevo a desviarse hacia el sur, confundiéndose con los primeros ramales de la serranía que lleva por nombre las Alpujarras, mientras que la central forma otro semicírculo en sentido contrario, dejando en el centro otra gran llanura, tanto o más dilatada que la que acabábamos de atravesar; y decimos llanura, no porque precisamente lo sea de un modo absoluto, sino con relación a las elevadísimas montañas que le sirven de marco. Esta planicie, si podemos darle tal nombre, es, como una gran parte de la anterior, un terreno salpicado de colinas de diversa extensión y altura, cruzado por arroyuelos de más o menos caudal, y surcado profundamente por barrancos pedregosos, que a fuerza de tiempo, han ido formando las lluvias.

Hasta unos veinticinco o treinta kilómetros de la margen izquierda del Cabrera, el camino sigue por colinas de arena dispuestas en bancos de grande espesor, con una capa superficial de piedras rodadas o de menudas guijas, indicio seguro de que este llano y todos los que íbamos atravesando han servido por mucho tiempo de lecho a un extensísimo lago dividido en varias secciones, comunicadas entre sí por la parte menos elevada, que coincidiría probablemente con el lugar por donde hoy lleva su curso el Magdalena.

Como la noche estaba sumamente clara, por ser el plenilunio, y convidaba a caminar, evitando así el grave inconveniente del calor del día, nos propusimos avanzar todo lo posible, y llegamos a un lugar llamado La Lajita, próximo a una quebrada, donde el terreno arenoso empieza a ser más fértil, por contener algo de arcilla y detritus vegetales, lo cual hizo que encontrásemos ya potrero con buen pasto, donde colocar nuestras mulas.

Al llegar a aquella humilde posada, compuesta de una cabañita de mediana extensión, que sirve de albergue a una familia numerosa, encontramos ya la mayor parte del local ocupado por otros viajeros que habían llegado antes que nosotros; pero afortunadamente nos quedaba una especie de corredor disponible, donde pudimos colocar nuestras camas, nuestro equipaje voluminoso y los aparejos de nuestras mulas; precaución acertada, porque antes de amanecer cayó un recio aguacero, que obligó a nuestros peones, que dormían, como dicen los franceses, a la *belle étoile*, a guarecerse con prontitud debajo del cobertizo.

Durante nuestro breve rato de insomnio, no podíamos menos de recordar la esterilidad y aridez de los terrenos que dejábamos a la espalda, y donde sin embargo viven humanas criaturas, abrasadas durante el día por un sol de fuego, mortificadas durante la noche por plagas insufribles de diferentes clases de insectos, amenazadas sin cesar por la mordedura mortífera de reptiles venenosos, con aguas insalubres para apagar la sed, con fiebres intermitentes por enfermedad endémica, de que muy pocos se libran, y por último, sin contar con otro alimento que un plátano verde o maduro,

un puñado de maíz o arroz, y algunos tubérculos poco sustanciosos de plantas que vegetan casi sin cultivo. Y estos pobres seres viven sobre un terreno donde abunda el oro en cantidades prodigiosas, y no saben ni quieren buscarlo, para proporcionarse con él las comodidades y el bienestar que no les es dado adquirir por medio de otra industria; y nacen, viven y mueren en medio de aquellas áridas soledades, arrastrando una vida llena de dolor y de privaciones, sin más compañía que algunos animales domésticos, tan escuálidos como ellos, ni otra esperanza que la de ser enterrados al borde del camino, bajo un montón de piedras acarreadas allí por sus compañeros de desgracia, y una improvisada cruz, hecha de dos troncos de árbol, amarrados con un bejuco, que sólo dura en la posición que la colocan el tiempo que tarda en pasar una mula cargada, o un buey que rascándose en ella, trata de arrancar de su piel los insectos que lleva prendidos.

DOMINGO 15 DE DICIEMBRE

Salimos de La Lajita a las siete y cuarto de la mañana. El terreno desde allí baja en declive más o menos pronunciado hacia el Magdalena, y se hace tanto más fértil cuanto más se aproxima a la orilla del río.

A poco más de las ocho llegamos a un pueblecito llamado Villavieja, desde donde fuimos a visitar un notable monumento arqueológico, llamado La Piedra de Aipe, célebre por muchos conceptos¹.

Antes de salir de Villavieja, donde era día de mercado, nos dirigimos a la plaza con ánimo de comprar algunas provisiones; pero sólo encontramos en ella un vendedor de panelas y otro de maíz, artículos que para nosotros eran inútiles, por llevarlos en abundancia.

¹ Cerca de Aipe y a orillas del Magdalena se halla este peñón famoso cubierto de jeroglíficos hasta ahora no descifrados. Tiene mucha semejanza con algunos egipcios y tal vez guardan alguna historia interesante. La piedra, que es un gran peñón errático, tiene unos tres metros de alto y algo más de ancho, y las aguas del río la bañan en las avenidas.

La plaza en que debía celebrarse el mercado es muy espaciosa, de forma regular; tiene en su centro algunas ceibas que dan agradable sombra, y dos iglesias; una en su frente oriental, que es la más importante, y otra, especie de capilla, en el lado del Sur, que no pudimos ver por hallarse cerrada.

La iglesia principal o parroquia, es de regulares proporciones, de una sola nave y de mejor arquitectura que la mayor parte de las que se ven en estos pueblos; los adornos de sus altares son sencillos y de buen gusto, y hasta en sus imágenes, que son pocas y de escaso mérito artístico, no se ven las ridiculeces que se observan en las de otros templos de poblaciones más pretenciosas.

El pueblo es de escaso vecindario: tiene en la plaza algunas casitas de teja y las demás son pajizas. En este lugar fundaron los Jesuitas una hermosa hacienda, cerca de la cual se agrupa hoy la población que formaba la villa de los Ángeles, abandonada por los colonos, a consecuencia de los continuos ataques de los indios. Su erección en parroquia, confirmándose el nombre que lleva, data de 1794. Tiene, según el censo levantado por el mismo autor antes citado en 1860, unos 4.300 habitantes; se halla a 365 metros sobre el nivel del mar y es la de 29° su temperatura media.

Desde allí sigue el camino por un terreno fértil, en su mayor parte cubierto de arbolado, y a un lado y otro se ven desmontes con pasto artificial, entre numerosos grupos de palmas reales, recientemente quemadas hasta sus primeras hojas, por ser el fuego el único medio empleado aquí para renovar periódicamente los pastos naturales.

Siguiendo nuestra marcha, pasamos algunos arroyos y trepamos luego a una extensa meseta, llamada de Los Gallinazos, desde la cual se distingue perfectamente un ramal aislado de la cordillera del centro, que corre de norte a sur por espacio de ocho o diez kilómetros, y que sirve como de cuerda a una sección del arco que aquella describe.

También se ven desde aquel lugar las angulosas crestas de los montes que quedan al Occidente, tras de los cuales se halla la laguna llamada de Los Órganos.

En la misma meseta, y bajo las ramas de un copudo guácimo, pasamos las horas de siesta, hicimos nuestra comida, y allí cerca encontré y copié el tallo y la flor de una vainilla de gran tamaño, que se produce silvestre y en gran abundancia.

A las dos y media de la tarde continuamos nuestra jornada, encontrando a poco trecho un profundo vallecito cubierto de pirámides areniscas, algo semejante a las que se encuentran en las cercanías de Bogotá, que antes dejamos descritas, aunque en menores proporciones, y mucho más reducidas en número, siendo de notar en estas últimas la particularidad de hallarse cubierta su superficie de una especie de crespón negro, que les daba un aspecto fúnebre, cual si fuesen otras tantas tumbas enlutadas. Era que el fuego había carbonizado recientemente las yerbecillas que las adornaban.

Más adelante encontramos una serie de cerros de forma cilíndrica, más o menos pronunciada, que desde lejos se asemejaban a las ruinas de una antigua fortaleza, lo cual indudablemente debió de influir para que al lugar en que estos cerros se hallan, y que tiene algunos kilómetros de extensión, se la haya dado el nombre de Fortalecillas, con que se conoce desde los primeros tiempos de la colonia.

Por entre estos cerros pasa una quebrada o arroyo llamado de San Javier, en cuya margen derecha hallamos enterrado y en estado fósil un tronco, al parecer de guayacán, de más de un metro de diámetro, bajo una capa de aluvión, formada de guijo y arena, de dos metros de espesor aproximadamente, hallándose el tronco tendido en dirección este oeste y en línea casi horizontal en el borde mismo del barranco. La sustitución de la materia orgánica había sido también la sílice.

Al terminar la serie de cerros que en su conjunto llevan el nombre de Fortalecillas, y estando ya la tarde muy avanzada, determinamos pasar la noche en un rancho próximo al camino y a un riachuelo que lleva el mismo nombre ya mencionado, desde

donde tomé a la ligera un apunte de los cerros que se hallaban a menor distancia, para que se pueda formar una idea más completa de su estructura.

La noche fue menos calorosa que las anteriores, tanto por ser el lugar algo más elevado, cuanto por hallarse también algo más próximo a la cordillera oriental, que por aquella parte presenta cerros sumamente empinados.

LUNES 16 DE DICIEMBRE

A las siete de la mañana salimos del rancho de Fortalecillas para llegar temprano a Neiva, dejando atrás a nuestros peones y a mi escribiente, con orden de apresurar lo posible su marcha. Después de atravesar varias colinas del mismo carácter que las anteriores, y algunos arroyos y riachuelos de diferente caudal, aunque todos de aguas muy cristalinas, que pagan su tributo al Magdalena por su margen derecha, entramos en un llano formado de capas de aluvión, con un ligero declive hacia el río, que quedaba a nuestra derecha, y que por esta parte es tan modesto, que apenas supera su caudal al de cualquiera de sus afluentes que dejábamos a la espalda. Como a los tres o cuatro kilómetros de avanzar por este llano en dirección al sur, vimos asomar sobre el follaje de un bosque que se nos interponía, la torre de la iglesia principal de Neiva, y las copas de algunos cocoteros que existen en los corrales o patios de sus casas. Media hora después entrábamos en la antigua ciudad, e íbamos a alojarnos en un hotel situado en la plaza, en la cual vimos una especie de cerca, formada de guaduas, que había servido para la lidia de toros durante las fiestas que en el día anterior habían terminado. En uno de los frentes de la misma plaza veíase aún, como testimonio elocuente del público regocijo, un teatro formado a la ligera y al aire libre, con todos los caracteres de la sencillez del arte en su estado primitivo.

A poco de nuestra llegada recibimos invitación para un baile de máscaras, que debía celebrarse aquella noche.

La elevadísima temperatura a que Neiva se halla, no es sin duda la más a propósito para un baile de disfraces, en que hay que llevar el rostro cubierto por una máscara más o menos incómoda, apenas tolerable en un clima frío, y eso por poco tiempo; pero no parece sino que el hombre en todos los climas y latitudes, tiene una verdadera complacencia en manifestarse distinto de lo que es; pues hasta los salvajes, en su estado natural y primitivo, tuvieron y tienen sus mascaradas.

Apenas eran las diez de la noche, cuando el sonido de la música nos condujo al salón, poco distante de nuestra morada. Al entrar en él, ya lo encontramos lleno de diferentes parejas disfrazadas, algunas con trajes tan molestos y embarazosos, que parece que los habían buscado exprefeso para cumplir una penitencia en expiación de alguna gravísima culpa.

Era el salón un paralelogramo de unos quince metros de longitud, por cuatro próximamente de anchura, con grandes ventanas en los costados, para darle ventilación, muy necesaria en su habitual destino²; varias lámparas de petróleo suspendidas del techo lo iluminaban profusamente, contribuyendo al par a hacer su atmósfera más calorosa, y a esparcir por ella gases que, a poco más, la hubieran hecho irrespirable; el suelo se hallaba cubierto de una alfombra hábilmente formada por costales de fique, generalmente empleados para el embalaje de mercancías, siendo el complemento del mueblaje y adorno algunas cortinas de gasa, varias mesas con luces del mismo género que las suspendidas de la techumbre, y algunos sofás o canapés, de distintas formas, colocados delante de las puertas y ventanas, a las cuales se agrupaba por la parte exterior el pueblo soberano de ambos sexos, ansioso de contemplar las piruetas de la clase que constituye su aristocracia. Esta, a pesar de la decantada igualdad, y de los pujos democráticos de su legislación, se desdeña de alternar con las clases inferiores, y aun las designa con los nombres de segunda y tercera, como a los que viajan en ferrocarril, según el local que ocupan.

² Era el local la escuela pública de niños.

A nuestra llegada al salón, bailábase una de esas danzas pausadas, que de todo tienen menos de baile, y cuya invención se debe sin duda a los que desean abrazarse en público, sin que nadie tenga derecho a motejarlos. Mi arribo al salón fue saludado con un viva a mi nombre, dado por un joven de los que dirigían la fiesta, con calificativos para mí tan honrosos como lisonjeros, y que fue repetido por la concurrencia con un entusiasmo que no puede traducirse sino por mi cualidad de español o por una exageración de la cortesía.

Conocido mi deseo de presenciar uno de los bailes característicos del país, que en los pueblos de tierra caliente tienen tan merecida fama, prestáronse a ello varias señoritas y aun señoras de las más jóvenes, bellas y distinguidas; y al tocar la orquesta el alegre y simpático bambuco, que ya mis lectores conocen, por la animada y fiel descripción inserta en su lugar, pusiéronse varias damas en baile, cada cual acompañada de un caballero, y bailaron con tanta gracia y soltura, y con tal elegancia algunas de ellas, que de un baile eminentemente popular llegaron a hacer una especie de danza aristocrática, sin quitarle ninguno de sus más graciosos accidentes.

Este se repitió más de una vez, según me manifestaron, por pura deferencia hacia mí, lo que no pude menos de agradecerles, especialmente a las señoras y señoritas que tan benévolas se mostraron.

Durante uno de los intermedios, varios de los caballeros más jóvenes se acercaron a mí en comisión, manifestándome el deseo que todos tenían de vaciar conmigo una copa en celebración de mi llegada; no pudiendo negarme a tal invitación, me dirigí con ellos a una especie de vestíbulo que daba entrada al local, donde sobre una mesa había algunos dulces y licores. Conociendo yo el prurito que hay en todo el país, por dar a estos actos cierta solemnidad, pronunciando siquiera algunas palabras, les dirigí, copa en mano y a manera de brindis, algunas frases que manifestaban mi gratitud y complacencia, las que fueron contestadas por uno de ellos con frases no menos cordiales, conduciéndome después entre todos al salón, donde al baile continuó de nuevo.

Yo, que no tomaba parte activa en él, entablé conversación con algunas de las señoras y señoritas que se hallaban más próximas, una de las cuales, la Señorita Neftalí Durán, joven encantadora y de modales finísimos, que se privó de bailar más de una vez por sostenerme la conversación, me hizo pasar un rato sumamente agradable, hablándome de la belleza de algunos de los sitios que me proponía visitar, especialmente el valle de San Agustín, cerca del cual tienen propiedades algunas personas de su familia.

El cansancio natural de los diez días que llevábamos de camino, nos obligó, aunque con pena, a abandonar aquella agradable reunión, retirándonos a descansar a las doce y media de la noche.

A la una y media en punto, cuando íbamos ya conciliando el sueño, nos despertó súbitamente un acontecimiento que puso en alarma a toda la población. La tierra había temblado; y a lo que pudimos apreciar, el movimiento sísmico fue primero oscilatorio de sur a norte, concluyendo por una trepidación muy violenta, que hizo crujir las puertas y los maderos de la casa en que nos hallábamos, casa de antigua construcción, de solidez problemática, por la anchura de sus crujías, y que, por ser de dos pisos, nos exponía a mayor riesgo de un funesto accidente. Cuantos habitaban la casa salieron despavoridos a los corredores, sin cuidarse mucho del traje en que se hallaban, incluso las señoras, lo cual dio ocasión más tarde a algunos chistosos comentarios. A los pocos minutos sintieron en una calle próxima gritos de dolor, lanzados por varias personas, a los que dio lugar la muerte repentina, causada por el susto, a una señora anciana, cuyas hijas tomaban a la sazón parte en el baile. Este concluyó, como no podía menos de suceder, en medio de la confusión y el aturdimiento; y según supimos más tarde, no fue ésta la única desgracia que hubo que lamentar en Neiva.

La mayoría de los habitantes de la ciudad pasó la noche en la calle, temiendo que el fenómeno se repitiese; pero en nosotros pudo más el cansancio que el temor, y nos

entregamos de nuevo al reposo, abandonándonos completamente al cuidado de la Providencia.

MARTES 17 DE DICIEMBRE

Amaneció el día bastante nublado, y a la salida del sol empezó una lluvia muy abundante. Cuando ésta cesó un poco, montamos a caballo, y salimos a recorrer los alrededores de la población, en gran parte inundados por la reciente lluvia. El perímetro que ocupa la ciudad de Neiva, en lo que constituye las principales agrupaciones de sus casas, será a lo sumo de cuatro a cinco kilómetros cuadrados. Solo en el centro hay algunas casas de teja, y las demás son de paja y de pobrísimo aspecto; todas ellas tienen grandes corrales cercados de tapia o de guaduas con algunos arbolitos y pasto para el alimento de algunos animales; esto hace que la población se halle más extendida de lo que pudiera suponerse, dado su reducido vecindario.

Las calles en lo general son anchas y rectas, y algunas de ellas están medianamente empedradas. En sus alrededores, y aun dentro de la población, hay varias corrientes de agua potable, que fertilizan el terreno y le proporcionan una amenidad relativa, que pudiera ser mucho mayor si no hubiese tanta incuria en sus moradores. Estas aguas bajan todas de la Cordillera Oriental y van a morir al Magdalena, que, dividido en dos brazos y formando una extensa isla, corre de sur a norte por la parte occidental de la población, bañando casi las paredes de sus últimas casas. En el brazo menor y más próximo se halla el embarcadero, hasta el cual suben canoas y champanes conduciendo mercancías desde Honda, que es el límite de la navegación por medio del vapor³, tardando en la subida, a pesar de la ligereza de estas pequeñas embarcaciones, por lo menos quince días, cuando la corriente no es muy abundante ni excesivamente corta, que entonces la navegación queda de todo punto paralizada.

³ Hoy navegan ya algunos vaporcitos entre Honda y Neiva.

Neiva, edificada primeramente en 1550, a algunas leguas de distancia hacia el sur y a orillas del río que lleva su nombre, fue destruida en 1569 por los indios pijaos, refugiándose sus vecinos a Timaná, que en aquella época sufría también continuos ataques de la tribu de los andaquíes. El año de 1612 volvió a poblarse en el lugar que hoy ocupa y bajo los auspicios del gobernador D. Diego de Ospina. Durante la colonia, fue cabeza de gobierno y siempre estuvo en ella la capital de la provincia de su nombre. Hoy es cabeza de un distrito del Estado Soberano del Tolima, al que pertenece; tiene dos iglesias de poca importancia, algunos establecimientos de educación, una imprenta y algún comercio, consistente en la exportación de quinas, extraídas de la Cordillera Oriental, sombreros de palma fabricados en varias poblaciones del sur y cacao de las vegas del Magdalena; y en la importación de artículos de consumo de las tierras altas, y de telas, licores y otros artículos europeos que generalmente recibe por el río. Antiguamente tenía en su término jurisdiccional muchos y grandes plantíos de cacao, que en su mayor parte fueron destruidos por el terremoto de 16 de Noviembre de 1827, calculándose la pérdida ocasionada por aquel desastre en un millón de matas de este precioso árbol.

Su ardiente temperatura, que es por término medio de 28°, suele templarse alguna vez por los vientos que bajan del gran nevado del Huila, que se halla hacia la parte occidental de la población a considerable distancia. Su altura sobre el nivel del mar es de 457 metros, y unos 7 u 8.000 el número de sus habitantes.

Ocupamos la mañana en recibir y pagar algunas visitas; por la tarde fuimos invitados y asistimos al entierro de la señora que en la noche anterior había fallecido a consecuencia del terremoto; y empleamos la noche en despachar lo más preciso de nuestro correo para Bogotá y Europa.

MIÉRCOLES 18 DE DICIEMBRE

Resueltos a continuar en este día nuestra marcha hacia el Sur, empleamos la mañana en dar la última mano a los bocetos que traíamos hechos de los cerros denominados

Fortalecillas, y en copiar algunos tipos del país. Exprofeso elegimos para la copia dos de los tipos más notables del pueblo, en que abundan mucho las deformidades que el coto y el carate producen.

Hechos ya todos los preparativos, salimos de Neiva a las dos de la tarde, con un calor que excedía a todo encarecimiento.

Después de trasponer algunas ligeras colinas un tanto elevadas sobre la población, entramos en un extenso llano o vega sumamente espaciosa, ceñida por ambas cordilleras y cuya extensión de norte a sur será de unos 50 kilómetros por 20 en su mayor anchura de este a oeste. Por el centro de este llano corre el Magdalena, a cuyo cauce se aproxima el camino de cuando en cuando, según las vueltas que aquel describe en su curso. Este llano se halla cubierto de pajonales que sirven de alimento a algunos ganados; crúzalo algunos arroyos que fácilmente podrían utilizarse para establecer un buen sistema de irrigación, y sustituyendo el prado artificial al pasto que naturalmente produce el terreno, podría crearse una riqueza de incalculables resultados.

El nopal se produce allí espontáneamente y se desarrolla con gran rapidez y lozanía; y sin embargo, se desconoce de todo punto el cultivo de la cochinilla. El café y el cacao se producirían a poco costo, y a pesar de eso, casi no se ve un árbol de estas especies. Sólo en las cañadas se encuentran algunos árboles silvestres, sin otra aplicación que la de ser cortados para leña; y los habitantes de estas regiones viven pobres y miserables, teniendo un suelo fertilísimo y medios tan fáciles y cómodos de explotarlo.

Al anochecer llegamos a un punto llamado El Albadán, donde tuvimos que alojarnos en un pobre ranchito y dormir bajo un cobertizo estrecho, revueltos con nuestros peones y las cargas de nuestro equipaje. A eso de las ocho sobrevino una tempestad de truenos y lluvia, que más de una vez se introducía hasta nuestras camas y que duró hasta muy entrada la noche. Sin embargo, dormimos hasta cerca de las cuatro de la

mañana, hora en que tomamos un ligero desayuno, y se dispuso todo para proseguir nuestra marcha.

JUEVES 19 DE DICIEMBRE

A los primeros rayos de la aurora dejamos El Albadán, y emprendimos nuestra jornada en dirección a un pueblecito llamado El Hobo, que ocupa la extremidad sur de lo que propiamente puede llamarse llano de Neiva. A poco de nuestra salida vadeamos el río del mismo nombre, y continuamos nuestra marcha, dejando a la izquierda un lugar llamado Campo-alegre, situado como a tres kilómetros del camino, tocando ya a la falda de la cordillera Oriental, y del cual me había hecho una descripción bellísima la Srita. Neftalí en el baile de Neiva.

A las diez y cuarto de la mañana llegamos por fin al Hobo, situado sobre unas colinas de aluvión, donde hay mucho oro, que por temporadas se ocupan en buscar sus habitantes, aunque por un sistema muy imperfecto y por consiguiente poco productivo. El Hobo tendrá unas 2.000 almas de población; se halla a 362 metros sobre el nivel del mar y su temperatura ordinaria es de 27°. Esta temperatura, menos elevada que en el resto del valle, nos permitió respirar con menos fatiga, y resolvimos detenernos hasta el día siguiente, en que nos proponíamos hacer nuestra jornada hasta El Gigante.

A poco de nuestra llegada fuimos a visitar la iglesia, que es reducida y pobre y tiene próximo un campanario aislado, construido con algunos maderos, sin duda por no ofrecer bastante solidez la pequeña torre que corona la puerta del modesto edificio. En el interior hay algunas imágenes de escultura y varios cuadros sin ningún mérito artístico. Entre las primeras llamaron nuestra atención un San Roque, de yeso, a quien habían tenido la crueldad de privar de su perro, agregándolo a San José, que se hallaba en el nicho próximo, y una Magdalena, probablemente no arrepentida aún, de figura tan grotesca y tan pésimamente ataviada, que si el original se hubiese parecido en algo

a la copia, no hubiera tenido muchas culpas de qué arrepentirse, porque es seguro que no habría podido fácilmente hallar cómplices.

Durante la noche salió por la plaza la procesión o rosario de aguinaldos, que por aquí es también fiesta de costumbre, y que por fortuna no llevaba como apéndice las ridículas mascaradas que en el año anterior habíamos visto en algunos pueblos de los Estados del Norte.

VIERNES 20 DE DICIEMBRE

Salimos de El Hobo a las cinco y media de la mañana, y nos encaminamos por unas colinas que se hallan al suroeste, y sobre las cuales se van levantando cerros de mayor elevación, que por un lado y otro se confunden al fin con las cordilleras, sin otra división notable que el cauce del río Magdalena, que lleva su tortuoso curso por cañadas profundas, estrechas y pedregosas.

Desde antes de salir del llano, veníamos ya dejando a nuestra derecha una hilera de colinas terminadas en agudos picos, y dispuestas en línea recta de norte a sur, como si hubiesen ido cercenándose por un lado y otro, es decir, por este y oeste, mucha parte de la materia de que se hallaban compuestas. Esta línea de colinas, que a veces tiene tres o cuatro órdenes paralelos, forma como notamos en el llano anterior, la cuerda de un arco extensísimo, que por aquella parte describe la cordillera central, cuyas cumbres más elevadas se pierden en la región de las nubes y constituyen un páramo no sólo inhabitable sino muy difícil de transitar, aun en las épocas de mayor calma en estas regiones. Los últimos cerros en que estas colinas se confunden y por cuya escarpadísima falda oriental corre el Magdalena, son en gran parte de arcilla esquistosa, y se hallan muy impregnadas de óxido de hierro, que les da un color rojo vivísimo, apareciendo en ellas varias fajas desnudas de toda vegetación por los derrumbes ocasionados por las lluvias.

A corta distancia de El Hobo, el terreno se hace cada vez más quebrado, las capas de aluvión más pedregosas y de mayor densidad, siendo una prueba evidente de que las aguas vivas que por allí han corrido, acarreado a ciertos parajes de la llanura cantidades prodigiosas de guijo y trozos de roca de todas clases, han formado bancos enormes de brechas y pudingas, cementadas por una sustancia caliza muy sólida y de color gris plomizo.

Por estos cerros cubiertos de piedras rodadas de diversos tamaños, continúa el camino, que no es menos pedregoso, ya descendiendo por asperísimas cuestas al fondo de las cañadas, ya subiendo a la cumbre de altísimos cerros, sin encontrar un palmo siquiera de tierra llana donde los animales pudiesen reposar un momento.

Las lomas, donde el suelo no era de todo punto estéril, se hallaban cubiertas del mismo pajonal que se ve en el llano, aunque de menos densidad y altura; sólo en las grandes depresiones y al borde de los arroyos, veíanse algunos árboles más o menos corpulentos, en su mayor parte de la especie del cautchut, entre los cuales notamos algunos gaques muy frondosos, siendo de notar que casi todos tenían cubiertas sus ramas del musgo parásito de largos filamentos, y en forma de cabellera, que en otra ocasión dejamos descrito.

Cerca del mediodía llegamos por fin a una especie de meseta muy elevada, que corona la cumbre de varios cerros, y forma con ellos los primeros estribos de la Cordillera Oriental. Aquella meseta lleva el nombre de Potrerillo. Allí hay algunos ranchos, destinados principalmente a la custodia de los ganados, que pacen en libertad por aquellas rudas y empinadas lomas, y en ellos nos detuvimos a sestear y hacer nuestro almuerzo, encontrando con placer una temperatura tanto más agradable cuanto elevada y penosa era la que acabábamos de dejar en los doce días empleados en recorrer toda la llanura. Allí vimos el garrapatero, ave benéfica (por su propio interés) que limpia al ganado del insecto parásito de que deriva su nombre.

A las cuatro de la tarde salimos de Potrerillo; pasamos una quebrada, y subiendo otra cuesta de algunos cincuenta metros de elevación, salimos a un ancho valle que se extiende de norte a sur como unos 25 kilómetros y tres o cuatro de este a oeste en su mayor anchura, ceñido por un lado y otro de colinas arenosas y muy elevadas. Estas siguen la misma dirección longitudinal del valle, en línea recta las de la derecha, y un tanto curva las de la izquierda, guardando cierto paralelismo con las cordilleras de un lado y otro, que desde las cercanías de Potrerillo vuelven a desviarse para formar otro nuevo círculo, como las precedentes. A la derecha hay diversos caseríos de otras tantas haciendas destinadas a la cría de ganados, y cerca de algunos de ellos se ven manchas de grandes árboles, plantados expresamente para dar sombra a los cacaoteros, requisito indispensable para que vivan bien y fructifiquen.

El valle forma un ligero declive hacia la parte occidental, y corre por él un arroyo algo caudaloso, que después de bañar las paredes de la próxima población llamada El Gigante, cae por una escotadura profunda a la cuenca del Magdalena, con el cual se reúne a algunos kilómetros de distancia.

El Gigante, a donde llegamos al anochecer, es una población de 4.000 almas próximamente; su elevación sobre el nivel del mar es de 819 metros y 26° su temperatura media. El nombre que lleva lo debe, según los historiadores, a la circunstancia de haberse encontrado en sus cercanías algunas osamentas de enorme tamaño, que la ignorancia de sus primitivos pobladores atribuyó a seres gigantescos de raza humana, y se comprobó después que eran de mastodonte, de que se encuentran aún huesos diseminados en muchos parajes de los Andes. La población ocupó primeramente un lugar llamado La Honda, situado a orillas del Magdalena, y más tarde se trasladó al que hoy ocupa, entre dos arroyos, llamados: el de la parte del norte, quebrada de la Guandinosa; y del Gigante la del sur, las cuales se reúnen antes de salir por el boquerón o escotadura de que antes hablamos.

El aspecto general de la población es bastante agradable; sus calles son simétricas y las más de ellas empedradas y con aceras de ladrillo; tiene muchas casas de

arquitectura regular y cubiertas de teja, siendo las de los extremos generalmente de paja. Su iglesia, de medianas proporciones, es bastante sencilla en sus adornos; contiene pocos altares y un número de imágenes por fortuna bastante reducido, y ninguna de ellas de aspecto ridículo, por más que no puedan calificarse de modelos en su género.

SÁBADO 21 DE DICIEMBRE

He empleado la mañana en copiar algunos tipos de gente cotuda y caratosa, la sección inferior de un árbol del pan que hay en el patio de la casa en que estoy hospedado, y en mandar construir una mesa portátil, para dibujar en los lugares que me propongo visitar, y que se hallan completamente sin recursos.

DOMINGO 22 DE DICIEMBRE

Nos proponíamos seguir hoy nuestro viaje para Santa Librada y Timaná; pero a consecuencia de haber llegado algunas familias bogotanas, amigas nuestras, se empeñaron en detenernos hasta que pasase la fiesta de Navidad, y no pudimos menos de acceder a deseos tan generales y que tanto nos lisonjeaban.

La mayor parte del día la hemos empleado en hacer y recibir algunas visitas de las personas más notables de la población.

LUNES 23 DE DICIEMBRE

Me he ocupado con preferencia en arreglar los apuntes de esta excursión, desde nuestra salida de Bogotá.

Deseoso de conocer los pormenores de la catástrofe ocurrida en esta localidad hace cuarenta y cinco años, y que dio por consecuencia el trasladarse la población de las orillas del Magdalena al lugar que hoy ocupa, empecé a inquirir ciertos pormenores de

las personas que creía mejor informadas. Diéronme algunas noticias sobre el origen y magnitud del fenómeno, que no me dejaron enteramente satisfecho, y varios amigos se ofrecieron a acompañarme, en el día y hora que yo dispusiese, a hacer una visita escrupulosa al valle, donde existió antes del terremoto el poblado que en su mayor parte fue víctima de aquel horroroso e imprevisto acontecimiento, y que antes de trasladarse al punto en que hoy se halla, llevó el nombre de San Antonio de la Honda.

MARTES 24 DE DICIEMBRE

Llegada la hora convenida, que fue la de las once de la mañana, nos pusimos en camino mis amigos D. Napoleón y D. Daniel Borrero, mi compañero Guardado y yo, habiéndonos precedido desde temprano otro caballero llamado D. Agustín Blanco, que nos esperaba en una labranza o plantación de cacaotal que posee en el sitio a que nos dirigíamos.

Con un calor que se hubiera hecho temible para otras personas que se hallaran menos acostumbradas que nosotros a resistir los ardientes rayos del sol tropical, montamos a caballo, y salimos por la parte occidental de la población dirigiéndonos por un vallecito cubierto de pajonales a las orillas de un arroyo o riachuelo, cuyo profundísimo cauce ha dado origen sin duda al nombre que lleva de Quebrada-honda. Las orillas por uno y otro lado se hallan cubiertas de árboles de diferentes especies, entre los cuales abundan mucho el manzanillo de mortífera sombra, el guarumo de hojas tornadizas, a quien como dijimos en otra ocasión comparan la mujer voluble en ciertas localidades. También se ven en gran número los cauchos de diversas especies, desde el de hoja diminuta, que produce la mejor goma, hasta el de hojas anchísimas, veteadas de blanco, llamado por aquí caucho arepero, por el destino que se da a estas hojas, colocando en ellas para asarlas al fuego, una especie de tortas de maíz, llamadas arepas. También se ve en numerosos grupos la morera tintórea llamada dinde, y una gran variedad de cactus, principalmente el flageliforme, el cirio, el nopal y el pitahaya, de fruto exquisito, que casi siempre vive a expensas de algún árbol, y vegeta entre otras parásitas.

Bajamos por una cuesta muy pedregosa a las orillas del riachuelo, cuyo cauce se halla completamente sembrado de piedras rodadas y trozos de roca, que, en su distintas formación, dejan conocer la diversidad de su procedencia. Al lado de un peñón rojizo o amarillento de arenisca ferruginosa, se ve otro de granito típico, en cuyas facetas brillantes reflejaban los rayos del sol con una intensidad que obligaba a cerrar los ojos. Más allá obstruía el cauce del torrente, y hacía variar su curso, un bloque gigantesco de conglomerado brechiforme, compacto como la roca más dura, y que había bajado rodando desde la falda carcomida de alguno de los cerros adyacentes donde se ven espesas capas de este género de formación entre bancos de arena blanquecina más o menos compacta.

Al llegar a uno de los recodos, formado a expensas del sinuoso curso de la quebrada, mostráronme una especie de vegeta, que, poco después del terremoto, dio lugar a un pleito originalísimo, y que quizás no habrá tenido ejemplo igual, por ser muy difícil la reproducción de las causas que lo motivaron. Fue, pues, el caso, que a consecuencia del terremoto, o mejor dicho, de la inundación de cieno y agua, que entonces bajó de la próxima cordillera, la vegeta a que aludimos, fue cubierta totalmente por un terreno que se hallaba más elevado, y que a impulsos de la corriente impetuosa, resbaló sobre el plano inferior que la constituía y la cubrió completamente, quedando implantados en él hasta los árboles contenidos en el primero. El dueño de la vega cubierta y el del terreno que acababa de cubrirla alegaban en su favor cuantas razones pueden aducirse, emanadas de su anterior derecho; y por último llegaron a transigir, en vista de las dificultades que para su resolución equitativa presentaba el caso.

Continuamos descendiendo por el mismo cauce, pedregoso siempre, que ofrecía los mismos caracteres que veníamos notando desde un principio; y al llegar a algunos kilómetros del Magdalena, con el cual se reúne la quebrada, entramos en un vallecito de notable extensión, donde surgen algunas fuentes termales. Este vallecito, está cubierto en su región más elevada de una capa de arena, piedra y cascajo, que lo hace por aquella parte de escasa fertilidad; pero, a medida que se desciende, la capa de

aluvión, muy rica en humus, adquiere una fertilidad tan prodigiosa, que los cámbulos de ocho o diez años, plantados allí para dar sombra a los extensos y productivos cacaotales, elevan su copa a la altura de cuarenta o cincuenta metros, formando un bosque tan compacto, que en las horas más calurosas del día se puede pasear bajo su follaje sin la menor molestia.

Allí permanecimos por espacio de unas dos horas, admirando el prodigioso número de mazorcas que el cacaotero produce y que encontramos adheridas al tronco de los árboles en todos sus períodos de desarrollo, desde el de la florescencia hasta la madurez absoluta.

Allí me mostraron el lugar donde se hallaba agrupada la población antigua, que, según el testimonio tradicional, fue sepultada por enormes avalanchas de barro, y, según lo más probable, debió ser arrastrada al Magdalena por una impetuosa corriente de agua más o menos cenagosa, sin dejar vestigio alguno, por la poca solidez de las mismas construcciones.

Generalmente se cree en el lugar que estas avalanchas procedieron de la erupción de un volcán situado en la cumbre de alguno de los cerros más elevados de la cordillera, aunque todos los signos que quedaron como reliquia de la catástrofe, donde no hay materia alguna que indique proceder de una fuerza eruptiva, hacen creer que el fenómeno tuvo lugar por la repentina ruptura de las barreras en que se hallase contenido algún lago superior, cuyas aguas arrastraron a su paso una gran cantidad de la arena y cascajo de que por esta parte se halla formada la cordillera, y no poco del terreno de aluvión de que están formadas las colinas que entre el Magdalena y los primeros estribos de aquella se interponen.

Este accidente fue tanto más terrible para la antigua población, cuanto que la mayor parte de sus escasos moradores se hallaba reunida en una casa, donde se celebraba una fiesta de bodas, en cuya algazara y bullicio fue sorprendida la muchedumbre, y

probablemente arrastrada con los escombros de sus frágiles viviendas hasta la corriente del río cercano.

Las pocas personas que sobrevivieron a aquella horrorosa catástrofe, recordaban con horror muchos de sus principales accidentes, que sus hijos conservan en la memoria y se complacen en referir al viajero. Muchos de estos episodios dramáticos escuché con dolorosa emoción de los labios de varias personas perfectamente informadas, los que no me detengo a consignar por no hacer demasiado extensa la relación de este suceso.

Durante la tarde y gran parte de la noche hemos tenido una furiosa tempestad de lluvia y truenos. Esto ha hecho que la mayor parte de la población se haya retraído de asistir a la misa de gallo, que, en todos los pueblos católicos, se celebra con estrepitosa música de tambores y otros instrumentos poco agradables, y en éste y otros pueblos de la comarca llevan su acompañamiento de cohetes enormes y descargas de escopeta y otras armas de fuego, capaces de aturdir y desesperar a una población de sordos.

MIÉRCOLES 25 DE DICIEMBRE

He recibido muchas visitas de felicitación. Parece que se prepara esta noche un baile, para obsequiarme con él antes de mi partida. En efecto, a la caída de la tarde varios jóvenes han venido a hacerme la invitación oficial en nombre de los vecinos del pueblo.

Durante el día ha paseado constantemente las calles una comparsa musical, compuesta de dos clarinetes desafinados, un cornetín que no lo estaba menos, un tamboril y un bombo, instrumentos todos más adecuados para hacer ruido que para producir armonía: ésta era la única orquesta con que se contaba para el baile de la noche. ¡Y había que asistir sin remedio!

Las nueve serían apenas, cuando el eco difundió por todo el Gigante las primeras notas de un ruidoso bambuco. El local destinado a la fiesta era el de la escuela pública,

situada en la plaza, a la cual acudían jóvenes en su mayor parte bellas y elegantes y en un número proporcionalmente muy superior al de sus moradores. Ocupaban al mismo tiempo, por la parte exterior las ventanas del local, según la costumbre del país, numerosos grupos de la gente del pueblo, que no tenía derecho a presenciar la fiesta desde otra parte, mientras los encargados de adornar aquel templo humildísimo de Terpsícore, suspendían de las paredes los últimos pabellones de ligera gasa color de rosa, y colocaban sobre las mesas ramos de flores naturales, en jarros no todos artísticos, y algunas velas esteáricas de diversos colores, en candeleros de metal, que por su forma publicaban a voces su antigua procedencia, y muchos de los cuales habían sido sin duda importados de España en los primeros tiempos de la colonia.

Habríanse apenas bailado las dos o tres primeras piezas, cuando me presenté acompañado de algunos de mis recientes y más obsequiosos amigos. Cuantos ocupaban el salón se levantaron cortésmente para recibirme, y varios jóvenes me condujeron a un asiento de la cabecera del local, donde se hallaban las más bellas señoritas.

Los accidentes del baile fueron esencialmente los mismos que en el de Neiva: danzas y polkas, algún intermedio de bambuco, vino de varias clases para obsequiar a las señoras y coñac y aguardiente para los caballeros; bailándose al final la antigua, acompasada y grave contradanza española, contemporánea probablemente de los candeleros en que ardían las bujías.

A la una de la madrugada nos retiramos a descansar, quedando aún en el ejercicio de sus funciones las muchachas, jadeantes de placer, aunque inundadas de sudor copioso, y los jóvenes más entusiastas e incansables en hacer piruetas.

JUEVES 26 DE DICIEMBRE

A pesar de la traspasada nos levantamos temprano, con ánimo de ponernos en camino, antes que el sol nos molestase demasiado; pero por una parte los amigos que

acudieron, y por otra mi compañero Guardado, que quería despedirse individualmente de todas las personas del lugar, detuvieron nuestra salida hasta después del almuerzo. Lo único que pudimos conseguir fue que partiesen delante de nosotros las cargas de nuestro equipaje, dejándonos así más desembarazados para emprender con mayor rapidez nuestra marcha.

En punto del medio día, y montados ya, nos despedíamos de los amigos que nos rodeaban, y acompañados de algunos de ellos, que quisieron ir con nosotros hasta alguna distancia del lugar, salimos por fin del Gigante, y tomamos la dirección del suroeste sin abandonar la cuenca del Magdalena, por cuya margen derecha continuábamos, siempre aguas arriba, divisando de trecho en trecho su corriente, mermada por los calores y escasas lluvias de la estación, hasta el punto de descubrirse en muchos puntos extensas y pedregosas playas que por un lado y otro estrechaban mucho su cauce.

El terreno, como el que a la espalda dejábamos, es todo de aluvión formado de guijo y arena y dispuesto en colinas, en cuyas faldas se veían muchas veces al descubierto las capas de piedras rodadas que forman el subsuelo, mientras que en la parte superior, en los estrechos vallecitos y en el fondo de las cañadas, veíase una capa más o menos densa de tierra vegetal cubierta de gramíneas y árboles a veces corpulentos.

Por espacio de dos leguas atravesamos varios riachuelos y arroyos, cuyo ancho y profundo cauce, casi seco a la sazón, indicaba que en las estaciones de lluvia suelen contener caudalosos torrentes.

Desde los puntos más elevados veíanse levantar a un lado y otro las masas enormes que constituyen ambas cordilleras, cuyos ramales describían un extenso círculo más, que veíamos cerrarse en el horizonte hacia la parte del suroeste, quedando en el centro una grande extensión cubierta de innumerables colinas, cerros pedregosos y profundos valles, dispuestos de tal manera, que parecía que la mano de Dios los hubiese regado al azar para sacar del mismo desorden nuevas bellezas. En medio de

esta confusión, abríase paso imperturbable el río que tantas veces hemos nombrado, ya socavando el pie de puntiagudos cerros, ya rodeando montes de piedras rodadas dispuestas en bancos de una densidad prodigiosa, ya deslizándose mansamente sobre playas de menuda arena cercadas de una vegetación vigorosa.

Las dos de la tarde serían cuando descendimos por una fragosa cuesta al fondo de un extenso valle al que da riego y fertilidad un abundante arroyo, donde se ven agrupadas entre las labranzas de cacaotal, como unas veinte casas pajizas. Llámase este lugar Ríoloro o Río del oro; los bosques de cámbulos forman por todas partes extensos grupos que dan sombra y frescura al precioso árbol que crece y fructifica bajo su ramaje; numerosas acequias cruzan el terreno en todas direcciones para regar en tiempo oportuno los plantíos de cacao y las praderas artificiales; todo es allí risueño y encantador, menos el aspecto de los seres humanos que habitan aquel lugar, de puro fértil insalubre, y que aspirando constantemente las emanaciones palúdicas, resultado de la constante evaporación de un terreno húmedo y poco ventilado, donde se descomponen sin cesar grandes cantidades de materias orgánicas, respiran de continuo una atmósfera impura, en que su salud se quebranta, se agotan sus fuerzas y viene al fin a acabar su existencia penosa una muerte prematura e inevitable.

Al llegar al extremo sur de este vallecito, por donde corre el riachuelo que lleva su nombre, descendimos con él por su margen derecha en dirección al oeste. poco más de un kilómetro, hasta encontrar un sitio por donde es más fácil vadearlo. Luego trepamos en dirección al sur a la cumbre de varias colinas que terminan en una meseta; y, siguiendo el mismo rumbo, llegamos a otra quebrada que lleva el nombre de Voltezuelas, por las muchas que hay que dar, siguiendo su tortuoso cauce, hasta salir a otra llanura arenosa, cubierta de pajonal, y limitada por cerros de más o menos elevación, de estéril aspecto, y sembrados, como el valle, de enormes peñones erráticos, cuya existencia en aquel lugar tan lejos de las cumbres de las cordilleras donde han podido formarse, suspenden la imaginación y hacen que por lo menos dude el geólogo de algunas de las hipótesis establecidas por la ciencia.

Sobre aquel terreno estéril y constantemente calcinado por los ardores del sol ecuatorial, se ven diseminadas algunas pobres rancherías y algún ganado vacuno, lastimosamente cubierto de llagas dolorosas, causadas por el insecto llamado nucho, cuyas larvas se introducen y alimentan bajo la piel del animal, como en otra ocasión hemos dicho.

Más adelante pasamos otra quebrada o riachuelo, de curso rapidísimo, y cubierto de enormes peñones, por donde sus cristalinas aguas se precipitan sin cesar, formando a cada paso cascadas espumosas, cuyo ruido se escuchaba a larga distancia. Pásase este riachuelo por un puentecillo cubierto; se entra después en otro valle rodeado de cerros, cuya forma redondeada y uniforme llama la atención por su extraordinaria simetría, y llegando a su parte superior se descubre desde una estrecha meseta una gran extensión de terreno profundamente quebrado, a que sirve de límite la barrera elevada en semicírculo por la cordillera central, a cuya falda se divisan a lo lejos dos pueblecitos: el Pital y el Agrado, ambos de reducido número de habitantes.

A pocos metros de allí se presenta la pedregosa y rápida bajada que conduce a un valle profundo en cuyo centro, y cercado de tupidos bosques de cámbulos, se ve el pueblo de Garzón, que debía ser el término de nuestra jornada.

Siendo esta comarca una de las que más se dedican al cultivo del cacao, de cuyos productos vive casi exclusivamente, desde el Gigante a Garzón, se hallan por todas partes pequeñas y grandes labranzas, que se divisan desde muy lejos, por la elevación de los árboles destinados a dar sombra a los plantíos.

Muchos de ellos se hallaban aún cubiertos de flor, y parecía a lo lejos que la mano de una hada hubiese extendido sobre las masas de verdura que forman aquellos tupidos bosques un precioso manto de escarlata, para que contrastase e hiciese resaltar el bello matiz del verde purísimo de sus hojas.

Pero el contraste más conmovedor que encontramos, cercano siempre, a estas poéticas pero mortíferas plantaciones, fue el de los grupos numerosos de solitarias tumbas, cubiertas de piedras y señaladas con una cruz, al lado del camino, para indicar a los transeúntes que allí reposan los que consagrados en vida a cultivar aquellos insalubres terrenos a costa de su vida, duermen el sueño de la muerte bajo la sombra de los mismos árboles plantados por sus manos.

A las cinco y media de la tarde entramos en Garzón, después de atravesar un clarísimo arroyo que lleva su nombre y fecundiza su extensa vega. En un barranco elevadísimo, cortado verticalmente a la margen derecha del arroyo, observamos las capas horizontales del terreno de aluvión que la forma, y en la que se ven alternadas las de guijo pequeño, cascajo, arena finísima y piedras rodadas de diversos tamaños que tienden a conglomerarse.

Garzón, según los datos geográficos y estadísticos del Sr. Pérez, figuraba ya como parroquia en 1794; su principal cultivo es en la actualidad el cacao, que le da notables productos, así como la ceiba de ganados que sacan para expender en los pueblos limítrofes. En sus cercanías hay minas de asfalto y petróleo y algunas fuentes termales. No lejos del lugar, existía también a principios de este siglo una mina de sal, que no se explotó nunca, sino muy en pequeño, y que los derrumbes de los cerros superiores cegaron completamente durante el terremoto de que antes hemos hablado. En las capas de aluvión de un cerro vecino suelen descubrirse a veces algunos huesos de mastodonte; pero, según me informaron, no se ha encontrado jamás un esqueleto completo, lo cual indica que los animales no fueron sepultados vivos, sino que sus restos fueron acarreados allí quizás desde largas distancias.

Los habitantes del pueblo llegarán apenas a 4.000; la elevación del valle sobre el nivel del mar es de 858 metros y su temperatura media la de 26°.

VIERNES 27 DE DICIEMBRE

A las siete de la mañana en punto, salimos de Garzón. Pasado el valle, cubierto de arboleda, en que el pueblo se halla, y un arroyo que corre entre él y las primeras colinas que se levantan por el lado del sur, continuamos nuestro camino, acercándonos más cada vez a los primeros ramales de la Cordillera Oriental, que abatiéndose poco a poco, se confunden con los accidentes del terreno más llano. El que media entre Garzón y las orillas del Suaza, es el mismo que habíamos venido observando, salvo algún ligero accidente, en las jornadas anteriores.

Las ocho y cuarto eran cuando llegamos a la margen del indicado río; teniendo que ir a buscar el vado a una gran distancia del que anteriormente servía para el pasaje, porque un propietario de aquellos terrenos, en uso de su soberanía, e interpretando en su propio interés la libertad republicana, como aquí es uso y costumbre, había tenido a bien obstruir el camino, y dejar a los pasajeros que buscasen por otra parte el que mejor pudiera convenirles.

Al subir el barranco que forma la margen izquierda del mencionado río, a veces muy caudaloso, pero que a la sazón presentaba muchos puntos vadeables, observamos que el terreno forma en aquella orilla dos planos distintos, paralelos ambos a su corriente, que describe un gran círculo al dirigirse hacia el oeste para encontrarse con el Magdalena. En el plano inferior, que es como una extensa playa, con ligero declive hacia el río, se halla un pueblecito llamado La Jagua, cuyas casas en su mayor parte pajizas, se ven diseminadas y en desorden alrededor de una ancha plaza, único sitio en que se observa alguna regularidad en la colocación de las viviendas.

Este pueblecito, que ocupa una playa arenosa, fue arruinado a consecuencia del terremoto de 1827, en que por el derrumbe de dos cerros que obstruyeron temporalmente el cauce del Suaza, se produjo, al romperse el dique, una inundación espantosa, que arrastró sus valiosos plantíos de cacaotal y causó otras muchas

desgracias. Hoy vive casi exclusivamente de la ganadería; tendrá unos 2.000 habitantes; se halla a 616 metros sobre el nivel del mar y tiene 27° de temperatura.

Nos detuvimos a reposar un rato bajo un cobertizo, mientras se adelantaban nuestros peones, y al punto nos vimos rodeados de una multitud de curiosos, que se explicaban nuestras preguntas y nuestras miradas investigadoras. Como la plaza era, por decirlo así, toda la población, no nos separamos de ella. En su frente sur se halla un modestísimo templo, que es el más importante de sus edificios, y aunque de medianas proporciones, está cubierto de teja y en su interior bastante aseado. La curiosidad nos hizo penetrar en él, porque el templo casi siempre es un barómetro seguro para apreciar la ilustración de los moradores de un pueblo, y muy especialmente la del pastor que lo tiene a su cargo.

Lo primero que encontramos a la derecha de su entrada, fue el retablo en que se presenta a los fieles el purgatorio con las ánimas de los que allí sufren temporalmente sometidos a los más ingeniosos martirios, algunos de ellos tan caprichosos y raros, que serían bastantes para honrar la inventiva de los más crueles e implacables inquisidores. Al llegar al altar mayor, no pudimos menos de sorprendernos, al encontrar en él dos imágenes de tal manera ataviadas, que, a no asegurarnos el sacristán que la una representaba a la Magdalena y la otra a la Virgen de los Dolores, jamás hubiéramos podido sospecharlo. Figúrese el lector dos estatuas de mujer vestidas con trajes de muselina, recién salidos de los talleres de Inglaterra o de Francia, un pañolón de la misma ligera tela, colocado en los hombros con cierta coquetería, un ridículo o escarcela en el brazo izquierdo y un sombrerito de terciopelo adornado con cintas de colores, y de la misma forma de los que se usan actualmente para traje de calle; y tendrá una idea del curioso anacronismo y extraña profanación de que eran víctimas las dos efigies.

Salimos del templo poseídos de un sentimiento mezclado de asombro y de lástima, al considerar la idea que pueden formarse de la religión de Jesucristo los pobres fieles, ante cuyos ojos se ofrece culto a imágenes que se hallan tan poco en armonía con los

objetos que representan. Valiera más que una sola y sencilla cruz les conmemorase los sagrados misterios de la redención; que así no extraviarían sus ideas, tributando un culto sacrílego a mamarrachos risibles, que sólo ha podido inventar el deseo de explotación, único móvil que parecen tener en su conducta los fariseos de la nueva ley.

En el breve rato que allí estuvimos, varios hombres y mujeres despojaban los altares de los adornos que habían colocado en ellos para celebrar la Navidad, propios todos para una fiesta pagana, más bien que para solemnizar un misterio de la religión católica.

Como el pueblo se hallaba aún entregado a las diversiones propias de estos días, veíanse en la plaza las barreras de guadua, levantadas para la lidia de toros, detalle imprescindible para que la diversión sea completa. Tenía ésta por complemento, muy natural también, la embriaguez a que se entregan sin reserva en estos días; y hombres y mujeres recorrían en cuadrillas más o menos numerosas los templos de Baco, donde rendían culto a esta divinidad pagana con frecuentes libaciones. Entre estos grupos, a que aquí dan el nombre de parrandas, y que generalmente van precedidos de tiple y bandola, se presentó uno de jóvenes a caballo, entre los cuales había varios que llevaban las piernas embutidas en zamarros de piel de cabra, que por tener el pelo sumamente largo, parecían otros tantos sátiros ecuestres, a quienes sólo faltaban los cuernos para ser completa la semejanza.

Al salir del pueblo, subimos al plano superior, que forma una llanura próximamente de ocho kilómetros de longitud por tres o cuatro de latitud, cubierta de bosque en una gran parte, y sembrada de fragmentos de rocas, restos arrojados al azar por las corrientes, y derrumbados sin duda por cataclismos portentosos, de las cordilleras desmoronadas.

Hacia la parte del sur la llanura es más uniforme; el bosque desaparece casi por completo y lo sustituyen algunas gramíneas con que se apacientan los ganados. Al llegar a este lugar, la comparsa ecuestre de jóvenes jaguareños se divertía en correr

por el llano, enlazando algunos terneros, para conducirlos sin duda a la plaza y satisfacer con ellos su diversión favorita.

Entre este llano y otro que se ve más adelante, acaso de más extensión que el primero, hay una larga serie de colinas y cerros más o menos empinados, por donde corren varios arroyos y se descubren a cada paso trozos enormes de pudinga, semejantes en la apariencia a la argamasa artificial de las obras hidráulicas de los romanos y de los árabes.

Al pie de estos cerros veíanse profundos barrancos cubiertos de tierra vegetal, donde la vegetación era exuberante, y crecían hasta una inmensa altura el dinde y el caucho, el zapote de hojas palmeadas y el guarumo de frágil tronco, enlazados por multitud de enredaderas o bejucos, y cubiertos de plantas parásitas, entre las cuales sobresalía siempre el musgo filiforme de que hemos hablado, flotando al aire en forma de cabellera gris, cual si entre el ramaje hubiesen estado ocultas infinitas cabezas de viejas desgredadas. Era tal la profusión de aquella parásita, que se veían algunos árboles muertos por ella, y sus secas ramas envueltas completamente como en un sudario.

Cerca ya del medio día llegamos a los alrededores del otro pueblo llamado Altamira, situado junto a los primeros estribos de la Cordillera Oriental, a la cual nos íbamos acercando. Este pueblecito, que antes llevaba el nombre de Boquerón, por hallarse próximo a una escotadura profunda de la montaña, se trasladó después al lugar que hoy ocupa en lo más elevado del llano, y tiene muy pocos recursos para desarrollarse y crecer, principalmente la falta de aguas potables. Fue parroquia desde 1704, y hoy se halla reducido a las condiciones de una aldehuela, y sus habitantes tal vez no llegarán a mil, incluso los del campo. Sus casas son casi todas de paja, su elevación sobre el nivel del mar es la de unos 1.100 metros, y su temperatura media la de 24° centígrados.

Allí permanecemos hasta las cuatro de la tarde, en que continuamos nuestra jornada, dejando la llanura y entrando de lleno en las faldas de la cordillera. El camino toma desde allí un rumbo más marcado hacia el sur y sube por una cuchilla, pedregosa en un principio y compuesta después de arena y greda con mucho óxido de hierro. Una hora duró nuestra subida, dejando a un lado y otro estrechos y profundos valles, cultivados o llenos de bosque, que indicaban a las claras la fertilidad del terreno. Desde allí empezamos a descender por cerros, areniscos en su mayor parte, donde se ven frecuentes derrumbes, ocasionados por las lluvias, y a las seis y cuarto de la tarde divisamos ya a la orilla izquierda del Suaza, el pueblecito de Santa Librada, a que nos dirigíamos, y en el cual entramos cuando ya casi iba anocheciendo.

SÁBADO 28 DE DICIEMBRE

Por ser en este pueblo la temperatura muy agradable y haber disfrutado un sueño tranquilo y reparador durante la noche, nos levantamos con las primeras horas de la mañana y salimos a pasear por los alrededores del pueblo, que ocupa una posición muy pintoresca en el interior de un ameno vallecito que se abre entre unos cerros sumamente empinados y la orilla izquierda del Suaza, cuyo nombre llevó hasta hace treinta años, y después fue sustituido por el que hoy lleva.

Ni por el número de sus habitantes, que apenas llegará a 3.000, ni por sus productos naturales, ni por su situación geográfica hubiera llegado este pueblo a ser conocido en el mundo, fuera del estrecho círculo de los que a él se encuentran más cercanos, si la circunstancia especial de producirse en sus alrededores en gran abundancia y de una clase muy superior la palma nacuma, de que se fabrican los sombreros llamados de jipijapa, tan generalmente estimados, no lo hubiese hecho el centro de una industria extremadamente lucrativa, que ha sido y es una fuente de considerables riquezas para éste y otros pueblos comarcanos; de que hablaré después, al consignar algunos detalles relativos al mismo asunto.

La elevación de este valle sobre el nivel del mar es, según el mismo Sr. Pérez, la de 966 metros y 25° centígrados su temperatura media.

DOMINGO 29 DE DICIEMBRE

Deseaba la llegada de este día, por ser el de mercado; pero me llevé un chasco solemne: plátanos y carne, maíz y panela, arroz y otros comestibles de menos importancia, fueron las únicas mercancías que llenaron la extensa plaza del pueblo. Sin embargo, lo más curioso para mí era la compra de sombreros de que ya he hablado, por los agentes que aquí tienen establecidos dos respetables casas de comercio de la isla de Cuba.

Como apenas hay familia que deje de ocuparse, ya en la totalidad de sus individuos, ya sólo las mujeres y muchachos, cuando los hombres tienen que acudir a sus faenas campestres, que es la excepción de la regla general; como no hay familia, repito, que no se ejercite en la confección de sombreros, desde el sábado por la tarde muchas veces, pero principalmente en la mañana del domingo, acuden a la plaza hombres, mujeres y muchachos con la obra hecha en la semana. El comprador suele situarse en la puerta de su casa con una buena cantidad prevenida para pagar los sombreros que vienen a ofrecerle, y que consigue ajustar después de un prolongado regateo; porque casi siempre los vendedores piden por sus manufacturas el doble o triple del precio corriente en el mercado. Desde luego se conoce el género de mercancía que traen por el mayor o menor esmero con que envuelven su obra en pañuelos muy limpios cuando es el sombrero de alto precio, mientras que si la manufactura es ordinaria la llevan casi siempre debajo de la ruana o del pañolón, según el sexo de la persona que la conduce.

El precio es tan variable que hay sombreros que se adquieren por cinco o seis reales fuertes, mientras que otros no se compran por menos de 25 o 30 pesos, cuando la obra es muy fina, de buen color y el tejido igual y esmerado.

La compra de sombreros suele durar hasta las dos o tres de la tarde; pero como salen a la venta en un mismo día en todos los principales pueblos productores, que son además de Santa Librada o Suaza, los inmediatos de Timaná, Guadalupe, El Naranjal, Altamira y Mesa de las Limas, los agentes de las casas ya mencionadas tienen que enviar a cada uno de estos puntos encargados subalternos para adquirir la mercancía.

La compra ordinaria de un año, sólo para el extranjero, sin contar los que salen para diferentes puntos del mismo país, llega, haciendo un cálculo aproximado, al número de sesenta mil, cuyo importe no baja de doscientos veinte mil pesos fuertes, alcanzando quizás a la mitad de esta suma los adquiridos por compradores eventuales, ya para abastecer a los distintos Estados de la república, ya para exportar en pequeñas pacotillas.

Réstame hablar de otro de los productos extraídos de las cordilleras pertenecientes a esta región, principalmente de la Oriental: este producto es la quina, de que hay una gran abundancia en los bosques, y en cuya extracción se emplean muchos brazos y algunos capitales. De esto hablaré más extensamente a mi llegada a San Agustín, donde residen casi todos los empresarios de esta especulación; porque allí es donde pueden adquirirse las noticias más exactas.

Desde la puerta de la casa en que habito he tomado una vista de la parte occidental de la plaza y los altos cerros que por aquel lado rodean la población.

Durante la noche la concurrencia a la plaza ha sido relativamente numerosa, y se hallaba distribuida en grupos alrededor de una especie de bodegones situados al aire libre, donde algunas mujeres del pueblo se ocupaban en preparar y freír un género particular de empanadas, compuestas de arroz, yuca y harina de maíz, que comen con avidez, y humedecen sin cesar con libaciones de aguardiente, hasta el punto de que muchas veces familias enteras se retiran a su hogar, en altas horas de la noche, en un

estado de embriaguez lamentable, que les arrebató en pocas horas una parte no pequeña de los productos del trabajo de la semana.

LUNES 30 DE DICIEMBRE

Habiendo manifestado a mis paisanos, establecidos allí para la compra de sombreros, la curiosidad que tenía de conocer los procedimientos empleados en la preparación de la nacuma hasta el momento de empezar el tejido, lleváronme a la casa de uno de los operarios que para ellos trabajan, donde satisface a mi sabor la curiosidad que desde un principio tenía. La palma a que me refiero es, como en otro lugar tengo manifestado, muy semejante en su forma a la palma enana que se emplea en algunas de las provincias meridionales y orientales de España en la confección de escobas ordinarias y otros varios usos. Para la elaboración de sombreros. Se extrae del centro de la planta lo que se llama el cohollo, o sea la hoja que ha brotado poco antes y que no se ha desplegado aún en forma de abanico. Hecha la provisión de cohollitos, cuya longitud ordinaria es de veinticinco a treinta centímetros, y los cuales, según dicen, no se hallan en perfecta sazón sino en la menguante de cada luna, proceden a lo que se llama el rípiado, que consiste en quitar a la palma sus orillas por medio de un instrumento generalmente de hueso con dos puntas muy agudas y separadas entre sí algunos milímetros, según la mayor o menor finura que han de dar al tejido.

De este modo consiguen que las palmas todas resulten de una anchura igual, utilizando sólo la parte céntrica de la hoja, que es la de mayor finura y delicadeza, sin tener por eso menos tenacidad que las orillas, que por su mayor rigidez no se aprovechan para nada. Una vez rípiado el cohollo, operación que generalmente practican los muchachos o las mujeres, se forman manojos de cuatro o cinco sin desprender las hojas del peciolo, a que se hallan adheridas por su base, y dispuestos estos manojos en hacecillos, se prepara una olla de tamaño proporcionado; se coloca en el fondo de ella una capa de los desperdicios del rípio; se ponen los manojos sobre

esta capa, cubiertos con otra igual por la parte superior y sujetos por medio de unos pedacitos de caña que mantiene cierta presión sobre ellos, se echa en la olla agua muy limpia y se pone a hervir por espacio de unas dos horas. Terminada la cocción se sacan los manojos, se desenvuelven y sacuden y se cuelgan después en cuerdas preparadas al efecto en un local ventilado y sombrío. A los tres días de estarse así oreando, adquieren un color blanco amarillento, que se hace más limpio exponiendo las hojas al sol durante tres o cuatro horas, precisamente de la mañana, con lo cual se encanutan y repliegan a lo largo sobre sí mismas, formando una especie de tubo, de la tercera parte próximamente de la primitiva anchura de la hoja rypiada. En este estado han adquirido ya la blancura, elasticidad y demás cualidades indispensables para la confección del sombrero, que se empieza a tejer sobre la horma misma, empezando por la parte superior y central de su copa y se concluye por el extremo del ala.

En el dibujo que ofrezco y que representa un taller de esta clase de trabajo, se ve que en la fabricación se ocupan a la vez dos o más operarios, algunos de los cuales trabajan a jornal, ayudando a sus maestros. Este jornal suele ser de un real o real y medio del país, que son dos o tres reales de vellón, y además los alimentos cuyo importe es insignificante.

Por la tarde hemos salido a caballo a recorrer los alrededores de la población, donde hay vistas en extremo variadas y pintorescas.

MARTES 31 DE DICIEMBRE

He empleado el día en el arreglo de mis apuntes.

MIÉRCOLES 1o. DE ENERO DE 1873

Como sucede en toda población pequeña, en que no hay asuntos de importancia que ocupen constantemente la atención de sus moradores, la chismografía de aldea traía desavenidos a los españoles residentes en Santa Librada, con perjuicio de las casas

cuyos intereses comerciales tenían a su cargo, y acarreándose por este medio el desprestigio de sus propias personas entre las gentes del lugar, que por su interés atizaban el fuego de la discordia. Enterado yo del estado lamentable a que se hallaban reducidos, y próximos a un rompimiento escandaloso, y quizás de consecuencias graves, cosa por desgracia harto común, donde el indómito carácter español se deja arrastrar por cualquier género de pasiones, me propuse llevar a cabo una reconciliación entre ellos, lo cual conseguí en un almuerzo que al efecto dispuse y en el que todos depusieron sus más o menos pueriles quejas, tan pronto como despertó en ellos mi palabra el sentimiento patriótico y de fraternidad que debía unirlos, y el decoro del nombre español, que allí les estaba confiado.

Unidos por un abrazo fraternal, terminaron desde aquel momento las rencillas, y la pequeña colonia española de Santa Librada volvió a estimarse y entenderse, cual si todos sus individuos fuesen miembros de una sola familia.

Habiéndome hablado algunos amigos de esta localidad, de un sacerdote residente en un pueblo inmediato, hombre de un carácter singularísimo, que ha pasado una gran parte de su vida entre los salvajes del Andaquí y del Caquetá, que le profesan un gran cariño, y sobre los cuales ejerce mucha influencia, me determiné a escribirle, al paso que lo hacían también los amigos a que me refiero; y buscando un peón para que condujese nuestras misivas, lo enviamos al pueblecito de La Ceja, distante unas tres horas, y situado en el límite de la montaña, donde empieza el territorio Andaquí, las cartas siguientes:

"Señor Dr. D. Manuel M. Albis. = La Ceja = Santa Librada, 1o. de Enero de 1873. = Estimado Sr. y amigo nuestro: Tenemos aquí de huésped al Sr. D. José Ma. Gutiérrez de Alba, caballero español, que recorre estos países estudiando y escribiendo sus impresiones de viaje. En cuantos puntos ha recorrido ya de Colombia, ha encontrado la más favorable acogida y la cooperación de todos los colombianos para facilitarle los medios de conocer y apreciar cuanto hay de más notable en estas comarcas".

"Dentro de dos o tres días saldrá para San Agustín, y a su regreso se propone hacer una excursión al territorio de los Andaquíes, para conocer algunas de sus tribus".

"Le hemos hablado de U., como de la persona más a propósito para acompañarlo; y aunque dicho señor escribe a U. con esta misma fecha, y su solo ruego sería bastante para decidir a U. a prestarle este servicio, nosotros queremos también unir a la suya nuestra súplica, porque nos será muy honroso el haber contribuido de alguna manera a proporcionarle la compañía de U., que es el mejor de los auxilios para llevar a cabo con buen éxito su propósito".

"Confiamos en que U. no desairará nuestra súplica, y dándole las gracias anticipadamente, nos repetimos sus muy atentos servidores y amigos. = José Lequerica = Ricardo Plaza".

"Señor D. Manuel Albis = La Ceja = Santa Librada, 1o. de Enero de 1873. = Mi estimado Sr.: Hace unos días que he llegado a este pueblo con el objeto de visitar primeramente las antigüedades indígenas del valle de San Agustín, y dirigirme después al territorio de los Andaquíes, a conocer algunas de sus tribus para poderlas comparar con otras que ya conozco de los Llanos de San Martín, donde ha poco hice una excursión con este único objeto".

"Soy un viajero español, que recorre estos países sólo por estudio; y habiéndome informado algunos amigos de esta localidad, que escriben a U. separadamente, de los muchos conocimientos prácticos que U. tiene adquiridos en el territorio donde pretendo entrar, y de la grande influencia que U. ejerce sobre las tribus que lo habitan, así como del bondadoso carácter de que U. se halla dotado, me tomo la libertad de suplicarle se digne ser mi compañero durante la excursión que me propongo emprender, en la cual me pondré completamente a sus órdenes, para que U. elija el camino, tiempo de residencia y demás circunstancias de nuestro viaje. Si U. es tan bondadoso que se resuelva a prestarme este importantísimo servicio, tendrá la bondad de avisármelo con el dador de ésta, para hacer todos los preparativos

convenientes, así de peones como de víveres, a fin de que U. no tenga que atender sino al cuidado de su propia persona".

"El sábado próximo pienso salir de ésta para el valle de San Agustín, y a mi regreso, que creo no tardará sino unos quince o veinte días a lo sumo, volveré a escribir a U. para que nos pongamos de acuerdo, en el día en que hayamos de emprender nuestra marcha y el punto que crea mejor para reunirnos; aunque, si no sirviera a U. de gran molestia, me atrevería a suplicarle que viniese entonces a buscarme a Santa Librada, donde sus consejos me serían muy útiles para disponer y arreglar cuanto pudiera sernos necesario".

"Perdóne Usted, Sr., que sin conocerlo, me dirija a U. con esta franqueza; pero a los hombres emprendedores y de gran corazón, como me aseguran que U. lo es, basta el estímulo de poder ser útiles a sus semejantes, para que no hallen obstáculo en acometer las más arduas empresas".

"Con este motivo, y cualquiera que sea su determinación, aprovecho la ocasión presente para ofrecerme su atento Seguro Servidor Que Besa Su Mano = José M. Gutiérrez de Alba".

VIERNES 3 DE ENERO

Mientras disponíamos lo necesario para marchar al valle de San Agustín, a donde habían resuelto acompañarme dos de mis compatriotas residentes en Santa Librada, a eso de las cinco de la tarde regresó el peón que en el día precedente había llevado nuestras cartas a La Ceja, con la noticia de que el Padre Albis, tan pronto como las hubo leído, se resolvió a venir a buscarme. No fue obstáculo para él la falta de una caballería, que en vano buscó quien le alquilase; pues echándose a la espalda su maleta con un poco de ropa, y calzándose sus alpargatas, emprendió la marcha con el peón, departiendo con él amigablemente, y haciéndole varias preguntas sobre mi persona.

Como habían salido muy temprano de La Ceja, y el bueno del Padre no había tenido tiempo de hacer sino un ligerísimo desayuno, proveyéronse al salir de una botella de aguardiente, con el cual hicieron varias libaciones, que con el calor del día y la fatiga natural del camino, concluyeron por producir en el eclesiástico un malestar y una indisposición que le hicieron detenerse en el rancho de un conocido, cerca de la vía y a dos leguas de Santa Librada. Desde allí, valiéndose de su huésped como amanuense, porque él no estaba en disposición de tomar la pluma, me dirigió la siguiente carta, cuyo estilo me dio ya alguna idea de la persona.

"Sr. Dr. José M. Gutiérrez de Alba; Mi estimado Sr.: Recibo su carta y me pongo en camino. Reciba entre tanto mi bendición y estoy pronto a seguir a la montaña como es mi deber. El joven Sinforoso, con quien U. me remitió su carta, se ha detenido por acompañarme, y él se va y yo me quedo en el camino, porque me he puesto un poco enfermo y no encuentro bestia que me lleve. Perdónele al joven la tardanza que es culpa mía".

"Cuando llegue y hable con U. le diré las precauciones que hay que tomar para entrar en la montaña, tanto de comida como de otras cosas. De todo hablaremos, así como de lo que hay que prevenir. Reciba entre tanto mi bendición y le deseo muchas felicidades. De todas maneras voy con ustedes a la montaña. Su Seguro Servidor y Capellán Que Besa Su Mano= Manuel Ma. Albis".

Inmediatamente que recibí esta epístola, escrita en la hoja en blanco que la mía llevaba, determiné que saliese un peón con un caballo ensillado para que en él viniese el presbítero. El peón partió ya cerca del anochecer, y nosotros quedamos impacientes esperando el resultado.

SÁBADO 4 DE ENERO

Desde muy temprano lo teníamos todo dispuesto para nuestra marcha a Timaná y a San Agustín; pero ni el peón ni el Padre Albis llegaban, y esto me tenía un poco contrariado; porque mi propósito era llevarlo conmigo, e informarme, durante el tiempo que permaneciésemos en el valle de San Agustín, de ciertos pormenores relativos al territorio de los Andaquíes.

A las diez próximamente, regresó el peón, solo, porque el Padre Albis se había quedado en un lugar llamado el Guayabal a oír en confesión a un enfermo, y a visitar algunas comadres de las cercanías; y como teníamos ya las mulas ensilladas, resolvimos no demorarnos y dejamos el encargo a los amigos que quedaban en Santa Librada de detener al Padre hasta nuestro regreso, o ir con él a buscarnos al lugar en que debía ser más prolongada nuestra residencia. Así acordado, nos pusimos en viaje.

De Santa Librada salimos a las once y media de la mañana; subimos la áspera cuesta que habíamos bajado algunos días antes, en dirección a un lugar llamado Pajijí, lugar de una amenidad y frescura, que en estos climas ardientes constituye un verdadero paraíso.

Al llegar a Pajijí, el camino se bifurca, tomando el de la derecha hacia Altamira y Garzón, en dirección al norte, y el de la izquierda al oeste, hacia el Naranjal y Timaná, que fue el que seguimos.

Entre la cuenca del Suaza y la del Magdalena, se levanta una serie de colinas, en parte cubiertas de bosque, y en parte destinadas al cultivo del maíz, plátanos y alguna caña de azúcar, o simplemente al pastaje de ganados. Por entre estas colinas, formadas de arena y margas sobre rocas de caliza gris muy parecidas a las que habíamos visto cerca del Hoyo del Aire, diríjese el camino hacia el Naranjal, que se halla situado en una meseta, formada en la falda de las colinas superiores, que van inclinándose al Occidente y rebajándose por grados hasta morir en el cauce del Magdalena.

El Naranjal es un pueblecito modesto, donde apenas hay cubierto de teja sino el templo, y los aleros de alguna que otra casa, siendo en general todas ellas de techo pajizo, y de aspecto humilde, como el templo mismo, que apenas se diferencia del resto de las demás habitaciones. De éstas se agrupan algunas alrededor de la plaza y de la iglesia y las demás se hallan diseminadas, ya sobre la meseta, ya sobre las colinas adyacentes, donde ocultas en parte por el arbolado pueden adivinarse a larga distancia, por los árboles corpulentos que les dan sombra, cual si fueran otros tantos nidos que quisieran esconderse a las miradas del viajero.

Allí permanecemos un breve rato para hacer nuestros apuntes, y a las dos de la tarde continuamos hacia Timaná, siempre con rumbo al Occidente.

A poco de dejar el pueblo se desarrolla una larga cuesta que desciende hasta un valle por cuyo fondo lleva su torcido curso el río Timaná, de cauce pedregoso, rápida corriente y aguas a la sazón bastante turbias, a consecuencia de un copioso aguacero que en la noche anterior había caído.

Al descender al valle, atravesamos una quebrada poco caudalosa, que lleva el nombre de Sicana, y a poco trecho cruzamos ya por primera vez a vado el antes nombrado río, que corre de suroeste a noreste, y se reúne con el Magdalena algunos kilómetros más abajo.

El valle de Timaná es muy frondoso, y la vegetación en extremo variada y amena. El camino, si tal puede llamarse la senda que llevábamos, va siempre próximo a su cauce, lo sigue invariablemente aguas arriba, y su trazado es tan absurdo, que hay que pasar el río nada menos que siete veces, antes de llegar al pueblo, cuando por las colinas muy poco elevadas que se hallan a su margen derecha, hubiera podido practicarse sin gran dispendio, mucho más corto, y evitando el inconveniente, en ocasiones peligroso, y a veces imposible, de pasar el río en las grandes avenidas.

A las cuatro de la tarde llegamos por fin a Timaná, pueblo que no corresponde a la idea que de él se tiene por su fama, pues además de ser sus casas casi todas pajizas, hay muy pocas que en su exterior no manifiesten el desaseo y el abandono. Por otra parte, su situación no deja de ser pintoresca, por hallarse edificado en el fondo de un vallecito de regulares formas, casi circular, aunque no muy extenso, sobre terreno bastante llano, muy cerca de la orilla derecha del río, hacia el cual tiene un ligero declive. Las colinas más próximas se hallan cubiertas de abundantes y frescas gramíneas, donde se apacientan los ganados, y algunos terrenos reducidos a cultivo, donde el maíz es la planta más abundante. Un poco más lejos se levantan en todas direcciones las montañas de ambas cordilleras, cubiertas de tupido bosque hasta sus más elevadas cimas, y tan próximas la una a la otra, que casi se adivina el punto en que más adelante llegan a reunirse. Este es un lugar situado a algunas leguas hacia el sur donde se forma el nudo de las tres principales cordilleras que se extienden por el país, tiene una grandísima elevación, y se conoce con el nombre de Páramo de las Papas. En este páramo, y a la altura de 3.956 metros sobre el nivel del mar, existe una laguna llamada del Buey, en la que tienen su origen el Cauca y el Magdalena, dos de los ríos más caudalosos que atraviesan las regiones centrales de Colombia, el Suaza, tributario del primero, y el Caquetá, que lo es del Amazonas.

Timaná, según el Sr. Pérez, fue la primera población fundada en este territorio, habitado entonces por los indios timanaes, vecinos de los paeces y pijaos, los cuales se opusieron abiertamente a la fundación que se hizo en 18 de Diciembre de 1537, por el Capitán Juan de Añasco, de orden de Belalcázar. Hoy tendrá de 4. a 5.000 habitantes, que en su mayoría se ocupan en la elaboración de sombreros de los conocidos con el nombre de jipijapas, y muy pocos en la agricultura, y en la extracción de quinas de las próximas cordilleras. En esta labor se emplean principalmente como peones los indios aún semisalvajes de Tierra-adentro y de las regiones más próximas al Andaquí, donde estos viven en pequeñas aldeas o rancherías. La elevación del pueblo sobre el nivel del mar es de 1.086 metros, y 24° su temperatura ordinaria.

En el vallecito donde se halla situado fue donde primero aclimataron los conquistadores las reses vacunas importadas de Europa, por la vía de Popayán, y sobre todo, las mulas, de la misma procedencia.

En sus cercanías se dice que abundan las piedras de imán, así como las amatistas y el cristal de roca, y en los cerros calizos que la rodean hay algunas cuevas que me propongo visitar, y que se dice que contienen estalactitas y estalagmitas de notable belleza, así como una fuente sulfurosa que surge de la misma orilla del río, hacia la parte sur de la población, y a menos de un kilómetro de distancia.

DOMINGO 5 DE ENERO

El mercado, que se celebra aquí en este día como en todos los pueblos de la comarca, es con poca diferencia, igual a los que ya dejamos descritos, aunque algo más abundante en varios de los artículos de consumo. El número de sombreros que sale a la venta es también más considerable, por concurrir con sus manufacturas los habitantes del Naranjal y los de la Mesa de Elías o de Limas, pueblecito de corto vecindario, que se halla en una elevada meseta hacia la parte del noroeste. y ocupa una posición bellísima, casi en el ángulo que forman el Timaná y el Magdalena, al reunir sus aguas, y donde el primero pierde su nombre. Desde la plaza de Timaná, se ven las casitas pajizas de aquella reducida población, cuya temperatura y agradable clima tienen fama en todos los puntos del contorno.

Pasamos la mañana agradablemente, recorriendo los grupos que a la puerta de los compradores formaban las vendedoras de sombreros, entre las cuales había algunas lindas muchachas, ataviadas con su traje de día de fiesta, muy parecido al de las neivanas.

Recorriendo estos grupos, encontramos uno muy singular de indios almaguereños y pastusos, cuyo extraño y pintoresco traje llamó mi atención en gran manera. Su tipo es el de nuestros gitanos andaluces. Llevan los hombres un ancho y corto pantalón de

lienzo, parecido al de los valencianos, una ruana de un tejido de lana grosero y de color azul oscuro, y una especie de montera algo semejante a las que usan los gallegos, con un forro de bastante abrigo para pasar los fríos páramos que rodean sus habitaciones. Las mujeres, suelen llevar ruana y alguna vez sombrero. Por estos indios nos informamos de la mayor o menor facilidad que encontraríamos para visitar las tribus indígenas, que viven aún en estado salvaje, a algunas leguas de Almaguer y de Pasto, y nos contestaron que ninguno de ellos se atrevería a entrar con nosotros a aquellas tierras, por ser indios antropófagos, o como ellos decían en mal español, "porque son malos y comen gente".

Habiendo tenido noticia de que no lejos del camino que conduce a San Agustín se halla una de las cuevas más notables de estos contornos, nos pusimos de acuerdo con el dueño de los terrenos en que aquella se encuentra, y nos ha ofrecido venir a buscarnos mañana a primera hora, y servirnos de guía hasta su entrada. De esta cueva, como de la mayor parte de las que se encuentran en estos países, la tradición popular refiere un sinnúmero de maravillas, a cual más absurdas y temerosas, lo cual es causa de que estas gentes, por lo general ignorantes y sencillas, se retraigan de entrar en ellas, por miedo de turbar en su reposo a los imaginarios seres que allí viven encantados. En todas las de su especie se hallan también, según ellos, inmensos tesoros ocultos, que algunas personas atrevidas han estado ya a punto de tocar; pero que al fin ninguna lo ha conseguido por faltarle el valor necesario en el momento decisivo.

LUNES 6 DE ENERO

Ya dejé consignado al cerrar los apuntes del día anterior, cómo el dueño del terreno en que se halla una de las cuevas que pretendía explorar, se ofreció espontáneamente a venir a buscarnos muy de mañana. No lo verificó; y hasta cierto punto puede servirle de disculpa el estado en que se hallaba al hacerme su ofrecimiento.

Por una parte nuestra inútil espera, y por otra el haberse extraviado algunas de nuestras mulas en un monte donde se habían quedado a pacer durante la noche, nos obligaron a demorar nuestra salida hasta las once de la mañana. Sin embargo, no perdimos el tiempo; pues deseoso yo de examinar la fuente sulfurosa de que me habían hablado, me dirigí con dos de mis compañeros al punto donde se halla, que distará como un kilómetro de las últimas casas del pueblo, siguiendo la orilla derecha del río aguas arriba. Antes de llegar a ella, por lo menos la mitad del espacio que nos separaba, sentimos ya el olor del gas hidrógeno-sulfurado que de la misma se desprende, y que se hace más intenso a medida que uno se va acercando. La fuente tiene tres manantiales: uno a distancia de algunos metros de la orilla, en donde el agua sale como filtrada por entre las capas de tosca arenisca que constituyen el subsuelo, y los otros dos que salen a borbotones en el mismo lecho del río, y desprenden continuamente grandes burbujas de gas, que se rompen sin estrépito al llegar a la superficie.

Como no teníamos medios para hacer un análisis químico de aquel agua, nos contentamos con saborearla e introducir en ella la mano, para calcular su temperatura por este imperfecto termómetro. El sabor es al parecer igual en los tres surgideros: esto es, ese sabor especial, muy difícil de definir, y que conocen cuantas personas han paladeado las aguas impregnadas de azufre; su temperatura también era igual y no se diferenciaba de la del río, con la cual quedaba confundida a cierta distancia de los surgideros. Estas aguas parecen descender de un cerro que se halla a la parte oriental, y sirve de estribo a la próxima cordillera; y según su temperatura deben recorrer una gran distancia, por entre las capas areniscas que lo componen, y que tienen una inclinación notable de Oriente a Occidente.

Al regresar al pueblo, tuvimos ocasión de observar un fenómeno que llamó mi atención, por no haberlo visto hasta entonces, y fue el lugar donde pasan su primer período metamórfico los insectos parásitos conocidos vulgarmente con el nombre de garrapatas, que en las tierras calientes son una de las plagas más temibles para los animales, principalmente para las caballerías.

El árbol que sin duda elige con preferencia el insecto procreador, y que se conoce en el país con el nombre vulgar de garrapato, es bastante corpulento; pertenece a la familia de las leguminosas, tiene las hojas lanceoladas, y su flor se forma de tres pétalos de color morado, algo rojizo, con estrías negras, que parten de su base y no llegan a la extremidad exterior. El pistilo se compone de un estuche terminado en pincel, y son cinco o siete los estambres. Al quedar depositado sobre sus hojas el germen del insecto, se forma sobre ellas una especie de doble cápsula, semejante en su forma a una concha marina, y de dos a tres milímetros en su mayor diámetro, dentro de la cual vive el insecto su primer período metamórfico, hasta que las dos cápsulas se abren para darle salida. Las hojas sobre que estas cápsulas se encuentran se ven roídas en su mayor parte como las que sirven de alimento a cualquiera especie de oruga; pero me fue imposible averiguar si esta desmembración la ocasiona el insecto que deposita los gérmenes, además de los que salen ya de las cápsulas.

Cuando volvimos a nuestro alojamiento, las mulas extraviadas habían parecido; pero eran ya las once de la mañana, y fue preciso almorzar antes de ponernos en viaje. Lo hicimos a la ligera, montamos, y al salir de Timaná, era, como dice Cervantes, medio día por el filo.

Empezamos a trepar por unas colinas muy fértiles, siempre en dirección al sur, dejando a uno y otro lado de nuestro camino, espesos y elevados bosques que se levantaban hasta las cumbres de la serranía, dándoles esa majestad solemne que presentan las selvas seculares. En las colinas menos elevadas, veíanse muchos ranchitos rodeados de plataneras, y eran en tanto número, que parecía una población continuada. Pero éstos poco a poco fueron disminuyendo, hasta quedar los campos casi solitarios.

Media hora apenas caminaríamos, algo alejados de la orilla del río, a la cual volvimos, para no abandonarla por espacio de algunos kilómetros. Como a cinco de distancia del pueblo, divisamos a la derecha, sobre la cumbre de una colina bastante elevada, y

entre un grupo de árboles corpulentos, un caserío que llamó nuestra atención y que se nos dijo ser un santuario consagrado a la Virgen, bajo la advocación de Los Milagros, por haber sido encontrada allí la imagen de una manera sobrenatural, según la piadosa creencia tan común en todos los pueblos católicos, explotada a veces con perjuicio de la religión, cuando degenera en fanatismo.

Por hallarse lejos de nuestra vía el santuario, tuvimos que prescindir de su visita, como antes habíamos prescindido de la de la cueva, sin renunciar del todo a verificarla después, si a nuestro regreso nos era más fácil.

Volviendo a las orillas del Timaná, que tuvimos que atravesar varias veces, entramos por último en su cauce, que nos sirvió de camino por largo trecho, lo cual parece inverosímil, pero es una cosa aquí muy frecuente.

El terreno, compuesto hasta allí de arcilla ferruginosa, con algo de arena y tierra vegetal, se fue poco a poco convirtiendo en arena pura más o menos compacta, sin dejar por eso de ser fértil, por contener en su superficie una ligera capa de humus mezclada con algunas piedras en su mayor parte calizas. El bosque, sin embargo, se levantaba robusto en las lomas de uno y otro lado, predominando en él los cedros corpulentos y los higuerones, los cauchos de diferentes especies, los dindes, guarumos y guayabos, entre los cuales se veían descollar grupos numerosos de guaduas, ligadas por bejucos o plantas sarmentosas, y grandes espacios cubiertos de caña-brava, cuyos blancos penachos mecía el viento como ligeras plumas. En los sitios más húmedos veíanse millares de helechos, entre los cuales había alguno que otro arborescente, como queriendo imitar con su copa la elegancia de las palmeras. Más adelante distinguíanse en admirable consorcio la zarzamora de los climas fríos y los siete-cueros de bellísimas flores, donde trepaban a veces los convólulos de tintas variadas, asomando sus campanillas que exhalaban fragante aroma entre aquellas masas de verdura, que muchas veces servían de cerca a las plataneras y yucatales, productos exclusivos de los climas templados y calientes, mientras delante de nosotros se levantaban numerosos enjambres de mariposas de todos los colores del iris, entre las

cuales se distinguían por su gran tamaño y su color azul brillante, algunas parecidas a las de Muzo, que en su lugar dejamos descritas, y de una de las cuales logramos al fin apoderarnos.

Según avanzábamos, veíamos aproximarse las cordilleras de un lado y otro, cual si trataran de cerrarnos el paso. Habíamos tomado por camino el profundo cauce de otro arroyo, cubierto por una elevada bóveda de follaje, de la cual pendían algunos bejucos. Llamó nuestra atención la flor caprichosa y bellísima de uno de ellos, que bajaba suspendida en forma de lámpara, de color dorado y adornada de nueve mecheros, cuya elegante forma hubiera honrado la invención del más hábil artista. Aunque nos hallábamos aún muy distantes del término de nuestra jornada, la corté con algunas de sus hojas y la entregué a uno de mis peones para que la condujese con mucho cuidado, por si hallaba ocasión de copiarla.

Después de abandonar el cauce del arroyo que íbamos siguiendo, empezamos a subir una cuesta muy empinada, para trepar a la cumbre de una colina, hasta la cual descenden ramales de ambas cordilleras, como si quisiesen darse allí el penúltimo abrazo, antes de volverse a separar para quedar confundidas definitivamente en los remotos páramos que a lo lejos se divisaban. Allí la vegetación cambió de súbito, y numerosas palmeras de elegantísima forma levantaban su ligero penacho, encerrado en un verde estuche, y columpiándose sobre su delgado y flexible tallo, que rivalizaba en altura con los árboles más corpulentos.

Copié a la ligera una de estas bellísimas palmas, cuyo nombre común no pudimos averiguar y la llamamos palma gallarda.

A poco llegamos a la cumbre de la colina, desde la cual vimos extendido a nuestros pies el fertilísimo y ameno valle de Pitalito, que se extiende como diez kilómetros de noreste a suroeste, y como seis en línea perpendicular a la ya indicada. Este valle, cubierto en su mayor parte de frondosos bosques, entre los cuales veíanse asomar las copas gigantescas de los cámbulos floridos, se halla limitado hacia el este por la

cordillera oriental, que describe un semicírculo y desciende en confusos ramales hasta perderse en el llano; por el suroeste lo ciñe otra elevada serranía, que empieza en una extensísima propiedad llamada la hacienda de Laboyos; y por el noroeste y N. una loma casi seguida de la cordillera central, a cuya falda corre el Magdalena. Al descender al valle, vimos decrecer y morir un ramal de esta última, que tiene su origen al pie de la Mesa de Limas, en la confluencia del Timaná y el Magdalena, y separa la cuenca de ambos ríos por espacio de algunos kilómetros.

A la entrada del valle el terreno es muy pantanoso, y el camino está formado de empalizadas semejantes a las que ya describimos en nuestra excursión a Fusagasugá y al puente de Pandi; pero en tal abandono, que en tiempo de lluvias debe ser casi imposible transitar por ellas. Y, sin embargo, es el único camino que conduce al extremo sur del Estado; por él salen constantemente las recuas de mulas cargadas de quina, extraída de las montañas próximas; allí cerca hay materiales en abundancia para construir sin gran dispendio una vía cómoda y segura; y a pesar de todo eso, ni el interés del gobierno ni el de los particulares da un solo paso para mejorarla, siendo ésta una de sus principales fuentes de riqueza.

Según íbamos avanzando hacia Pitalito, los bosques de cámbulos fueron haciendo lugar a extensas praderas cubiertas de gramíneas, a bosquecillos de guayabos cargados de abundante fruto, y a apiñados guaduales extendidos por las márgenes de los arroyos.

A las cuatro y media de la tarde llegamos por fin al pueblo, donde había muchas casas en vías de edificación, señal inequívoca de su prosperidad creciente, y en cuya plaza se erige en la actualidad un templo bastante capaz y sólido, y de regulares proporciones.

Tiene Pitalito unos 5.000 habitantes; su elevación sobre el nivel del mar es la de 1.354 metros y su temperatura media la de 23 grados.

Dos jóvenes bogotanos, a quienes antes no había tenido el gusto de conocer, los Señores Valentín y José Ma. Ferro, accidentalmente establecidos en el lugar, nos recibieron y obsequiaron en su casa, como si fuésemos antiguos amigos, ofreciéndose el primero de ellos a acompañarme en mi excursión al territorio de los Andaquíes; favor tan estimable para mí como era inesperado.

MARTES 7 DE ENERO

A las siete y media de la mañana, después de tomar un ligero desayuno, dejamos a Pitalito y partimos para la hacienda de Laboyos, hasta donde salió acompañándonos uno de nuestros jóvenes huéspedes, haciéndome aceptar hasta aquel punto un buen caballo, en lugar de mi mula, para que fuese con más comodidad durante el llano. La dirección fue la misma que la de los días precedentes, y el terreno por donde caminábamos, de formación lacustre, como todo el valle, y enteramente igual a la parte de él que ya dejamos descrita.

Los ganados que encontramos a nuestro paso, aunque en lo general lúcidos y de buen medro, veíanse atormentados por el nuche, aunque no con tanta profusión como en las comarcas de algo más elevada temperatura, que a nuestra espalda dejábamos.

La atmósfera se hallaba cubierta de ligeras nubes, que avanzaban en la cordillera Oriental, e impedían que los rayos del sol nos molestasen; del mismo punto soplabla una ligera y deliciosa brisa aromatizada por las flores que mecía a su paso, y mil pajarillos de variadas especies entonaban su cántico matinal entre el follaje espeso de los árboles que cubrían los arroyos. De estos pasamos algunos, que murmurando sobre un lecho de guijas, llevaban su modesto tributo al Magdalena, receptáculo común de todas las aguas que descienden de ambas cordilleras. Sobre la espalda de las primeras colinas que rodean el valle, levantábanse modestos pero alegres caseríos, con sus grupos de árboles que les dan sombra, y sus plataneras de más o menos extensión, según las necesidades de la familia. Una hora después de nuestra salida de Pitalito, llegamos a la hacienda de Laboyos, la más importante de estas comarcas,

tanto por la feracidad de sus terrenos, cuanto por su extensión inmensa, que, según los datos que allí me suministraron, no tendrá menos de veinte leguas cuadradas. Su espacioso y cómodo caserío se levanta sobre un cerro aislado que se destaca de una línea de colinas derivadas de la cordillera, teniendo a un lado y otro dos prolongados vallecitos, que serían otras tantas ensenadas del extenso lago a que el valle sirvió de lecho, formando entonces los cerros que indicamos antes una península de más de tres kilómetros de largo por uno de anchura media.

No puede darse situación más pintoresca que la de este caserío, desde el cual se domina todo el ancho valle, teniendo a su espalda la serie de cerros que antes hemos descrito, en su mayor parte despoblados de bosque, y cubiertos de abundantes pastos naturales, y de los cuales se hallan separados por el río Guachicos, cuyas márgenes se hallan pobladas de bosque elevadísimo y espeso; al frente y a la derecha uno de los vallecitos que hemos indicado; a la izquierda el valle principal, que se prolonga considerablemente de norte a sur, y en el horizonte, por todos lados, las selvas seculares y elevadísimas montañas que sirven de marco a la llanura.

En Laboyos nos esperaba su propietario el joven D. Sixto Durán, quien nos recibió con la más amable cortesanía, y en el mismo lugar encontramos también a un Sr. Honorato Lara, residente en el pueblo de San Agustín, que, sabedor de nuestra llegada, y teniendo noticia de que íbamos recomendados a él, se había adelantado hasta allí para recibirnos y ser nuestro guía.

El Sr. Durán nos hizo servir un suculento almuerzo; y después nos fue mostrando las dependencias de su casa, ocupadas casi todas por los operarios empleados en el embalaje de quinas, que es en la localidad una de las industrias principales. También visitamos con él una capillita u oratorio que el edificio tiene, abandonado a la sazón, y a cuyo único altar sirve de adorno un bellissimo cuadro de Jesús Nazareno en el instante de sufrir una de sus caídas en la calle de la Amargura; cuadro en que no se sabe qué admirar más, si la belleza del colorido, la perfecta ejecución, así en las carnes como en la ropa, o su correcto dibujo. La figura de Jesús, única que campea en el

lienzo, es de la mitad del tamaño natural, y la obra pertenece a la escuela italiana; extrañándonos ver sin firma un cuadro del que su autor hubiera podido muy bien envanecerse.

Queriendo tomar algunas noticias referentes al tráfico de quinas, informáronme los señores Lara, Durán y Ferro, de que la extracción, por sola esta parte, se eleva próximamente a 3.000 cargas de diez arrobas anuales, en cuyos trabajos se emplean por lo menos ochocientos peones, constantemente, sin contar los encargados de conducir este producto hasta el lugar de embarque, que suele ser Neiva, u otro punto próximo, en las orillas del Magdalena, por el cual se traslada en balsas hasta el puerto de Honda, donde las cargas son trasbordadas a los vapores.

Mientras disponían el almuerzo, presenciamos desde el mirador de la hacienda el rodeo de ganado caballar que a la sazón se practicaba, viendo correr delante de los jinetes numerosas tropas de yeguas, caballos y potros, que, acostumbrados a su completa libertad, trataban de huir por todas partes con la cola levantada en arco, la abierta nariz elevada al viento, y sacudiendo la cabeza y la desmelenada crin, cual si quisiesen de este modo manifestar al hombre que el amor a la libertad es el primero de sus instintos.

A las once y media nos despedimos de nuestro amable huésped, y demás personas que le acompañaban, recibiendo antes como regalo del Sr. Durán, por ser objeto muy curioso, una de las capas de paja usadas aquí por los peones para guarecerse de la lluvia, tejidas de un modo ingeniosísimo, de la hoja de una palmera, y superiores a cualquiera otra cubierta, por las condiciones que reúnen de ser muy ligeras y completamente impermeables.

Guiados por el Sr. Lara, continuamos nuestro camino hacia San Agustín, por la prolongación del valle, que se halla al oeste de la hacienda. Al terminar la llanura pasamos el río Guachico y penetramos en un terreno bastante accidentado y cubierto en su mayor parte de bosque espeso; después entramos en una prolongada serie de

colinas formadas de arena, greda y cascajo con una espesa capa vegetal que las hace muy fértiles, dejando a la derecha el lugar por donde el lago rompió su dique y por el cual se precipitan al Magdalena, ya reunidos, el Guachico y el Guarapas.

Algunos kilómetros más adelante, pasamos otra quebradita, por un lugar donde se ve, en un profundo barranco, la formación geológica del terreno, compuesto de un conglomerado donde abundan fragmentos de arenisca de todas especies, de caliza de distintos colores, piedras rodadas de todos tamaños y esquistos de arcilla más o menos compacta, que dejan comprender a primera vista el inmenso trabajo de acarreo verificado por las corrientes, para reunir en un solo lugar materiales tan heterogéneos, arrancados de las cordilleras, profundamente revolcadas a tan diferentes alturas, y en tan diversos lugares, como debieron irse formando las capas geológicas que les dieron origen.

Al pasar aquella quebrada, que lleva el mismo nombre del llano de que vamos a hablar, entramos en un valle como de una legua de extensión, en todas direcciones, conocido por el nombre de La Matanza o Matanzas. En este sitio se verificó uno de los dramas más sangrientos de la época de la conquista; y el valle y un cerro próximo de que hablaremos después, guardan en sus nombres la trágica historia de aquel triste suceso. La tradición, y algunos de los historiadores del país, refieren que algunos años después de fundada la ciudad de La Plata, y de explotarse sus ricas minas por los colonos españoles, se reunieron varias tribus indígenas, capitaneadas por los guerreros andaquíes; asaltaron la ciudad, destruyéndola y exterminando a sus moradores, sin perdonar edad ni sexo, y sepultando después los trabajos de los mineros, hasta el punto de hacer inútiles hasta hoy las investigaciones practicadas, en distintas épocas, para encontrar el asiento de la mina. Después de este hecho, que debió satisfacer por el pronto sus feroces instintos, retiráronse a la montaña, a donde los siguieron las tropas españolas, logrando por fin el capitán Añasco alcanzarlos en este valle, donde las armas de Castilla no hicieron otra cosa que vengar las víctimas inmoladas por el furor de los indios.

A este propósito, el Sr. Pérez, refiriéndose al paso por este lugar del descubridor de esta parte del territorio, D. Sebastián de Belalcázar, sin tocar en el valle donde hoy existe el pueblo de San Agustín, y yacen aún, en su mayor parte sepultados, monumentos importantísimos de la raza indígena, dice lo siguiente: "Cuando Belalcázar salió de Popayán (año de 1537), dirigió su marcha hacia el Puracé en demanda de las tierras de los coconucos, abriéndose camino hasta las frías planicies de Paletará y tocando en el origen del Magdalena. Si hubiera bajado orillando este río, infaliblemente habría descubierto el valle sagrado o grande adoratorio de los andaquíes, lo que no sucedió, si hemos de juzgar así por el silencio de los cronistas de aquella época; pues es natural que hubiesen hablado detenidamente de un hallazgo que por muchas razones habría sorprendido a los conquistadores. Lo verosímil es, que habiendo divisado desde la planicie de Paletará o del alto de Achupallas, la estrecha quiebra por donde corren las primeras aguas del Magdalena, originadas en la laguna del Buey (que se halla a 3.956 metros de altura sobre el nivel del mar, en el páramo de las Papas), bajara por la senda que todavía existe, llamada de Isno, llevado por el deseo de explorar el extenso y abierto país que le demoraba al noreste, hoy territorio de Neiva, dejando por consiguiente a mano derecha el valle de San Agustín y el próximo grande adoratorio. Corroboración esta creencia la circunstancia de atravesar dicha senda una llanura que se llamó la matanza, por las atrocidades que allí cometieron los invasores, como preludio y anuncio de las que, según lo acostumbraban, seguirían ejecutando para aterrar a los indígenas".

De modo que, aun dado el caso de que el hecho de armas a que el nombre del valle se refiere, hubiera sido anterior a la destrucción de La Plata, y no a consecuencia de este suceso, lo que es más verosímil, y está más en armonía con la tradición, el Sr. Pérez hubiera deseado que el puñado de valientes que peleaban uno contra mil, se hubiera dejado inmolar por las flechas y macanas de los salvajes, o los hubiesen persuadido con razones y de una manera pacífica a que les franqueasen el paso para los lugares que trataban de explorar, lo que no deja de ser una peregrina exigencia, dada la índole de aquellas tribus belicosas, y lo fácil que creyeron siempre salir triunfantes de tan reducido número de aventureros.

Si por el contrario la matanza fue posterior al exterminio de los españoles en La Plata, la exigencia es todavía más peregrina, pues equivale a pretender que los castellanos dejaran impunes las ofensas que recibían de los indios, alentándolos de este modo a cometer nuevas y más crueles atrocidades, que hubieran traído como necesaria consecuencia el abandono del país descubierto y conquistado a fuerza de heroicidades, que aún hoy mismo son el asombro y la envidia de las naciones extranjeras.

Desde el valle de La Matanza bajamos por una cuesta escarpadísima hasta tocar en el profundo cauce del río Magdalena, que corre en sinuoso curso por entre muy elevadas montañas. En este lugar pasamos un pequeño arroyo que lleva el nombre de Quebrada de los ahorcados, porque según la tradición, sufrieron allí la pena que indica el referido nombre, varios indios que asesinaron entre otros prisioneros españoles que cayeron en su poder, un obispo, jefe espiritual de los primeros misioneros que pisaron aquellas selvas, para consolidar con la cruz las conquistas hechas por la espada, y evitar en gran parte los furores de la guerra.

Desde la quebrada se empieza a subir por la falda de un cerro elevadísimo, que se levanta casi a la altura de las más empinadas cordilleras, y que por el hecho que hemos referido antes, conserva todavía el nombre de Cerro del Obispo. Desde su cumbre, dirigiendo la vista hacia el norte, se divisa a larga distancia el cauce del Magdalena, y se descubren las escotaduras profundas de las montañas a cuyo pie se abre su curso tortuoso. Hacia el Oriente se ve como un extenso lago de verdura la planicie que acabábamos de atravesar, mientras que al Occidente y casi a nivel del mismo cerro, se ostenta el elevado y risueño valle de San Agustín, donde alternan los verdes collados, cubiertos de gramíneas con manchas de espeso y tupido bosque que le sirven de adorno como los lunares en un rostro bello. Al sur sólo se descubre una interminable serie de montañas fragosas, cubiertas de espesísimas selvas, en su mayor parte inexploradas, y que se extienden hasta los confines del Caquetá, por donde llevan su curso varios afluentes del majestuoso Amazonas.

Desde el cerro del Obispo hasta el valle de San Agustín, si se pudiera echar un puente y tomar la línea recta, apenas habría unos dos kilómetros de distancia; pero se interpone el hondo cauce del río Sombrerillos, hasta el cual hay que descender para subir luego a la alta planicie; y la bajada y subida son de tal naturaleza, que a buen paso no pueden recorrerse en menos de dos horas, y las caballerías llegan siempre al otro lado jadeantes e inundadas de sudor, como si hubiesen hecho una larguísima jornada.

Las cinco y media de la tarde serían cuando penetramos en el valle y nos faltaba apenas media legua para llegar al pueblo. Divisábanse ya muy cerca sus humildes chozas, cuando nuestro guía nos condujo a un lugar próximo al camino en el cual se hallan las primeras muestras de las antigüedades que tanto deseábamos conocer: eran estas una piedra cilíndrica de un metro de longitud y unos cuarenta centímetros en su mayor diámetro, la cual representaba, aunque muy imperfectamente, la cabeza y el tronco de una figura humana; a corta distancia de ésta veíase en un hoyo otra piedra poco más o menos del mismo tamaño, representando también, aunque muy imperfectamente, las formas de un tigre echado en actitud tranquila, y con la cola enroscada sobre el dorso. Cerca de las dos anteriores, había otra piedra plana, tallada en forma circular, y rota en varios pedazos, que presentaba en una de sus caras varios dibujos caprichosos en medio relieve.

Detuvimos allí como una media hora, confiados en que podríamos llegar a la población antes que descargase sobre nosotros una tormenta que avanzaba por el lado del norte, derramando copiosa lluvia; pero por más prisa que dimos a nuestras ya cansadas caballerías, la lluvia nos alcanzó y cayó con tal ímpetu sobre nosotros, que al llegar a las primeras casas del pueblo íbamos ya completamente calados. Nos desmontamos en la casa del Sr. Lara, cuando ya empezaba a oscurecer; nos mudamos de ropa; comimos lo que se pudo preparar a la ligera, y nos entregamos al reposo.

MIÉRCOLES 8 DE ENERO

Nos levantamos muy de mañana, y fuimos a visitar la plaza del pueblo, en cuyo centro se halla una estatua⁴, notable por su forma, que fue la primera que copié de la serie especial de estos monumentos extraños. Mientras la dibujaba, se me reunieron algunos habitantes del lugar, que se apresuraron a ofrecerme sus servicios. Entre ellos había uno, que, por su larga residencia en él, y por su mucha afición a las antigüedades indígenas, era el que más útil podía serme en mis investigaciones. Era el Sr. D. Joaquín Maz, presidente del municipio de la aldea, y cuyo carácter servicial y activo lo hacían para mí una adquisición estimable.

Concluido mi primer dibujo, él y varios jóvenes residentes en la población, se ofrecieron a acompañarme al misterioso bosque que oculta los admirables restos de una civilización desconocida, cuyas reliquias monumentales manifiestan al través del oscuro velo, quizás de centenares de siglos, que la raza que dejó de tal modo esculpida en piedra su indescifrable historia, no cedía en civilización a la que acaso en el mismo período produjo monumentos análogos en el territorio poblado después por la raza Azteca, en el Norte, ni a la que precedió a los Incas, en las regiones del Sur, bañadas por las olas del Pacífico, ni a la que dejó en la América Central sus asombrosos monumentos.

Tan pronto como acabamos de almorzar acudieron todos montados a buscarme. Mis compañeros y yo montamos también, y emprendimos la marcha hacia el suroeste por colinas poco elevadas, compuestas de arena y arcilla ferruginosas con una ligera capa de tierra vegetal, que las hace en extremo fértiles, y donde se ven diseminados muchos

⁴ Había sido conducida allí desde el lugar en que fue desenterrada, distante como dos kilómetros.

y grandes fragmentos de la misma roca arenisca calcárea que ha suministrado los materiales para tantas y tan raras obras artísticas.

Como a tres kilómetros del lugar las verdes praderas empiezan a convertirse en elevados y espesos bosques, en su mayor parte de robustos cedros, cuyas capas se levantan a una inmensa altura. Antes de penetrar en estos bosques interminables, se encuentran varias manchas o grupos de árboles, destacados de la misma selva, ocupando ligeros montecillos, al parecer artificiales, bajo cuyas primeras capas se ocultan las portentosas reliquias, de que hace poco tiempo se ha empezado a descubrir una pequeñísima parte, que, no por lo pequeña, deja de ser el asombro y la admiración de los que tienen la fortuna de contemplarlas.

No bien hubimos penetrado en los primeros grupos de árboles, ofreciéronse a nuestras miradas atónitas, entre excavaciones más o menos recientes, numerosos grupos de estatuas, casi todas de tamaño colosal, medio enterradas las unas, caídas las otras sobre las enormes piedras que acaso les sirvieron de pedestales; envueltas las más entre las raíces y hojarasca del bosque, más o menos próximas al hoyo de que fueron desenterradas, y todas cubiertas por una densa capa de musgo, que fue preciso separar para conocer algunos detalles de sus atributos o adornos. Casi todas ellas están fielmente copiadas por D. Manuel Paz, individuo de la Comisión Corográfica que recorrió el país a las órdenes del general Codazzi, por lo cual sólo me propuse reproducir algunas en que había diferencias entre el original y la copia, y cuatro más que habían sido descubiertas en época posterior a la visita de aquella comisión científica.

Al lado de estas excavaciones veíanse asomar por donde quiera nuevos grupos de figuras, que hasta ahora nadie se ha tomado el trabajo de descubrir; socavones hechos por los buscadores de guacas o tesoros, muchos de los cuales se comunican con huecos subterráneos, formados naturalmente, al caer una sobre otras aquellas enormes masas en el más completo desorden.

Si el gobierno de Colombia destinase anualmente una suma para poner de manifiesto una parte siquiera de los grandes tesoros artísticos que allí se hallan sepultados, formaríase en poco tiempo un gran museo de antigüedades, donde los arqueólogos de todas las naciones, podrían hacer estudios importantísimos para las ciencias.

Ante aquellos monumentos, de una época tan remota como desconocida, y tan desconocida como la raza que dejó en pos de sí tan admirable huella, la imaginación asombrada se confunde; se interroga en vano a aquellas simbólicas y gigantescas figuras, qué pensamiento presidió a la ejecución de sus fantásticas formas, a qué orden de ideas pertenecen los atributos singulares de que se ven adornadas; o qué papel desempeñaron en la atrevida arquitectura de que sus inmensas moles fueron la base o complemento.

Creo yo que sorprendido Codazzi por las asombrosas estatuas que se presentaron ante sus ojos, y buscando una explicación satisfactoria, tanto a las formas de las figuras como a sus atributos singulares, soltó la rienda a su fecunda imaginación y creó una novela⁵, que no sería del todo inverosímil, si la agrupación de las estatuas se circunscribiese a la reducida parte del valle que él tuvo ocasión de visitar, y no se encontrasen sepultadas, como se han encontrado después, en una extensión asombrosa, que desde luego indica que eran quizás adornos arquitectónicos de la inmensa población que en el valle tuvo su asiento, y que un tremendo cataclismo hizo sin duda desaparecer con sus edificios y los moradores que la habitaban. La circunstancia de encontrarse estos monumentos sepultados todos, y muchos de ellos a una profundidad muy considerable, induce a creer que el cataclismo no pudo ser otro que una inundación de un inmenso volumen de aguas, que permaneciendo durante un largo período en el valle, depositó sobre él, y por consiguiente, sobre las ruinas que por todas partes se descubren, la cantidad suficiente de materiales para formar una densa capa sedimentosa, que a veces se eleva en pequeñas colinas, en los sitios donde

⁵ Véase la citada Memoria, inserta al fin de este tomo.

fue mayor el hacinamiento de los despojos, como lo acreditan las diferentes excavaciones hasta hoy practicadas.

Otra inducción viene a corroborar también esta hipótesis, y es la del estado de civilización de aquel pueblo, que, poseedor de todo lo necesario para la vida material, levantó por todas parte estatuas para el ornato de sus edificios, ya para conmemorar sus héroes o sus dioses, ya para simbolizar ideas abstractas, lo cual revela aún más desarrollo de inteligencia y mayor suma de adelantos.

En un pueblo en que la estatuaria había llegado a una perfección relativamente tan notable, la arquitectura no podía permanecer en su estado rudimentario, ni por consiguiente más atrasada que el arte llamado siempre a ser su complemento; y nada prueba contra esta aserción, el que hasta ahora no se hayan encontrado ruinas de grandes edificios, que tal vez aparecerán cuando se profundicen más las excavaciones, si no es que los materiales de que se componían fueron más fácilmente diseminados o destruidos por componerse de elementos más frágiles.

Que estos monumentos no se deben a la nación andaquí, poseedora del terreno en la época de la conquista, pruébalo sobradamente su absoluta ignorancia respecto a obras tan portentosas, que ellos no se hallaban en estado de concebir y mucho menos de ejecutar, por falta absoluta de medios intelectuales y materiales. La raza encontrada en el territorio por los españoles se componía de tribus enteramente salvajes, que vivían casi exclusivamente de los frutos espontáneos del suelo, y no conocían otro ejercicio que el de la guerra, y la pesca y la caza, que de ella eran simulacros. Si hubiesen cultivado de algún modo las artes de la civilización, y principalmente la arquitectura y la escultura, no habrían podido olvidarse tan pronto de las comodidades que éstas les habían proporcionado, y hubieran llevado a los bosques la necesidad de construir viviendas, ya que no sólidas a lo menos capaces de proporcionarles ciertas comodidades, de que los hechos demuestran que jamás se cuidaron. Además de esto, la ejecución material de las estatuas supone el empleo de instrumentos más perfectos y duros que los manejados por las tribus bárbaras; y

estos instrumentos, una vez adquiridos, y empezados a usar, se perpetúan de generación en generación, cuando la serie de éstas no se interrumpe por una causa súbita e inesperada.

La analogía que se observa entre algunas de estas figuras, y las que nos quedan de las antigüedades egipcias, obligan a fijar la imaginación en las probabilidades de haber sido poblado el nuevo continente por el estrecho de Bering con individuos de la raza mongola, o quizás en sentido contrario; porque los caracteres típicos de aquella se conservan aún con mucha pureza en la mayor parte de las tribus indígenas americanas.

De cualquier modo, los monumentos sepultados en el valle de San Agustín, volvemos a repetirlo, son de una época sumamente remota; la raza que los ejecutó debió desaparecer hace muchos siglos; y si los andaqués y demás tribus que vinieron después a poblar el territorio, tuvieron alguna noticia de estos restos admirables de otra civilización y de otros hombres, no les dieron importancia alguna, porque no se hallaban en estado de comprenderlos.

Terminada nuestra excursión, a la caída de la tarde regresamos al pueblo, por el mismo camino, y tuvimos ocasión de observar dos cosas notables: la primera, que en todas las colinas de que el valle se encuentra rodeado, quedan aún señales visibles de haber estado en época no muy remota dividido el terreno en porciones regulares y simétricas, cuyos linderos no se han borrado del todo, a pesar del tiempo transcurrido; y la segunda, que se hallan todavía en ciertos parajes fragmentos de loza o barro cocido, en tan gran abundancia, que forman montecillos de centenares de metros de extensión, en que las capas son de una densidad muy considerable; prueba del larguísimo período en que los trabajos de alfarería existieron allí en muy grande escala, lo cual no pudo tampoco suceder durante la dominación de los andaqués, tanto por la profundidad a que se hallan sepultados muchos de estos fragmentos, cuanto porque las tribus de esta raza tenían más inclinación a la vida nómada y

errante que a la permanencia en un solo lugar y a las pacíficas costumbres de un pueblo fijo y sedentario.

Al regresar al pueblo, el Sr. Maz, que estima mucho las antigüedades indígenas, me presentó como una prueba el documento siguiente, tan honroso para él como para los demás miembros del municipio que lo acordaron, y del cual se deduce que la corporación humilde que tiene a su cargo la administración de una pobre aldea, se cuida más de la conservación de sus monumentos arqueológicos, que el ilustrado gobierno de la nación a que pertenecen.

He aquí íntegro el documento:

ACUERDO

"Declarando bienes municipales los monumentos de San Agustín

La Junta administrativa de la aldea de San Agustín, en ejercicio de sus facultades legales; y considerando: que las estatuas, mesas, columnas y demás figuras talladas en piedra que existen en el territorio de la aldea, son los únicos monumentos que hay en Colombia que testifican la antigua civilización de la raza americana;

Considerando: que de ese conjunto de alegorías religiosas e históricas puede venirse más tarde en conocimiento del origen de los progenitores de nuestra raza;

Considerando: que la arqueología y la historia antigua de este país ganarán mucho cuando nuestros anticuarios se resuelvan a visitar los rincones de este valle misterioso, esculcar y compaginar el conjunto de figuras alegóricas que se encierran en él;

Considerando: que los gobiernos hasta hoy se han cuidado poco de proveer a la conservación de tan interesantes reliquias;

Considerando: que dichas estatuas no sólo son un bello ornamento de la aldea, sino también de la nación en general;

Considerando: que algunas personas, ignorando el valor de estas antigüedades americanas, han empezado a mutilar y destrozar las estatuas, para aprovechar en otros usos el material de que se componen;

Considerando: que es un deber de las municipalidades velar por la conservación de los monumentos públicos e impedir su deterioro;

Acuerda:

Artículo 1o. Decláranse como bienes municipales las estatuas de piedra y demás monumentos religiosos e históricos de la antigüedad, que se encuentran diseminados en el territorio de la aldea.

Artículo 2o. Se prohíbe, desde la publicación de este acuerdo en adelante, la destrucción o mutilamiento de los expresados bienes.

Artículo 3o. Los contraventores a esta disposición pagarán una multa de veinticinco pesos, aplicable a las rentas de la escuela, además del valor en que la Municipalidad estime el daño causado en las estatuas.

Dado en San Agustín a 15 de Junio de 1872. El Presidente, Joaquin Maz. El Alcalde, Enrique Pombo. El suplente, Manuel Salvador Sotelo. El Secretario, Antonio Castaño.

Alcaldía de la Aldea. San Agustín, Junio 15 de 1872. Ejecútese y publíquese. Enrique Pombo. Antonio Castaño, Secretario.

JUEVES 9 DE ENERO

A causa de haber caído en la noche anterior una abundante lluvia, no pudimos salir como deseábamos a copiar las estatuas últimamente descubiertas. Trasladéme, pues, a la plaza, donde copié en primer lugar por el reverso la misma estatua copiada en el día precedente, y luego otra que existe a pocos pasos de distancia, en la misma puerta de la iglesia, sirviendo de basa a uno de los palos que sostienen la techumbre. Esta estatua, así como la anterior, habían sido ya copiadas por el Sr. Paz, sin fijarse mucho en los detalles, lo cual me obligó a sacar una nueva copia.

A consecuencia de hallarse los principales grupos visitados en el día de ayer a alguna distancia del poblado, resolví trasladarme con mis compañeros a un ranchito o cabaña que el Sr. Lara posee muy cerca de las excavaciones, y que puso a mi disposición con este objeto. A eso del mediodía hicimos cargar nuestro equipaje y provisiones, y una hora después estábamos ya instalados. La casa es pequeña y recién construida; y a consecuencia de haber estado deshabitada durante algún tiempo, encontramos en ella una cantidad de pulgas y niguas considerable, que nos hicieron acudir a nuestras hamacas y renunciar al catre de viaje, por libertarnos en lo posible del enjambre de insectos que más cerca del suelo nos acometía. La nigua no es conocida en Europa; y aunque ha sido ya muchas veces descrita por los que han viajado por las tierras americanas, en que abunda, no quiero perder la ocasión de consagrarle algunos renglones, siquiera por lo mucho que me han mortificado.

La nigua, llamada *pulex penetrans*, por Linneo, es una especie de pulga de diminutas proporciones; examinada con el microscopio, se le ve en la parte anterior de la cabeza una especie de cuchilla dentada, con la que se abre paso al través de la piel, bajo la cual se oculta; y es tal su fecundidad, que en pocos días se rodea de una especie de bolsa en la cual deposita un gran número de huevecillos, y, a poco que el paciente se descuide, se multiplican a sus expensas, de una manera prodigiosa. El insecto elige con preferencia los pies, y en éstos la extremidad de los dedos, casi siempre cerca de la uña; produce una picazón que a veces no es del todo desagradable, y hay que extraerlo con sumo cuidado, valiéndose para ello de un alfiler o aguja, o de otro instrumento

punzante, tanto para que no se encone la herida, cuanto para que no queden en ella gérmenes que más tarde se reproduzcan. Las hay de dos especies, negras las unas y blancas las otras, siendo estas últimas las más difíciles de extraer, porque apenas se distinguen sino cuando están muy crecidas.

Instalados ya, como dije antes, tuvimos que permanecer el resto del día bajo techado por causa de la lluvia, lo que me hizo aprovechar el tiempo en arreglar mis apuntes y trasladar al álbum el croquis de una bellísima palmera de que antes no había podido hacer sino un bosquejo al lápiz.

VIERNES 10 DE ENERO

Durante la noche anterior, que pasé casi toda en penosísimo insomnio a causa de los insectos de que antes llevo hablado, la lluvia cayó a torrentes por espacio de muchas horas, y los terrenos próximos a la cabaña que habitábamos se pusieron intransitables.

En las primeras horas de la mañana llegaron los peones contratados desde el día precedente para descubrir algunas de las estatuas que me proponía copiar, y que se hallaban cubiertas en parte por una densa capa de musgo y hojas secas.

Después de almorzar, y cerca ya del medio día, se despidieron de mí los dos compatriotas que me habían acompañado, porque tenían que volver a Timaná para el domingo, a su acostumbrada compra de sombreros. Mientras se disponía lo necesario para su marcha y los peones preparaban sus herramientas para acompañarme al bosque, tuve ocasión de tomar un apunte de uno de los trabajadores ocupados habitualmente en extraer quinas de la montaña, que no pudo menos de fijar mi atención por la capa de paja con que iba cubierto, por su musculatura vigorosa y su resuelta apostura para dominar los muchos obstáculos que por todas partes les opone la naturaleza salvaje, indómita y bravía, con que luchan a cada paso. El peón quinero, acompañado siempre de algunos más, provisto de un poco de maíz, panela, algún

arroz y carne en tasajo, que es su alimento único al penetrar en la selva solitaria, donde suele permanecer semanas enteras, es un objeto digno de curiosidad y de estudio. Con el hacha al hombro y el machete colgado del cinto, tal como lo presentamos, sin más guía que la corriente de algún riachuelo o el elevado pico de alguna montaña, se abandona al azar por medio de las tupidas selvas; salta como el venado por el cauce de los torrentes, atraviesa terrenos pantanosos, con el agua y el fango hasta más arriba de la rodilla; corta con agilidad las plantas sarmentosas que ligan los troncos y le impiden el paso; y abriendo trochas por entre la tupida maleza, no hollada jamás por la planta humana, se aleja sin temor de todo lugar conocido, hasta encontrar el precioso árbol cuya corteza sirve de premio a sus peligrosas fatigas, privaciones y penalidades.

Encontrada ya una mancha del árbol codiciado, si contiene el número suficiente de plantas para detenerse en aquel lugar algunos días, forma un ligero rancho para acopiar y poner a secar la quina y guarecerse durante la noche; empieza a derribar árboles, cuyos troncos y ramas corta luego en pedazos de quince a veinte centímetros, y procede después a la operación de descortezarlos y orear por medio del fuego la corteza extraída, para disminuir su peso, y poder sacar mayor cantidad fuera del bosque. Cuando ya tiene reunida su carga, que suele ser de cinco a siete arrobas, la deposita en un costal que a prevención lleva; se la echa a la espalda, y vuelve por sus mismos pasos, sin temor a los precipicios ni a los torrentes que ha tenido que vadear, los cuales pasa apoyado en un palo puntiagudo, que jamás abandona hasta salir de la selva. El intrépido quinero obtiene por remuneración de su trabajo, como término medio, cuatro pesos fuertes por arroba, con lo cual tiene para el sustento de su familia, provisión de víveres para otra nueva expedición, y el consumo no escaso de aguardiente que suele hacer entre una y otra entrada a la montaña.

A las doce del día salimos del rancho, en dirección al bosque, donde se hallan las estatuas de que llevo hecho mérito, y una hora después empezaba la copia de las primeras que habían dejado limpias, y que con todas sus dimensiones, así como las

otras que dibujé hasta la caída de la tarde, que en todas fueron cinco, se hallan aquí reproducidas.

A las cuatro de la tarde, y cuando ya la luz empezaba a faltar bajo el tupido follaje del bosque en que nos hallábamos, salimos de él y nos trasladamos de nuevo a nuestra morada.

El resto de la tarde y las primeras horas de la noche las empleé en hacer mis apuntes y en la lectura de algunos amenos párrafos de la Historia del Descubrimiento.

Habiéndome hablado de un lugar oculto en la montaña, donde se dice que hay algunos restos de edificios, cuyas paredes formadas de piedra sobresalen en ciertos parajes hasta más de un metro sobre la superficie del terreno, he solicitado un guía para ir cuanto antes a visitar este lugar, conocido con el nombre de Las Tapias y convencerme por mí mismo de si son de época reciente o acaso contemporáneas de los monumentos que ya conozco y que tan grande admiración me han producido.

SÁBADO 11 DE ENERO

Me he levantado muy de mañana, después de otra noche de insomnio casi absoluto, causado por los insectos, que se han cebado en mí con un encarnizamiento horrible. Las niguas, sobre todo, han sido las que más me han atormentado, habiendo tenido que extraerme hasta media docena de ambos pies, operación sobrado molesta y no poco dolorosa, en que uno de mis criados, muy práctico, ha tenido que emplear cerca de dos horas.

Almorzamos ligeramente, y salimos en seguida para el bosquecillo en que se hallan las primeras estatuas, donde me proponía dar mayor ensanche a una de las excavaciones, por presentarse en el fondo algunas otras, enterradas a mayor profundidad, y cuya extracción no ofrecía grandes dificultades. Mis peones empezaron a trabajar con ahínco, teniendo que remover de ocho a diez metros cúbicos de tierra bastante

apelmazada, poniendo al descubierto tres nuevas piedras semicilíndricas, de cerca de dos metros de longitud, por un diámetro de cuarenta a cincuenta centímetros, una de las cuales presentaba algunas labores, como de haberse principiado a labrar en ella una figura, y las otras dos eran postes artificialmente formados, sin importancia alguna, y en un todo semejantes a los que se hallaban descubiertos.

En vista de lo lento y penoso de la operación, y de la necesidad imprescindible de emplear mucho tiempo, de que no podía disponer, y una gran suma de trabajo, para que el resultado de la excavación fuese fecundo, me resolví a abandonar mi tarea, y a dejar aquella habitación molesta e incómoda, trasladándome de nuevo a San Agustín, donde la vida era más llevadera, aunque no fuesen muchas las comodidades.

Al verificar mi traslación, proponíame también hacer una visita a un cerro llamado La Pelota, y algunas colinas cercanas a él, donde se halla otro de los grupos de estatuas descritas por los compañeros de Codazzi. Una abundante lluvia que duró toda la tarde me privó de llevar a cabo el último de mis proyectos, aunque no el de mi traslación a la aldea, que se llevó a efecto aunque con algún trabajo.

Aproveché un rato de la tarde en copiar una rama de un árbol, perteneciente a las leguminosas, conocido en el país con el nombre vulgar de chaforuto o sachafruto, que es un árbol notable de estas tierra templadas no sólo por su rápido crecimiento y por la belleza de sus flores, sino porque produce grandes racimos de estuches o vainas, en cada una de las cuales se encierran de seis a ocho granos semejantes a los de las judías o frijoles, de un color rojizo oscuro, del tamaño de una castaña mediana, y de un sabor bastante agradable, cuando están bien cocidos y condimentados.

Durante la noche aproveché la ocasión de haber ido a visitarme a mi rancho el joven D. Francisco González, a quien desde el Gigante me había recomendado su familia, para rogarle que me refiriese con todos sus pormenores una aventura que le ocurrió hace pocos años, yendo a explorar las montañas de la cordillera Oriental en busca de

quinas, aventura en extremo peligrosa, que algunos amigos suyos me habían referido a grandes rasgos, y que por lo dramática creo que no desagradará a mis lectores.

Antes de referirla, quiero dar una idea de la persona, por ser su carácter una de las circunstancias que hacen el hecho más verosímil. El Sr. González, que contará a la sazón unos 35 años, es de una constitución atlética, de una actividad infatigable y de un valor que raya en lo temerario. Amigo de aventuras desde la niñez, ha amado siempre la vida de los bosques; desertó del colegio y de la casa paterna cuando apenas rayaba en la pubertad, y merced a las continuas revueltas políticas del país, ha sido siempre uno de los primeros guerrilleros que se han presentado en campaña, influyendo algunas veces su valor en el éxito de estas contiendas, en las cuales llegó a alcanzar el grado de Capitán, cosa que de nada le sirve, como sucede a otros muchos de estos militares improvisados. Esta inclinación a la vida aventurera le ha hecho por último fijarse en la ocupación que hoy tiene, de extractor de quinas, y hace con sus peones frecuentes entradas a las montañas, descalzo como ellos, y expuesto a los mismos peligros y privaciones.

He aquí la relación sencilla que escuché de sus labios, y que transcribo, casi en la misma forma que él me la refirió, en presencia de otros amigos, que de cuando en cuando añadían por paréntesis algún detalle, que habían tenido ocasión de escuchar a algún otro de los actores, y que el narrador suprimía por modestia.

"Hice, dijo, una entrada en la montaña por el mes de Agosto de 1870, acompañado de cinco peones, con el objeto de buscar quinas. La entrada fue por Guadalupe, y sólo llevábamos víveres para quince días. Como no llevábamos brújula, sólo nos guiábamos por los cerros y por el sol. Seguimos como ocho días la dirección de Oriente, y empleamos cuatro más en explorar ciertos bosques donde creíamos encontrar los árboles que buscábamos. No habiéndolos encontrado, sino en pequeñas cantidades, resolvimos pasar a otro ramal de la cordillera, que se veía a no mucha distancia, donde la selva por su elevación prometía mejor éxito en la empresa. Allí sufrimos otro desengaño; y como ya la montaña empezaba a descender y a hacerse muy elevada la

temperatura, por lo cual era inútil seguir buscando, determinamos abandonarla. Nos hallábamos a la sazón a la orilla de un río llamado Orteguaza, que entonces nos era desconocido. En la necesidad de salir en poco tiempo a país habitado, para hacer provisión de víveres; siendo imposible volver atrás, por lo largo del camino, y quedándonos alimentos para tres o cuatro días, y oyendo asegurar a uno de los peones que siguiendo aquel río aguas abajo, llegaríamos en tres o cuatro días a lo sumo a una ranchería que lleva el nombre de Los Canelos, acordamos por unanimidad seguir aquel rumbo".

"Tomamos, pues, la orilla del río, a cuyas aguas no podíamos confiarnos construyendo una balsa, por ser su corriente muy impetuosa y ser todo chorreras que corrían entre peñascales. Acortando la ración cuanto fue posible, los víveres nos duraron otros quince días, al cabo de los cuales nos encontramos sin otros recursos que los que naturalmente nos ofrecía el bosque, donde por fortuna abundaban las palmeras. Como nos era imposible seguir siempre la orilla del río, por causa de los barzales y las peñas, trepábamos por las cuchillas menos fragosas, y para no perder la dirección, volvíamos a bajar a la orilla del río".

"A los tres días de alimentarnos con los frutos y cogollos de las palmeras, caí enfermo y conmigo dos peones, pero continuamos con la esperanza de llegar pronto a país habitado, aunque fuera por indios salvajes. A veces acechábamos a las nutrias, para disputarles los restos de algún pescado que estaban comiéndose a la orilla".

"Pasábamos las noches en ranchos improvisados con hojas de palmera, encendiendo lumbre para secar la ropa, empapada por la lluvia, que casi era continua, y para ahuyentar las fieras, teniendo por único lecho nuestras capas de paja".

"Al verme enfermo, los peones se insubordinaron y tomaron al azar una dirección distinta de la que hasta allí habíamos seguido".

"La trocha, que, con gran trabajo, consiguieron abrir por una cuchilla, los condujo a una gran explanada cubierta de espesísimo bosque, donde era imposible orientarse, porque no había corriente alguna de agua ni se veía el sol. Viéndose allí perdidos, volvieron atrás en mi busca; y aunque yo por mi enfermedad no podía seguirles de cerca, se confiaron de nuevo a mi dirección. Trocharon otra vez por indicación mía hacia la orilla del río, formando con su corriente y las dos trochas un triángulo, y llegando ya de noche a encontrarnos en la dirección primitiva".

"A los ocho días de hallarnos sin víveres, dos de los peones estaban tan cansados, que se negaban a caminar, y pareciéndonos ya el río navegable, formamos una balsa de troncos de guarumo, en que los hicimos entrar; pero a poco rato se volcó ésta en una chorrera, y los que íbamos por la orilla tuvimos que ayudarles a salir. Dos días después de esto, y viendo que los dos peones no podían seguir caminando, pues si lo habían hecho en estos dos días, fue por haberles amenazado con que si alguno se quedaba lo mataríamos para alimentarnos los demás, construimos otra nueva balsa, y volvimos a abandonarlos a la corriente del río, previniéndoles que tan pronto como hallasen habitantes procurasen enviar algunos en busca de los que quedábamos en tierra".

"Los de la balsa, que iban con más rapidez, tuvieron que arrimar a la orilla el primer día, para derribar palmas y comer los cogollos. El segundo día encontraron ya algunas matas de plátano, que fue para ellos un gran recurso. Al tercero llegaron a Los Canelos, donde entre algunos indios encontraron al célebre negro Mosquera, que envió dos de los indígenas en una canoa en busca de los cuatro compañeros que quedamos rezagados".

"Dos días tardaron en subir los de la canoa, hasta encontrar a los cuatro, que ya habíamos construido una balsa y en ella bogábamos río abajo. Los indios iban tocando una especie de bocina, a la cual contestamos los de la balsa con gritos, hasta que al fin llegaron a encontrarnos. Entonces abandonamos la balsa y entramos con los indios en la canoa. Inmediatamente arribaron a una playa, donde dispusieron una comida

compuesta de plátanos, una pava, varios monos, una botella de miel y unas naranjas agrias, de que iban provistos; esmerándose especialmente conmigo, al verme enfermo, y regalándome también una pipa y algunas hojas de tabaco".

"Al día siguiente llegamos todos a Los Canelos, donde fuimos recibidos y obsequiados por el negro y los indígenas".

"Allí permanecimos cinco días, en los cuales, a fuerza de cuidados, logramos reponernos un poco, y habiendo resuelto volver a salir ya por camino conocido, y teniendo necesidad de víveres, los peones molieron caña para hacer panela, mientras yo bajaba hasta las orillas del Caquetá. Con esta panela, algún maíz, plátanos y arroz, y la carne de un venado que nos regalaron los indios, nos volvimos a poner en marcha, siguiendo el Orteguaza arriba en canoa, y después el río del Hacha⁶, hasta donde era navegable, continuando luego al través de la montaña hasta un lugar llamado El Avispero, por donde salimos a la cuenca del Suaza y al mismo pueblo de Guadalupe, que fue nuestro punto de partida".

"Desde el punto de desembarque en el río del Hacha hasta Guadalupe, tardamos siete días. En la ranchería de Los Canelos encontramos al Padre Albis, casi tan salvaje ya como los indios, y enfermo de tanta gravedad, que no se cuidaba del mundo civilizado en que antes había vivido, ni nos hizo una sola pregunta para informarse de su familia ni de sus amigos. Por fortuna se salvó después, gracias a los cuidados de los indios, y a los pocos meses pudo salir a tierra civilizada".

"Los dos peones que habían bajado enfermos se restablecieron completamente; pero a la vuelta enfermaron otros dos, que murieron poco después de la salida, víctimas de la fiebre, de que pocos de los que entran en estas montañas consiguen librarse".

⁶ Este no es el que figura en la costa del Atlántico, en la península Goajira.

Concluida la narración, y siendo ya hora bastante avanzada de la noche, el Sr. González y sus amigos se retiraron, después de asegurarme que a la mañana siguiente iría a ponerse a mi disposición un indio vecino de la aldea, muy práctico en todos aquellos alrededores, y particularmente en el camino que debía conducirnos al cerro de La Pelota, cerca del cual tenía él mismo su morada.

DOMINGO 12 DE ENERO

La mañana amaneció muy nublada, y durante ella descargaron algunos copiosos aguaceros. No obstante, acudió el indio a ponerse a mi disposición, como tenía ofrecido, aunque asegurando que era imposible emprender la excursión si el tiempo no mejoraba. En la imposibilidad de salir, empleé aquellas horas en copiar dos de los peones quineros que bajaban de la montaña con sus pesados y voluminosos fardos. A eso del mediodía empezaron a disiparse las nubes, y la atmósfera quedó casi despejada. No queriendo perder tan favorable ocasión, mandamos ensillar nuestras mulas, y nos pusimos en marcha precedidos del guía.

Al salir de la aldea tomamos la dirección del noroeste por unas laderas gredosas, en extremo resbaladizas a causa de la reciente lluvia. Después de pasar con gran trabajo las primeras colinas que por aquella parte dominan el pueblo, tuvimos que descender hasta una cañada profunda, por una cuesta tan pendiente y llena de dificultades, que a pesar del vigor y destreza de nuestras cabalgaduras, tuvimos por buen acuerdo desmontarnos, por evitar un desgraciado accidente. Mientras nosotros descendíamos a pie, llevando nuestros criados las mulas del cabestro, el indio que cabalgaba en un escuálido y pequeño rocín, tan práctico como su dueño en aquella temible y empinada trocha, bajaba resbalando y cayendo, levantándose y volviendo a caer, con la misma serenidad que si caminase por la carretera mejor nivelada. Pasado un arroyuelo que por el fondo de la cañada corría, continuamos por un vallecito cultivado en parte, rodeando por la falda del sur el cerro de la Pelota, a cuyo pie llegamos en breve rato. Dimos no sin dificultad media vuelta al indicado cerro, atollándonos más de una vez en profundos lodazales, y cuando llegamos a la falda occidental del mismo, donde se

extiende una meseta que confina con el bosque, avanzamos hasta el lindero de éste, donde al borde de una excavación, al parecer de antigua fecha, encontramos algunos restos de varias de las estatuas descritas por Codazzi; y una de ellas, en mejor estado que las demás, aunque habían trabajado en su mutilación personas llevadas sin duda de un pudor mal entendido⁷. La estatua, representaba quizás a Himeneo, o era un símbolo de la generación humana, por tener los órganos pertenecientes a ambos sexos en una disposición capaz de ofender las miradas pudorosas de quien no considere aquella piedra con ojos de artista o de arqueólogo.

Allí permanecemos como dos horas, registrando en varias direcciones el terreno, por si encontrábamos alguna otra cosa notable, y siendo inútiles nuestras investigaciones, resolvimos volver a la aldea por el mismo camino, que afortunadamente encontramos ya más oreado y de tránsito más cómodo y fácil, pero no queriendo volver sin haber coronado el cerro de La Pelota, para admirar desde allí el extenso panorama que por todas partes se divisa, trepamos a su cumbre, aunque de difícil acceso, y estuvimos contemplando el espectáculo maravilloso que se presenta desde aquella altura: veíase a nuestros pies el extenso y fértil llano de San Agustín, rodeado de seculares bosques que por el lado del sur y del este se dilatan cubriendo la cordillera hasta donde alcanza la vista. Al Occidente y al norte, a uno y otro lado del Magdalena, que corre cerca de allí por un profundísimo y pedregoso cauce, selvas no menos dilatadas, que se extienden por toda la cordillera central, por una parte, y por otra hasta los Cocunocos, donde el ignívomo Puracé levanta su cono cubierto de nieves eternas. En estas dos direcciones suelen admirarse desde aquel lugar, cuando la cortina de nubes allí casi perpetua no lo impide, los nevados páramos de Paletará y del Huila, donde la vida animal y aun la vegetal desaparecen de un modo casi absoluto.

Al descender del cerro de La Pelota, para regresar a San Agustín, encontramos algunas mujeres indígenas, tan atrevidas y vigorosas como los hombres, pues que no temen internarse como los más resueltos en las selvas, ni cargar sobre sus hombros enormes

⁷ Me han asegurado después que un cura fanático la mandó destruir como ofensiva a la moral.

fardos de quina, que conducen a la población por las trochas más ásperas, con una facilidad portentosa, demostrando que no siempre puede aplicarse a la mujer el calificativo de sexo débil.

A la caída de la tarde, llegamos a la aldea, donde nuestros amigos nos esperaban, y empezamos a hacer los preparativos para regresar al día siguiente hacia Timaná y Santa Librada.

LUNES 13 DE ENERO

Las siete y media de la mañana serían, cuando partimos de San Agustín, saliendo a despedirnos algunos amigos hasta los confines del valle. Al descender al río Sombrerillos, y mientras se disponía nuestro almuerzo, tomé una vista del rústico y frágil puente que sobre él ha colocado, sin arte alguno, la necesidad del continuo tránsito, y que durará sólo hasta que haya una mediana avenida.

Concluida la copia, y despachado nuestro frugal almuerzo, continuamos nuestro camino por el cerro del Obispo y el llano de Matanzas, donde nos detuvimos por espacio de una hora en la cabaña de un viejo indígena, de quien antes me habían hablado, y que se decía ser conocedor de una cueva llamada del Isno, y de unas ruinas denominadas Las Tapias, situadas al otro lado de San Agustín, y para visitar las cuales no había podido encontrar un práctico en toda la aldea.

El viejo indio, taciturno y reservado como todos los de su raza, me recibió en un principio con cierto desabrimiento; pero después de proponerle que me vendiera una capa de paja que estaba concluyendo, y de pagarle por ella en calidad de gratificación más de lo que me había pedido, su reserva se cambió súbitamente en amable locuacidad, y satisfizo cumplidamente todas mis preguntas. Por sus contestaciones pude deducir que la celebrada cueva de Isno no es otra cosa que una gran laja que se destaca, en línea casi horizontal, de la falda de un cerro, y cubre un espacio de treinta a cuarenta metros próximamente, a cuyo alrededor hay algunas piedras de forma

irregular, donde se dice que en la época anterior a la conquista y colonización del país, solían reunirse los indios principales para deliberar en asuntos de cierta importancia. En cuanto a las ruinas, según la explicación del indio, son los restos de una casa de piedra y barro, fabricada, para habitación y descanso, de los primeros conquistadores y colonos, en el camino, abandonado después, que conducía de la ciudad de La Plata a la de Quito; y es de creer así según la disposición y calidad de los materiales de dichas tapias, y la cerca de piedra cuyos vestigios pueden apreciarse todavía en aquellos alrededores, donde la selva ha vuelto a recobrar su dominio.

A las cinco de la tarde llegamos a un lugar llamado Criollo, donde se ven algunos ranchos diseminados sobre la extensa cumbre de un cerro desde el cual se domina una gran extensión desde el camino que lo atraviesa. En uno de estos ranchos, más limpio que los demás, pedimos hospedaje, por venir bastante retrasados nuestros peones con las cargas. Diéronnoslo con la mejor voluntad, y desde luego nos instalamos entre la pobre y honrada familia que lo habitaba, y cuya amable franqueza nos hizo más grata aquella mansión humilde.

La situación de nuestro pajizo albergue no podía ser más pintoresca: al frente y al otro lado del camino se extendía un anchuroso y fértil valle; a la espalda y a corta distancia corría murmurando un cristalino arroyuelo; por este lado cerraban el horizonte cerros más elevados cubiertos de profusa vegetación, y por el opuesto se dilataba el horizonte hasta los fríos páramos de Paletará, sobre los cuales asoma en tiempo sereno la nevada cumbre del Puracé, muchas leguas distante.

A poco de oscurecer, la atmósfera se encontraba casi totalmente limpia de nubes; la luna llena apareció en el horizonte entre amarillenta y rojiza; su disco anchuroso fue palideciendo y reduciéndose en proporciones a medida que se adelantaba en el espacio, y dos horas después se presentó a nuestros ojos el paisaje más poético que imaginarse puede, iluminado por la tibia luz del astro de la noche, brillando en último término hacia el noroeste, cual si fuese de plata bruñida, la cumbre del gigantesco Puracé, centinela amenazador que tiene a sus plantas la ciudad de Popayán, con

frecuencia estremecida y aterrada por las convulsiones del activo fuego que arde en las entrañas de aquel coloso.

MARTES 14 DE ENERO

A las ocho de la mañana salimos de Criollo, y a las once llegamos a Pitalito, donde nos recibieron con su acostumbrada amabilidad los jóvenes Ferro, uno de los cuales, D. Valentín, volvió a reiterarme su anterior promesa de acompañarme a las regiones del Caquetá, que deseaba ardientemente conocer y estudiar en mi compañía. Hecha la promesa con todas las formalidades del caso, y aun dadas delante de mí algunas órdenes previas a varios de sus dependientes, conté ya de seguro con un compañero más, no obstante las dudas que varios de sus amigos me manifestaron respecto a su decisión a última hora. Allí convinimos en que dentro de ocho días iría a reunirse con nosotros a Santa Librada, so pena de ser sacado por mí su nombre a la vergüenza pública, toda vez que en su ofrecimiento no había lugar para introducir después excusa de ningún linaje.

De Pitalito salimos al medio día acompañados de una veintena de jóvenes, que por estar en fiestas andaban todos a caballo, y la lucida y agradable escolta no nos abandonó sino a larga distancia del lugar, donde nos dimos el adiós postrero.

Al pasar otra vez por la quebrada de Los Pantanos, volvimos a encontrar pendientes de la bóveda de follaje las bellísimas y elegantes flores del piruro en forma de lámparas de oro con muchos y graciosos mecheros. Como no me había sido posible copiar esta flor al pasar la primera vez por aquel sitio, encargué a uno de mis peones que llevase dos de ellas con mucho cuidado, ofreciéndole una gratificación si las hacía llegar sin deterioro hasta el fin de nuestra jornada.

En la imposibilidad de llegar a Timaná de día, por el mal estado del camino, nos fue forzoso detenernos en un lugar llamado Penjua, distante de la población siete u ocho

kilómetros. Penjua es una ranchería, situada en un vallecito del Timaná, sobre un terreno bastante fértil, aunque casi en su totalidad pantanoso. La casa en que nos hospedamos pertenecía a una anciana de raza mestiza, mujer inteligente y simpática, que a pesar de sus setenta u ochenta años, era amable, activa y jovial como una joven. Informada por mis criados de las condiciones de mi persona y del objeto de mi viaje por aquel apartado lugar, me hizo una súplica que no pude en manera alguna desatender, y fue que inscribiera su nombre en mi diario, para que no quedase en el olvido. Llamóme mucho la atención el ardiente deseo de la pobre anciana de vivir en la posteridad, siquiera tanto como mi humilde obra, y en efecto, inscribí su nombre, que por coincidir con el de una nuestras actrices más célebres de una época notable en nuestro teatro, no se olvidará tan fácilmente. Llamábase la anciana María Ángela Calderón, y era madre de una numerosa familia.

MIÉRCOLES 15 DE ENERO

Pasé las primeras horas de la mañana en copiar las flores del piruro, y terminada la copia y después de tomar un desayuno ligero, nos dispusimos a salir para Timaná, despidiéndonos de aquella amable y buena familia, que a duras penas consintió en aceptar una gratificación por los servicios que nos había prestado. Como muestra de su gratitud, y en el momento de ir ya a poner el pie en el estribo, se me presentó una niña de cuatro a cinco años de edad, a quien yo había acariciado mucho, nieta de la dueña de la casa, a ofrecerme con una gracia infantil, superior a todo elogio, un pollo y unos huevos, para que me los preparasen y pudiera comerlos en su nombre, y me acordase de ella, cuando estuviese ya lejos de su casa. Tales o muy parecidas fueron las frases conmovedoras con que aquella criatura tierna y simpática se acercó a ofrecerme su regalo. Si la lección le había sido enseñada, como es muy posible, no podía menos de agradecer a las personas que habían puesto en sus inocentes labios tan afectuosas palabras; si la manifestación fue espontánea en ella, con mucha más razón debía agradecer aquella muestra de simpatía y de aprecio. Conmovido vivamente por aquella escena interesante, alcé a la niña entre mis brazos, y cubrí de besos su pura y cándida frente, rogando a la familia que aceptase algunas monedas, no

como precio de la oferta cariñosa, sino para que le comprasen en mi nombre algún objeto que a su vez pudiera recordarle la visita del extranjero que probablemente nunca volvería a verla. Si trabajo me había costado hacer aceptar a aquellas honradas y generosas gentes el pago de ciertos servicios, figúrese el lector con cuánta dificultad no me recibirían la suma insignificante, aunque para ellos de gran valor, que pretendía hacerles aceptar como agasajo para aquella criatura encantadora. Sólo mis reflexiones y el temor de mi resentimiento las decidieron al fin a aceptar mi pequeña dádiva, y cuantas personas en la casa había salieron a despedirnos, casi con lágrimas en los ojos.

Si difícil es olvidar alguno de los momentos desagradables de la vida, que llegan a impresionarnos fuertemente, con cuánta más razón no conservaremos en la memoria escenas como la anteriormente descrita! Por mi parte puedo asegurar que apenas pasa un día sin que me acuerde de aquella conmovedora escena, y dé gracias a Dios por haber puesto en mi camino personas dotadas de tan nobles y afectuosos sentimientos, que son una prueba irrecusable de que la humanidad es generalmente mejor de lo que se supone.

A las diez de la mañana llegamos a Timaná, donde volví a buscar con empeño un guía que me acompañase a visitar la cueva de que en otra ocasión hablé a mis lectores. Una persona de la población, conocedora de mi deseo, me ofreció la compañía de un joven menos preocupado que la generalidad de aquellos habitantes, el cual se me presentó haciéndome la solemne promesa de que estaría a mis órdenes a las diez en punto de la siguiente mañana.

La persona que me había proporcionado este guía era una señora de edad, cuya ocupación casi exclusiva eran sus devociones. La buena señora conocía al dedillo la influencia y atribuciones que cada santo tiene en el cielo; tenía abogados para toda suerte de calamidades, y sabía los medios de precaverse de todas ellas, mediante alguna de las muchas oraciones que para todas las circunstancias de la vida conservaba en la memoria. Viendo que yo la escuchaba con una gran curiosidad, que ella atribuía a participación en su extraño fanatismo, me encargó que antes de salir del

pueblo, hiciese bendecir por el cura tres velas de cera, que unidas por una cinta de color verde, debería quemar hasta la cuarta parte ante la imagen de no sé qué santo, guardando lo demás en la misma forma, para alumbrarnos al entrar en la cueva, con lo cual nos veríamos libres de todo maleficio.

Si la persona que así me hablaba, no hubiese sido una señora tan grave por su edad, como digna de respeto por su carácter, hubiera creído que trataba de burlarse de mí, o por lo menos que hablaba en broma; pero al ver su seriedad y la buena fe de sus convicciones, no pude menos de tener lástima de un ser que en el último período de su larga vida, salía del mundo sin que su espíritu hubiese vislumbrado siquiera un solo rayo de la divina luz que disipa las tinieblas del alma, que son los errores de la inteligencia.

JUEVES 16 DE ENERO

Nuestro primer cuidado al levantarnos fue hacer los preparativos indispensables para la subterránea excursión que debíamos emprender en breve. A pesar de las instancias de mi buena y cristiana consejera, no me atreví a fiarme tanto de los buenos oficios de su intercesor y de las tres velas en forma de triángulo y atadas en manojo con una cinta verde, por creer ayuda más segura la de dos linternas bien pertrechadas, un largo ovillo de cuerda, un palo puntiagudo, y el revólver y el puñal, pendientes del cinto.

A las ocho de la mañana enviamos por nuestras mulas y mandamos disponer algunas municiones de boca, por si la tardanza era mayor de lo que esperábamos. Grande era nuestra impaciencia porque el reloj señalase las diez, hora acordada para reunirnos; pero nuestro desencanto debía ser tan grande como había sido nuestro deseo. El reloj señaló las once, las doce, la una de la tarde, y nuestro guía no se presentaba. Ya cerca de las tres y cuando faltaba absolutamente el tiempo necesario para llegar a las cuevas con luz del día, llegó a disculparse con excusas, que por lo mal fraguadas, no favorecían mucho su lealtad ni su inventiva.

Incomodado vivamente por aquella nueva decepción, dispuse desde luego nuestra salida para Santa Librada, aunque nos fuera preciso pasar la noche en el pueblecito de El Naranjal, donde no podíamos prometernos muchas comodidades.

Cerca de oscurecer penetramos en la aldea, donde no sin dificultad encontramos una humilde choza donde hospedarnos, y un cercado de reducida extensión, donde apacentar nuestras cabalgaduras.

VIERNES 17 DE ENERO

La mañana amaneció muy lluviosa, lo cual no dejaba de ser un obstáculo para caminar por algunas de las gredosas colinas que separan a este lugar de Santa Librada.

Esperando que abonanzase el día, recorrimos algunas casas del pueblo, en todas las cuales encontramos varios hombres y mujeres ocupados en tejer sombreros de nacuma para llevarlos a vender el domingo próximo al mercado. Entre las sombrereras había algunas muchachas de agradable rostro y jovial carácter, que nos invitaban graciosamente a que entráramos a descansar e inspeccionáramos su trabajo. Accedimos sin dificultad a algunas de estas invitaciones, y en una de dichas casas, donde la concurrencia era más numerosa, hablando de las cuevas de Timaná, se nos aseguró por un hombre del pueblo que como a una legua de El Naranjal había otra cueva no menos notable, pero que ni por todo el oro del mundo hallaría en la población una sola persona que se atreviera a servirme de guía para la una ni para la otra.

A eso de las once de la mañana empezó a mejorar el tiempo, y determinamos salir para Santa Librada, a donde llegamos a las tres de la tarde. En el camino pasamos junto a una pequeña laguna, en que logramos matar tres aves acuáticas muy bellas, que hice disecar más tarde y que copié en mi álbum.

En Santa Librada nos recibieron nuestros amigos con muestras de la mayor alegría, participándome la agradable nueva de que el Padre Albis se hallaba en la población, esperándome, para internarse con nosotros en los bosques.

A poco de oscurecer, se nos anunció la visita de este eclesiástico, cuya presencia llamó mi atención poderosísimamente. El buen clérigo había adoptado su traje de gala para esta primera visita: llevaba su ruana y pantalón negro, un sombrero de nacuma de alas muy anchas sobre un gorro oscuro, y por lo demás en pechos de camisa y enteramente descalzo. El Padre Albis, de 55 a 60 años de edad, de mediana estatura, de rostro enjuto y musculatura vigorosa, tiene todo el aspecto del indígena, cuyos rasgos característicos lleva muy marcados en su actitud y en su rostro; en efecto, sus ojos de amortiguado brillo, sus pómulos salientes, su color algo bronceado, su escasa barba y sus labios gruesos, indican de un modo seguro que si no pertenece en totalidad a la raza indígena, la sangre de éstos es la que más predomina, no obstante la mezcla que pueda tener de la raza española. Su carácter sumamente modesto, que raya en lo humilde, lo hizo desde luego simpático a mis ojos, principalmente al referirme de la manera más candorosa algunos rasgos de su extraña vida. Después de haber desempeñado un papel activo como militar en las discordias civiles de su patria, se ordenó de sacerdote y aceptó un curato en las regiones del Caquetá, donde permaneció cerca de veinte años en ejercicio de su ministerio. En este tiempo hizo varias salidas a tierra civilizada; pero echó tanto de menos en ella las costumbres de los indígenas, convertidas ya en las suyas propias, que no tardó en regresar a los bosques a disfrutar de los encantos de la Naturaleza. En su última salida, el Obispo de Popayán, su prelado, se empeñó en hacerle aceptar la cura de almas de un pueblecito de su diócesis; pero él, mal avenido ya con las prácticas de la civilización, prefirió huir de lo que llamaba su esclavitud, y se refugió en una aldea llamada La Ceja, esperando la ocasión oportuna para internarse de nuevo en los bosques. En esta fuga, que la verificó de noche, a pie y por caminos extraviados, lo encontró un amigo nuestro, con su morral a la espalda, descalzo de pie y pierna, cubierto de lodo hasta la cintura, según acostumbraba hacer sus correrías entre los salvajes. El Obispo lo suspendió de sus funciones, pero él daba ya tan poca importancia a su ministerio, que me aseguró

más de una vez que se creía mucho más feliz viviendo entre los salvajes, como uno de tantos, que lo sería entre las comodidades de la civilización, elevado a la Silla episcopal más respetable y opulenta.

DESDE AL SÁBADO 18 AL LUNES 27 DE ENERO

En estos días, durante los cuales el Padre Albis no nos abandonó, ayudándonos a disponer todos los aprestos para la expedición proyectada, tuvimos la pena de verlo en más de una ocasión en un estado lamentable, por el abuso de los licores espirituosos, a los cuales era tan aficionado, que no siempre podía dominarse. Cuando le dirigía sobre ello alguna reprensión amistosa, me contestaba que el volver a dejar el mundo, acaso para siempre, bien merecía la pena de entregarse alguna vez a las inclinaciones de la materia, por absurdas y degradantes que fuesen.

Como en un pueblo de tan cortos recursos era imposible adquirir en pocos días la cantidad de víveres indispensable para una expedición tan prolongada, y que se había de componer por lo menos de una veintena de personas, nos fue preciso ir reuniendo poco a poco los artículos más necesarios, acomodándolos del mejor modo posible, con las precauciones debidas para que no se deteriorasen. La carne para nuestra ración diaria y la de los peones, era preciso llevarla en tasajo, preparada con mucha sal y enteramente seca, para que la humedad no pudiese dañarla. El pan, que debía ser de dos clases distintas, esto es, de trigo para nosotros, y de maíz para nuestros sirvientes, había que prepararlo también de una manera particular muy conocida en el país, para que pudiese durar largo tiempo. El plátano, que era otro de los artículos indispensables, no se podía llevar crudo por su excesivo volumen y peso, y era necesario freír una gran cantidad de rodajas muy delgaditas, según se suele hacer con las patatas, para llevar de este modo en una cantidad menor mayor suma de alimento. No era poco lo que nos detenía también la elaboración del chocolate, artículo de primera necesidad en el país para toda clase de personas, y muy especialmente para el trabajador campesino, acostumbrado desde que nace a hacer su exclusivo desayuno

de una especie de agua de cacao y dos o tres plátanos verdes asados entre el rescoldo. Por último, empleando un considerable número de mujeres, pagadas a doble precio que lo ordinario, en la preparación de todos estos artículos, al cabo de ocho días, tuvimos ya dispuesto casi todo lo necesario.

La antevíspera de nuestra partida, y cuando sólo esperábamos ya que el joven D. Valentín Ferro llegara a reunirse con nosotros, recibimos una carta de él, disculpándose de una manera, que si bien hacía honor a su habilidad, no lo favorecía mucho bajo el punto de vista del valor ni de la formalidad en el cumplimiento de su palabra.

En estos días hicimos también una excursión en compañía del Padre Albis y uno de mis compatriotas al pueblo de La Ceja, distante media jornada, situado en la orilla izquierda del Suaza, aguas arriba, y última población civilizada por aquella parte del Estado del Tolima. El objeto de nuestra excursión era buscar peones cargueros para conducir nuestros víveres y equipaje, siendo preferibles los de este lugar por ser casi todos ellos gente robusta y acostumbrada a todo género de trabajos en la extracción de quinas.

El terreno que media entre Santa Librada y el pueblecito de La Ceja está formado de colinas de arena y greda, de más o menos elevación y generalmente cubiertas de una gramínea muy útil para el alimento de los ganados, y todas ellas van a morir al cauce del río, con una inclinación proporcionada a la anchura del valle. En las orillas del camino, y en cuanto la vista alcanza, se ven muchos ranchitos de labradores con su corral o cerca adyacente, su pedazo de platanal y algunos árboles que dan sombra a la cabaña.

En una de estas colinas un tanto pedregosa, y que conserva aún el nombre de Las Quemadas, ocurrió hace más de dos siglos, según la tradición asegura, un hecho horrible, que llenó de consternación toda la comarca, poco poblada entonces. Fue el caso que con motivo de unas fiestas que se celebraban en la ciudad de Timaná,

entonces la más importante de todas las poblaciones del contorno, cuantas familias acomodadas pudieron concurrir a ellas, abandonaron accidentalmente sus hogares para pasar unos días de solaz en lo que era entonces el principal centro de civilización de esta parte de la colonia. La población incipiente, que más tarde se convirtió en la de Suaza o Santa Librada, al trasladarse al lugar que hoy ocupa, reducíase entonces a un grupo de ranchos de poca importancia, ocupados por dos o tres colonos españoles y unos cuantos indios reducidos. La familia principal contaba entre sus miembros dos niñas, una de siete a ocho años, y otra de diez y seis o diez y siete, y ambas quedaron al cuidado de los criados y esclavos de sus padres, mientras estos se trasladaban a Timaná. La primera noche se pasó con tranquilidad en la ranchería huérfana de sus jefes, pero a la segunda, sintióse a poco de anochecer una gran algazara hacia el lado del bosque; poco después se presentó un numeroso grupo de andaquíes, que adelantándose en son de guerra, pusieron fuego a todas las cabañas, después de robar cuanto en ellas incitaba su codicia, y dando muerte cruel a todos sus moradores, arrastraron con ellos en su fuga a las dos niñas infelices, únicos seres a quienes conservaron la existencia.

Cuando los colonos regresaron a sus hogares, y lo encontraron todo reducido a cenizas, demandaron auxilio a Timaná para hacer una entrada en los bosques, e imponer castigo a los salvajes andaquíes, cuyas huellas, frescas aún, les indicaban el lugar por donde se habían retirado. A poco de penetrar en el bosque ofrecióse a sus atónitas miradas un espectáculo que, por lo sangriento, produjo en toda la comitiva una sensación de horror indescriptible: de las dos niñas robadas, la mayor debió sin duda hacer gran resistencia a sus salvajes raptos, y estos la inmolaron en aquel mismo lugar, dejando clavado su cuerpo en un palo puntiagudo que lo atravesaba en toda su longitud y le salía por la boca. La otra, que por su corta edad, no pudo hacer resistencia alguna, fue sepultada con ellos en sus selvas impenetrables, donde, acostumbrada al fin a la vida salvaje, vivió y murió entre ellos, dejando una dilatada familia, de cuyos sucesores se dice que quedan algunos individuos, que todavía conservan en su fisonomía patentes señales de su origen. La excursión fue

enteramente inútil y los vengadores de los colonos tuvieron que regresar sin dar cumplimiento a su propósito.

Nuestra expedición a La Ceja tuvo también el mismo resultado negativo, pues los peones útiles se hallaban todos en la montaña, y, a pesar de las gestiones del alcalde, no pudimos encontrar ni uno solo.

A nuestro regreso a Santa Librada, nuestra provisión de víveres estaba ya completa; se dio principio al enganche de los peones, pagándolos a muy subido precio, sin reparar en sus cualidades; fuéronse obligando por una especie de juramento; y hecho el cómputo de las cargas, cuyo peso total ascendía a unas treinta y cinco arrobas, se creyó que con doce hombres robustos y dos de reserva habría bastante para su transporte, y éste fue el número de los contratados.

Como para cruzar la montaña se necesita traje especial, desembarazado y ligero, a la vez que resistente, mandé hacer algunos para el Padre Albis, para mi escribiente y para mí, que estuvieron dispuestos en breve plazo.

No faltando ya nada que disponer, fijóse el día de nuestra salida para el 28 de Enero, y el Padre Albis comenzó a despedirse de sus amigos en su acostumbrada forma; es decir, con frecuentes libaciones.

APÉNDICE

RUINAS DE SAN AGUSTIN

Descritas y explicadas por el general Codazzi

Después de hablar del estado relativo de la civilización en que se hallaban varios pueblos indígenas en la época del descubrimiento; de las artes que empezaban a cultivar, sobre todo la alfarería; de la explotación de sus minas, especialmente de esmeraldas y de oro, siendo este metal convertido por ellos en adornos, en objetos de más o menos utilidad y en ídolos a que ya tributaban cierto culto, dice:

"Contrayéndome al conjunto de parcialidades que formaban la nación andaquí, poseedora de los confines meridionales del territorio neivano, encontramos en los monumentos que de su vida social nos han quedado, los primeros destellos de una civilización que no tuvo tiempo para desarrollarse, habiéndola muerto en su cuna la conquista española⁸.

"Por lo menos, continua después, la idea religiosa había germinado poderosamente y producido esculturas en que las parcialidades, ya sedentarias de los andaquíes, manifestaron y expresaron por medio del cincel su manera de concebir la Divinidad.

"Ellos no tenían oro en abundancia para fabricar ídolos pequeños: los tallaron grandes en las rocas. No conocían el arte de las construcciones urbanas, para sustraer sus dioses a las miradas del vulgo escondiéndolos en el santuario de un templo: los ocultaron entre los bosques, y les dieron por templo un valle entero, pero aislado del resto de la tierra, misterioso y casi impenetrable⁹.

⁸ Mal pudo ser interrumpida esa civilización por la llegada de los españoles, cuando casi todos los monumentos a que Codazzi alude se hallaban en aquella fecha sepultados bajo una espesa capa sedimentosa, que después se ha ido separando, y en cuya formación tal vez se emplearon muchos siglos.

⁹ Si los restos que se observan hoy en aquel lugar, de grandes trabajos de alfarería fueron de época muy posterior a la erección de las estatuas, ¿cómo se hallan enterrados como ellas? Si fueron contemporáneos, como Codazzi cree, lo cual no tiene explicación satisfactoria, el valle no debió ser un lugar oculto sino muy concurrido y muy poblado.

"En torno de ese valle sagrado se agrupaba la porción menos bárbara de los andaquíes; iba cambiando la vida errante por las hábitos de los pueblos sedentarios, y comenzaba a formar un núcleo de nación propiamente dicha, ligada con el vínculo de una religión pública, cuando fueron barridos de la haz de sus tierras y arrojados allende la Cordillera Oriental, a los interminables bosques de la hoya del Amazonas, donde lo solitario, agreste y salvaje del país los hizo retroceder hasta la barbarie más completa, y aun hasta el canibalismo que hoy los distingue"¹⁰.

"En aquellas regiones el hombre es dominado por la gigantesca, abrumadora creación irracional; el europeo mismo, reducido a sus fuerzas individuales, se volvería bárbaro a la par de los indios.

"En el día, los restos de esa nación, que apenas comenzó a manifestarse como tal, viven en parte dispersos entre el Magdalena y el Suaza, mezclados con la raza africana y europea, y no conservando de su tipo primitivo sino la estatura aventajada, la agilidad y la fuerza muscular que los diferencian de los demás mestizos"¹¹.

"Otra fracción andaquí habita las márgenes de los ríos Orteguaza, Bodoquera, Pescado y San Pedro, tributarios del Caquetá, conservando su tipo nacional, pero modificadas sus costumbres por haber sus padres pertenecido a las misiones del Caquetá y aprendido en ellas algo de las gentes civilizadas. Finalmente, el mayor número, aumentada su primitiva barbarie, anda errante por las selvas y ásperas serranías de la hoya del Amazonas hacia las cabeceras del río de la Fragua. Feroces y altivos, no

¹⁰ Muy extraño es que aquellos indios, que disfrutaban ya de una civilización incipiente, no hubieran revelado a nadie la existencia de aquellos monumentos maravillosos que habían salido de sus manos, puesto que las estatuas de San Agustín permanecieron por mucho tiempo ignoradas.

¹¹ Los mestizos de que habla Codazzi no se diferencian en nada de los de otras regiones, salvo alguna rara excepción.

trafican con sus antiguos hermanos del Caquetá, a quienes desconocen y de los cuales los separa una ancha barrera de serranías, cubiertas de bosques impenetrables¹².

Después de referir el mismo historiador-geógrafo cómo, saliendo de Popayán el año de 1537 el conquistador Belalcázar, en demanda de las tierras de los coconucos, y pasando desde allí al profundo valle de Neiva, lo atravesó, sin conocer ni buscar siquiera el misterioso valle de San Agustín, lo cual prueba que no tenía noticia alguna de su existencia, continua describiendo la entrada de dicho valle en la forma siguiente:

"Saliendo de Timaná y marchando al suroeste, es decir, desandando el camino que siguió Belalcázar, se pasa varias veces el riachuelo de aquel nombre y se llega a un cordón de cerros, desde cuya despejada cumbre se avistan las llanuras de Pitalito y Laboyos, de formación lacustre, que se prolongan hacia el suroeste por espacio de 2,5 miriámetros midiendo de 0 a 1 de anchura, a cuyo extremo está el llano de Matanzas, donde el camino se bifurca, desprendiéndose a mano derecha el de Isno, que trepa las serranías terminadas en la alta planicie de Paletará, y continuando para el sur el que directamente conduce a San Agustín, por entre cerros pelados que encajonan el curso del Magdalena. A poco andar se nota desde las alturas la cuenca en que está el vallecito de San Agustín, y al pie de los cerros se tiene el torrentoso río Sombrerillos, que, formado por la unión del Naranjo y el Granadillo, baña la base de dichos cerros, y termina su breve curso, de este a oeste desaguando en el Magdalena. Cuando se llega al puente que atraviesa este río, se ve por delante una barrera no interrumpida de rocas inaccesibles, excepto por un solo punto, que es la continuación del camino; barrera que sigue formando las escarpadas orillas del Naranjo y el Granadillo, aguas arriba a mano izquierda, y del Magdalena a la derecha.

¹² Yo he recorrido una gran parte de aquella región amazónica, y no sólo no he encontrado grandes ni pequeñas tribus que se diferencien de las demás por su tipo físico, sino que es muy raro encontrar ya descendientes directos de los andaquíes que conserven algo siquiera de esas costumbres y de esas tradiciones, que los separen de los demás pueblos que ocupan las orillas de los ríos que Codazzi nombra y que yo visité con el objeto de encontrar algo de lo consignado en esta Memoria. Entre aquellas tribus se habla de la ferocidad de esos restos de la nación andaquí, como se habla de la serpiente capaz de tragarse al indio con su canoa, del tigre acuático, del salvaje cubierto de bello musgoso, con los pies al revés, y de otros seres completamente imaginarios.

"Trepando por una tortuosa senda aquella muralla que parece levantada adrede para ocultar detrás el espacio de tierra comprendido entre los lados del ángulo que forman los mencionados ríos, se llega a una loma limpia, al trasponer la cual se descubre de lleno el pequeño y pintoresco valle de San Agustín que mide 1 miriámetro de largo, con un ancho variable desde 1/4 a 1, regado de largo a largo por la quebrada de su nombre, sombreada por una bóveda de verde follaje. A los costados del valle se alzan suavemente dos hileras de colinas cubiertas de gramíneas y terminando en cumbres redondas o planas, en que grupos de árboles contrastan bellamente con el césped que entapiza el suelo hasta 1.700 metros de altura sobre el nivel del mar, y bajo una deliciosa temperatura de 21° del centígrado. Las colinas van a concluir sobre los escarpes verticales del Naranjo por el lado del este y sobre los del Magdalena por el oeste, cerrando el paisaje al sur lóbregas y desiertas selvas escalonadas en los planos sobrepuestos de la altísima serranía, coronada al poniente por el páramo de las Papas y cortada por el fragoso camino que conduce a las cabeceras del Magdalena y al cantón de Almaguer. Del bisel de dicho páramo se alza manifiesto el más elevado de los picos de Cutanga, que alcanza a 4.600 metros, y contiene en su seno un espacioso valle con igual altura que la hermosa planicie de Bogotá. No muy lejos del Cutanga se distingue por su rara configuración el cerro de Peñagrande en la misma latitud que la laguna del Buey, midiendo 3.600 metros de altura absoluta. Siguiendo con la vista esa línea de elevadas cumbres hacia el norte, se descubrirían las cinco puntas nevadas de los Cocunucos, que sólo distan cuatro miriámetros en línea recta, si no se interpusieran las crestas heladas del Mazamorra; pero en compensación, el abra del río Páez dirigida en parte rectamente del sureste al nororiente, permite descubrir por encima de los bajos ramales que contienen al río de la Plata, el majestuoso nevado del Huila, con sus tres picos resplandecientes que llegan a una altura de 100 metros mayor que la del Tolima, viéndoseles desde la plaza del pueblo de San Agustín en la dirección del norte, 6 grados al norte noroeste y a 10 miriámetros de distancia directa.

"Tal es el espléndido marco en que está engastado el valle de San Agustín, separado del resto de la tierra como un santuario misterioso, y aun podría decirse que

invigilado por las moles estupendas que, cual centinelas de la eternidad, se levantan a su alrededor (véase la lámina adjunta que representa el valle de San Agustín).

"Las adjuntas láminas en que están representadas fielmente las esculturas yacentes en varios puntos del valle, ofrecen desde luego una prueba incontestable de que aquellas estatuas fueron labradas con el premeditado designio y la manifiesta intención de expresar diferentes ideas¹³. En efecto, no se ve en esos monumentos el simple esfuerzo del arte reproduciendo la figura humana en sus formas comunes, según el tipo andaquí, lo que habría dado estatuas uniformes en la fisonomía; por el contrario, se nota el propósito de modificar las facciones del rostro en cada ídolo como para caracterizar su advocación u oficio, viniendo a ser, por decirlo así, otros tantos pensamientos petrificados o enseñanzas jeroglíficas.

"Todas aquellas estatuas, diferentes entre sí, expresaban, pues, un sistema, pero indudablemente un sistema religioso con aplicación a la vida social. De otra manera, ¿cómo explicar esas transformaciones completas del rostro humano, que algunas veces, por ejemplo, en las cariátides que sostienen las tablas de piedra, supo delinear y tallar con perfección el mismo artífice? Este juicio, que el levantamiento del plano topográfico del valle para determinar la ubicación de cada estatua, o cada grupo, vino a confirmar más y más, ha sido la base de la explicación que hago de estas singulares antigüedades. No era aquello las ruinas de una ciudad, como algunos lo creyeron; era tan solo un lugar sagrado o grande adoratorio, en que únicamente los sacerdotes y su séquito pudieron habitar, puesto que en él se descubren, además de los caracteres de adoratorio, fuertes indicios de haber sido también un lugar de iniciación misteriosa. Lo secuestrado y silencioso del valle, oculto al común de los viandantes y sin más punto de ingreso a él que un desfiladero al sur y otro al norte, lo hacía muy apropiado para dar importancia sobrenatural al culto de los ídolos y para la celebración de

¹³ Las láminas que acompañan a la Memoria de Codazzi fueron copiadas por el hábil dibujante, mi buen amigo Don Manuel María Paz, y yo las he reproducido fielmente, así como el paisaje y plano topográfico de San Agustín, tomándolo todo de la misma Memoria, publicada con la geografía de Pérez.

ceremonias secretas; asuntos que han constituido siempre a los ojos del vulgo la superioridad y la majestad de los sacerdocios.

"Luego que se entra al valle, a poco andar, se llega al pie de una colina que llaman Uyumbe (marcado en el plano topográfico adjunto con la letra F) donde se encuentran dos figuras arrancadas del asiento que antiguamente debieron tener, y otra que por lo inconclusa es de suponerse que nunca llegó a estar erecta¹⁴, talladas en piedra arenisca ferruginosa bastante dura¹⁵.

"La primera figura (número 1, lámina I) es una estatua que mide un metro y 3 decímetros de alto. La cabeza grande y chata, cubierta con una especie de solideo, carece de orejas y de nariz, y en vez de ojos y boca, tiene tres entalles cuadrados, con un marco, semejando cofres; aparece como sentada sobre un fuste cilíndrico, apoyada la barba en un largo báculo que sujeta con ambas manos; viste calzones arremangados como de viaje¹⁶, y al parecer una capa con mangas pendiente del solideo por detrás; imagen quizás del neófito en peregrinación, con ojos que no ven todavía, con boca que no sirve para discurrir, y sin oídos por donde haber percibido la ciencia¹⁷. La segunda estatua (número 2) mide un metro de altura, es cilíndrica y no tiene piernas; su cabeza está metida entre un gorro con recortes simétricos que cubre enteramente las orejas y la nariz, y deja libres dos ojos redondos muy abiertos, y la desmesurada boca mostrando los dientes y cuatro grandes colmillos cruzados; de lo interior de la boca sale un plancha a manera de lengua, que, sostenida por las manos contra el pecho, cuelga hasta la cintura, terminando en una pequeña cabeza humana con expresión de muerta. La tercera figura (número 3) es un bosquejo de cabeza apenas delineado.

¹⁴ También es de sospechar que su actual estado deba su origen a mutilaciones ocasionadas por la ignorancia.

¹⁵ A mi juicio la roca en que han sido talladas las estatuas es un conglomerado arenisco con cemento calizo; nada se advierte en ella que indique la presencia del hierro en ninguno de sus estados.

¹⁶ ¿Cómo iban a representar los andaquíes, que andaban completamente desnudos, viajeros con los calzones arremangados y capa con mangas? ¿No es esto un delirio?

¹⁷ Si Codazzi se refiere a una época desconocida y anterior en muchísimos siglos a los andaquíes, sus aseveraciones no serían tan absurdas, por más que sean muy ingeniosas.

Colocadas estas estatuas precisamente al empezar las sendas que cruzaban el valle para ir de adoratorio en adoratorio, parecen destinadas a indicar al peregrino que de allí en adelante debía perfeccionar la vista, el oído y la palabra, añadiendo tal vez una amenaza de muerte (figura número 2) si soltaba la lengua para hablar sobre lo que iba a aprender.

"De la colina de Uyumbe hacia la derecha, parte una senda que conduce a la cumbre de otra eminencia de 1.600 metros de altura absoluta, donde un montículo de tierra y excavaciones modernas manifiestan que la codicia ignorante destruyó algún monumento por buscar soñados tesoros. Yace allí por el suelo un grupo (figura número 4) tallado en alto relieve, de 1 metro de alto y otro de ancho, representando un mico grande que abraza con su cuerpo y acaricia a un pequeñuelo, como en demostración del amor maternal. Algunos han creído que es un grupo de tigres, por los colmillos que salen de la boca del animal grande; pero el examen comparativo de todas las estatuas conduce a juzgar que los colmillos largos significan edad madura, pues no se ven en los rostros juveniles o de mujer, ni de otras estatuas. Además, la configuración del rabo y de las patas en el animal grande del grupo, dice claramente que representa un mico, lo cual armoniza con lo que más adelante va a encontrarse, pues la lascivia es la cualidad dominante en aquellos animales elegidos por el escultor como símbolo de un pensamiento relativo a la propagación. Junto a dicho grupo se halla una media estatua, nada deforme, de mujer desnuda, que mide 8 decímetros de alto, y muy deteriorada, la cual, con alguna otra que estará soterrada entre los escombros, formaría una pareja que completaría humanamente la significación del grupo anteriormente descrito, a saber: advertencia al hombre que el instinto de la propagación satisfecho, trae por consecuencia el deber de amar y cuidar los hijos. Primera enseñanza de estos símbolos contenidos en el gran adoratorio, explanada sucesivamente, según se verá, de estación en estación al neófito que las iba recorriendo.

"De este lugar, rumbo al este, sigue la senda rodeando las colinas hasta llegar al actual asiento del pueblecito de san Agustín; de allí continúa al suroeste, orillando la

quebrada que riega el valle, hasta un lugar sombreado por árboles, distante $\frac{1}{2}$ miriámetro de la estación de la entrada por el camino del llano y algo más de $\frac{1}{4}$, por el otro camino, de la estación en que está el grupo de los micos. En aquel lugar (marcado D en el plano) se encuentra una artesa perfectamente labrada en una sola pieza de piedra arenisca que mide 1 metro y 3 decímetros de ancho y 2 de alto (figura número 6) cuyo destino, a orillas del arroyo, no podía ser otro que el de bañar y purificar a los neófitos antes de llevarlos a otras estaciones, que sin duda tenían un carácter sagrado.

"Continuada la ruta en dirección al sur, y andados 1.200 metros, se llega a la cima plana de una bonita loma, cuya altura absoluta es de 1.700 metros, y allí se encuentra una media estatua de mujer, de 8 decímetros de alto, reposando sobre una pilastra hexagonal de 6 decímetros de alto con cornisa circular perfectamente labrada. Adorna la cabeza de la estatua un casquete semiesférico del cual salen dos fajas de lienzo que cubren las orejas; el rostro es mofletudo y juvenil; los ojos están cerrados y muy inclinados hacia abajo, y resalta en el semblante cierta expresión humilde; no se ve la boca, y del lugar en que debiera aparecer sale una especie de instrumento largo y terminado como trompeta que la estatua mantiene con las manos en actitud de sacar sonidos. ¿Representa la obediencia y el silencio impuestos como precepto a la mujer, o simboliza la música para indicar que de allí en adelante habían de acompañar a los neófitos con ruido de instrumentos y cantares? Esta última conjetura es más verosímil, puesto que lo restante de la peregrinación debió ser una fiesta religiosa, la cual los hombres de todo país y linaje nunca han creído completa sin orquesta ni cánticos.

"Torciendo hacia el este, y luego de pasado un arroyuelo, la senda conduce a una alta explanada en cuyo principio (marcado L en el plano) se halló una especie de pilar de 11 decímetros de altura, tallado en forma de lechuza (figura número 8) con las alas recogidas sobre la cola. Allí mismo estaba una piedra hexagonal de 6 decímetros de alto y otros tantos de diámetro, labrada con esmero, que es de suponer serviría de ara o altar para colocar ofrendas o hacer sacrificios. La lechuza, símbolo del misterio, y acaso también de la sabiduría teológica, se encuentra siempre en las demás estaciones

de adoración, pero no en la actitud simple que ahora la vemos, sino teniendo una culebra entre las garras y el pico.

A 300 metros de allí, sobre la misma explanada (lugar G del plano) se halla un pequeño y umbroso bosque, en cuya mitad se encuentra un terromontero artificial formado con la tierra sacada de un foso o camino cubierto que conducía al templo construido en la excavación central del terromontero. Era el templo un edificio cuadrado de 2 metros de alto, 3 de ancho y 4 de largo, edificado de una manera tan dispendiosa de trabajo como extraña, pues venía a quedar bajo de tierra a modo de gruta. Dos pilares cilíndricos de algo más de dos metros de alto y cuatro decímetros de diámetro, salvo los relieves, que le dan el aspecto de cariátides (figura 10) se hallaban a uno y otro lado de la entrada sosteniendo el techo, que en la parte de atrás descansaba sobre dos robustos postes, así mismo de piedra, de igual altura que los anteriores, midiendo 8 decímetros de diámetro en la base y 5 en la parte superior sin esculturas ni relieves. El techo, que también serviría de azotea para los sacrificios y la predicación, consistía en una plancha de piedra de 3 metros de ancho, 4 de largo y 15 centímetros de espesor, labrada en una sola pieza de arenisca ferruginosa compacta, como la materia de todas las estatuas¹⁸, que es difícil concebir que hubieran sido talladas sin el auxilio de instrumentos metálicos. Las paredes eran de lajas grandes afianzadas en su posición vertical, mediante estantillos de piedra labrada, y es probable que el piso interior estuviese empedrado o enlosado como correspondía a la aseada construcción del edificio, y a la presencia de los ídolos que en la mitad del salón se levantaban. El cuadro X representa el templo como estuvo en pie, y el cuadro Z lo representa visto por detrás en el estado ruinoso en que lo han puesto los buscadores de tesoros. Son notables las columnas o cariátides del frente por las esculturas que en alto relieve las adornan, representando un guerrero armado con casco y la masa o clava al hombro, encima del cual hay un mascarón simbólico rodeado de jeroglíficos. La fisonomía del guerrero nada tiene de monstruosa y reproduce con bastante fidelidad el tipo de los actuales andaquíes de raza pura. El

¹⁸ Véase lo que en otro lugar hemos dicho sobre la naturaleza de aquella roca.

casco, la clava y el vestido que presuponen las bocamangas visibles cerca de las manos, como en muchas de las estatuas simbólicas, sugieren la idea de un conocimiento de las artes manufactureras y una cultura social de que hoy no se hallan ni vestigios entre los restos salvajizados de la destruida nación andaquí, errantes y dispersos por las selvas amazónicas¹⁹. Dentro de este templete se hallaron dos estatuas (figuras 12 y 13, lámina II). La principal mide 1 metro y 6 decímetros de alto y 1 metro de ancho de hombro a hombro, formando un troco sin piernas coronado por una enorme cabeza. Cubre a esta un gorro ceñido por dos vueltas de cordón que se anudan con arte en la frente y en la nuca, colgando el resto de los cordones sobre la espalda con otros adornos laterales. La cara no tiene de humano sino los ojos, y en la boca cuadrada y grande sobresalen los colmillos, signo de la edad madura. Tiene en la mano derecha un escoplo o hacha pequeña y en la izquierda un cincel, según parece, lo que conduce a inferir que representaba el dios de la escultura o del trabajo en general; inferencia que a mi ver, corrobora la estatua compañera de aquella (figura 13) que representa un joven, pues no tiene colmillos, cenceño y sin adornos, en actitud atenta y paciente como de quien obedece y persevera. Tal se diría que en este grupo se divinizaba al trabajo, enseñando que debe ir acompañado de paciencia y humildad para que el hombre mejore su condición. El número 12 repetido representa la misma estatua vista por detrás.

"Contiguo al templete descrito había otro de igual construcción, pero sin tallados ni relieves en los pilares, y en él ostentaba su mole una gruesa estatua de 19 decímetros de altura y 10 de diámetro²⁰ mayor en su grueso (figura 14) representando un hombre viejo con solideo y en cuclillas. Detrás estaba el grupo (figura 15) de un mico llevando, como lo acostumbran, su hijuelo a las espaldas. ¿No estaría aquel adoratorio destinado a inculcar en el ánimo del neófito la veneración religiosa a la ancianidad, tan

¹⁹ Llamo la atención sobre lo que he dicho antes relativo al vestido de las estatuas, cuando los escultores se hallaban completa y absolutamente desnudos; porque las tribus más adelantadas en su civilización especial eran los chibchas, que a la llegada de los europeos sólo usaban para cubrir su desnudez en los climas fríos, mantas de algodón tejidas por ellos, de las cuales se conservan aún algunas muestras.

²⁰ Con estos mismos signos está escrito en la Memoria.

arraigada entre nuestros indios, y por contraposición el amor y la protección a los hijos?

"Saliendo de este lugar continúa la senda para el sur, hacia otra colina plana, distante 2.000 metros de la anterior. En la intersección de las dos colinas hay una calzada natural, por donde va el camino, de 300 metros de longitud, un metro de ancho y 5 decímetros de espesor, formada por las arenas que han acarreado las aguas llovedizas, depositándolas a lo largo del cauce que llevan, como sucede en los ríos de mansa corriente. No puede pues atribuirse dicha calzada a obra de hombres, según lo han imaginado algunos exploradores.

"Subiendo la colina a que conduce el mencionado sendero, se llega a una explanada, cubierta de bosques casi en su totalidad, en la cual hubo de haber dos templos o adoratorios notables (A e I del plano), de los que no quedan sino los escombros caídos en confusión a impulsos de un terremoto acaecido en 1834, tal vez auxiliado por las barretas y palas de los codiciosos, para quienes nada, ni aun los monumentos más raros e interesantes tiene valor, sino el oro, que sospechan está escondido bajo los cimientos y hasta en las entrañas de las estatuas. De ellas se encontraron trece en aquel paraje, lo que prueba que era la principal estación religiosa de ese Olimpo de nuevo género²¹.

"Desde luego, a la vera del camino, se presenta una estatua de medio cuerpo con cabeza casi cuadrada, y extrañas facciones, que nada tiene de humano, salvo la posición relativa y cierta expresión de impasibilidad (figura 16). Sostiene con las manos una plancha que, en guisa de lengua, le sale de la boca y termina en una pequeña cabeza sin cuerpo, semejante a la que en la estación de la entrada del valle, se ve en una de las dos estatuas (figura número 2) que allí se encuentran. ¿Imponía esta figura un mandato de silencio, so pena de ser decapitado quien lo quebrantara? Algo de esto habría, y por eso la situaron de modo que fuese la primera con que se

²¹ Hoy varias de ellas han desaparecido.

encontrara el peregrino al entrar a aquel adoratorio principal. Seguía una estatua de igual tamaño que la anterior y de ancho rostro coronado con un bonete, la cual tiene entre los brazos una culebra, que entre los indios es el distintivo de los hechiceros y curanderos de profesión (figura 17), de manera que bien pudiera decirse que representaba el dios de la medicina o de las artes adivinatorias. Acompañábala otra estatua de 16 decímetros de altura²², labrada también con mucho relieve (figura 18) de grave fisonomía y representando quizás el dios de la pesca, pues tiene un pez apretado entre las manos. Más adelante, a derecha e izquierda de la senda y como guardando el paso, están dos grandes bustos iguales, de 9 decímetros de alto y fisonomía natural, con los puños cerrados (figura 19). El estilo de las facciones de estos bustos, que no presentan las formas exageradas y monstruosas que las otras, su actitud y situación, inducen a creer que desempeñaban simplemente el oficio de centinelas, o cuando más significaban una amenaza a los imprudentes. Luego aparece una colosal lechuza que mide 15 decímetros de alto y 10 de ancho²³ con el espesor correspondiente, la cual tiene sujeta en el pico la cabeza de una culebra que se enrosca bajo las garras (figura 20, lámina III). La superstición de casi todos los pueblos conviene en atribuir a la lechuza, aun en el día de hoy, la cualidad de los augurios, a lo cual ha contribuido sin duda la circunstancia de sobrevenir esa triste ave en mitad de la noche, tiempo de las apariciones preternaturales, a interrumpir con sus graznidos el silencio de la naturaleza dormida. No sin intento colocarían los andaquíes esa imagen entre sus ídolos, adornándola con la culebra, distintivo de sus adivinos y exorcistas de los malos espíritus que, según ellos, producen las enfermedades. Así es que la presencia de aquel animal misterioso en los adoratorios debía simbolizar el poder de los sacerdotes para descifrar ensueños y aun dar oráculos cuando fueran consultados sobre casos graves. Mirando al este se halla, cerca de la lechuza, una enorme cabeza cuyo peso ha hundido el suelo (figura 21) tallada en una roca entera de 2 metros de frente, y probablemente otros tantos de altura. Los grandes ojos y las facciones desparramadas de esta gigantesca cabeza, considerada además su orientación,

²² Así.

²³ Expresado en esa misma forma.

denotan que representa el día; siendo acaso prueba de esta suposición la estatua que le queda a la espalda y mirando al oeste (figura 22) con bonete piramidal, aire dormido y una media luna en las manos, que si no representa la noche, estaría de más allí. Los garabatos como números y letras, que se ven rasguñados en el bonete, han debido ser producto de la ciencia caligráfica de algún español, que pretendió inmortalizarse escribiendo allí un pensamiento que por más que hizo no pudo expresar.

Había en aquella explanada dos templos subterráneos iguales o semejantes al anteriormente descrito, viéndose aún en los caminos cubiertos que conducían a las respectivas entradas, montones de ruinas bajo las cuales se esconderán algunas estatuas que sin duda serán muy características, y tropezándose con los pilares fronterizos de uno de los templos adornados con las usuales figuras del guerrero armado y el mascarón encima (figura 24) bien que sin jeroglíficos al respaldo. Del templo a que pertenecían estos pilares sacaron los buscadores de oro una estatua cilíndrica horrible (figura 23) de 2 metros de alto y 1 de diámetro, que por el semblante fiero y los despojos humanos que tiene asidos, manifiesta que estaba consagrada a la muerte o a representar el dios de la destrucción, cuyo culto debió de ser la expresión de las hábitos cruentos del pueblo que la adoraba. Acaso la artesa de piedra contiguamente hallada (figura 24 bis) serviría para recibir los fragmentos y la sangre de las víctimas ofrecidas a la espantable divinidad. Es notable el hecho de que el asiento de estos ídolos se hallase a la misma altura absoluta de 1.734 metros que el de los ídolos del primer adoratorio arriba descrito.

"Bajando a una hondonada de 44 metros (lugar marcado H), por donde corre un arroyo, se encontró la imagen de una rana colosal (figura 25, lámina IV) que sin duda significaba entre los andaquíes, lo mismo que entre los chibchas, abundancia de aguas; coincidencia que no deja de ser interesante, pues indicaría cierto comercio de ideas entre las dos apartadas naciones.

"Trescientos metros al oeste de estos adoratorios y en una sabaneta limpia, se encontraron como en fila las estatuas que en la lámina dicha y la siguiente llevan los números 26, 27, 28, 29, 30, y 31, que por el adorno semicircular de las cabezas y la disposición en que están, parecen señalar el cementerio de los sacerdotes, o tal vez el lugar de sus juntas para conferir la última enseñanza y el premio a la iniciación de los neófitos. Esta última suposición encuentra apoyo en la presencia de una estatua mayor que las otras, midiendo 21 decímetros de alto y 13 de ancho en el pecho (figura 26) cubiertas las manos con unas bolsas a manera de guantes, y un manípulo enlazado en la muñeca del brazo izquierdo, como para representar el gran sacerdote o personaje que presidía a los demás²⁴.

"Todos los alrededores montuosos e intransitados deben esconder otros monumentos análogos a los descubiertos, pues los primitivos dueños del valle se esmeraron en poblarlo de esculturas, cuyo conjunto formaba la historia y el código de sus ideas religiosas, sociales e industriales. Así es que, a 1,5 miriámetros de distancia de la explanada últimamente descrita, se hallan unas vertientes saladas que beneficiaban los indios, y en ellas también habían establecido estatuas alegóricas que yacen sepultadas entre la hojarasca y denudaciones de la selva. Ojalá que mi exploración, rápida y superficial, despierte la voluntad de nuestros anticuarios y los determine a esculcar, auxiliados por trabajadores, los rincones de aquel valle misterioso y las ruinas que no me fue posible remover. La arqueología y la historia antigua de este país ganarían mucho en ello, porque en mi concepto no tienen número las preciosidades que podrían desenterrarse en el solo valle de san Agustín, y que juntas como las páginas de un libro ahora desencuadrado, referirían hechos que los cronistas de la conquista no pudieron ver, o no supieron transmitir.

²⁴ Si el manípulo es, como algunos creen, de origen egipcio, y con él indicaban cierto grado en la jerarquía sacerdotal, más bien hay que creer que el origen de aquellas estatuas tiene relación con pueblos de remotísimo origen, que conservaban algo de las costumbres de las orillas del Nilo, que no hacíanlas proceder de los andaquíes, pueblo enteramente bárbaro y que no tenía noción alguna de cultura a la llegada de los españoles.

"De la explanada en que están los mencionados adoratorios parte una senda en dirección al poniente, que al través de colinas limpias y bosquecillos, conduce al pie del cerro de la Pelota, distante $\frac{1}{2}$ miriámetro, de 1.446 metros de altura sobre el nivel del mar. En aquel lugar (marcado J en el plano) se encuentra una excavación circundada de árboles, obra de los buscadores de tesoros, con la cual destruyeron un templete semejante a los anteriores, que debió contener la postrera enseñanza, o quizás el premio de la iniciación en los misterios del valle. En torno de la excavación se hallan algunas de las estatuas que el destruido santuario guardaba. Llamen la atención un altar o ara cuadrada, de 4 decímetros de alto y 3 por cada lado, exornado con filetes horizontales limpiamente labrados, como pudiera hacerlo un picapedrero moderno (figura 32, lámina V). La lechuza de 14 decímetros de alto con la culebra aprisionada vuelve a encontrarse allí (figura 33) en señal de que era un lugar de consultas y oráculos. De las estatuas la principal por su significación (figura 36) es una en forma de columna, de 13 decímetros de alto y 3 de diámetro, que representa un adolescente con rostro natural y no deforme, cubierta la cabeza con un solideo y el cuerpo al parecer envuelto en un sayo angosto ceñido a la cintura con una faja. Del borde inferior de ésta, y en lugar propio, se levanta la imagen de lo que los antiguos griegos adoraban con el nombre de *phallum*, y entre las manos de la estatua se ve algo que probablemente representaba el órgano correlativo, el *creis* de los griegos.

Estos tributaban culto a esos símbolos en Biblos y Heliópolis, lo mismo que los hindús en casi todas sus pagodas, como representantes de la creación y fecundidad del mundo físico. ¿Tuvieron la misma intención los andaquíes? Parece que no, si se tiene en cuenta la presencia inmediata de otras dos estatuas (figuras 34 y 35) que sin duda complementaban la significación de la anterior. La primera, de 2 metros de alto y 1 de ancho en los hombros, de proporciones más que robustas, vestida con una simple túnica y un gorro común de lienzo en la cabeza, es la imagen de un hombre de edad viril según lo indican los colmillos delgados y aún sin completo desarrollo. La segunda, de 14 decímetros de alto, bastante deteriorada, es la imagen de una mujer, pues carece de colmillos y dentadura, cubierta con una larga toca o manto echado sobre la cabeza. ¿No querrá esto decir que la estatua señalada en la lámina V con el número 36 es el

dios del himeneo, y que el templo en que se hallaba estaba consagrado a esta ceremonia y a sus consecuencias? Tal suposición nada tiene de inverosímil. En las tribus rudimentarias la familia es lo más importante, como que es en ella donde comienzan a establecerse las hábitos sociales y las tradiciones que son el germen de las futuras leyes nacionales. Y precisamente a esa época de infancia corresponden los símbolos y las alegorías que lejos de ser producto de una cultura intelectual refinada, no son sino un accidente nacido de la pobreza del lenguaje; la falta de palabras para expresar todas las ideas obliga a ocurrir a las analogías, y de ahí provienen los símbolos materiales, cuyo sentido abstracto es la ciencia de los sacerdotes y el asunto de las iniciaciones, solemnizadas con el aparato misterioso y la charlatanería, que tanto imperio ejercen sobre la tonta credulidad de los hombres.

"Desde este adoratorio la senda regresa para el norte, rodeando el cerro de la Pelota, y conduce al que hoy llaman alto de la Cruz, $\frac{1}{2}$ miriámetro distante (lugar E del plano) en vía para salir del valle por el mismo desfiladero por donde se había entrado. En aquel lugar, a 1.725 metros de altura absoluta, se halla, vuelto el rostro hacia los adoratorios, un mascarón deforme (figura 37) de 13 decímetros de alto y 10 de ancho, sin orejas, con tapones redondos y un tapón cuadrado en vez de boca. Es como la expresión de un mandato de absoluta reserva y discreto silencio a los que regresaban de la excursión religiosa, o meramente de la visita al templo del himeneo, al cual podía irse en derechura sin tocar con los demás adoratorios, como lo demuestra el plano topográfico del valle, lo que indica que aquel lugar era el más comúnmente frecuentado por los aborígenes.

"Tales son, y del carácter dicho, los monumentos que encierra el valle de San Agustín dentro del área triangular de poco más de $\frac{1}{2}$ miriámetro cuadrado.

A LAS CURIOSAS

No levantes el papel
Que contiene esta escritura;
Que hay una horrible figura
Ocultada debajo de él.
Más si atrevida o novel
Lo alzas con temeridad,
Y hallas una atrocidad
Que lastime tu pudor,
No eches la culpa al pintor,
Sino a tu curiosidad.